



HOMICIDIUM

JERUSALEM ELIZONDO

HOMICIDIUM

Jerusalem Elizondo

HOMICIDIUM

Homicidium

Autora: Jerusalem Elizondo

Imagen de Portada: De noche en Santa Criz, yacimiento romano.

© 2019 por Jerusalem Elizondo

ISBN:

Depósito legal:

Primera edición: enero 2019

Dirección Web: <http://homicidiumnovela.blogspot.com>

Correo electrónico (e-mail): jerusalemelizondo@gmail.com

[@jeruelizondo](https://twitter.com/jeruelizondo)

<https://www.facebook.com/jerusalemelizondo>

Edición, portada y maquetación: Jerusalem Elizondo

Impresión:

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro sin el permiso, previo y por escrito, del titular del Copyright.

Impreso en la Unión Europea – Printed in the European Union

Haec ego non multis [scribo], sed tibi: satis enim magnum alter alteri theatrum
sumus

"Yo no escribo esto para muchos, sino para ti: pues bastante teatro formamos
entre tú y yo"

Epicuro (citado por Séneca)

PRELUDIUM

Me despierta el timbre de casa. Alguien está llamando de forma insistente.

Miro la pantalla del móvil. Las persianas no dejan entrar luz en mi habitación, a pesar de que ya son las doce de la mañana. Ayer fue un día demasiado largo. Acabamos las diligencias judiciales bien entrada la madrugada, y llevo tantos días sin descansar lo suficiente, que ya ni me acuerdo.

Necesito dormir, pero el timbre no para de sonar. ¿Y si es otro de esos periodistas que llevan persiguiéndonos estas últimas dos semanas? Como los tenga en la puerta de mi casa va a ser ya demasiado.

¿Y si se trata de algún compinche del detenido? Hemos dado el caso por cerrado, no debería estar dudando del buen trabajo realizado, pero por si acaso, busco a tientas mi pistola. No la encuentro. Activo la pantalla del teléfono y la veo en el suelo, entre la ropa revuelta. La tomo, quito el seguro y voy hacia la puerta del cuarto. La abro y salgo. La luz del día me da de lleno en los ojos. No hay nada ni nadie salvo el timbre que sigue sonando, ahora acompañado de golpes en la puerta. Es lo que me faltaba para mi dolor de oído, punzante.

¿Y si son los compañeros? ¿Habrá pasado algo nuevo? Han sido tantos los sucesos, que no me extrañaría. Desconecto el modo avión del móvil con la mano izquierda. Voy acercándome para asomarme a la mirilla.

El teléfono empieza a vibrar: cinco llamadas perdidas y varios mensajes de WhatsApp. Nada del trabajo, sólo de mi familia.

Deslizo la chapa y miro. ¡Por supuesto, tenían que ser ellas!

—Hemos visto luz por la mirilla. ¡Estás en casa!

—Clarita, ¡abre ahora mismo!

Aunque su euskera tiene la sonoridad dulce del dialecto de los pueblos, temo en cambio lo que me vayan a decir. Pero, debo dejarles pasar.

Guardo el arma en el cajón de la cómoda que tengo en el recibidor. Quito el seguro de la puerta y abro.

—Hola tías.

Ellas entran como siempre, besándome con una mezcla de cariño y

contundencia. Son mujeres de pueblo, educadas en el vínculo familiar, fuerte, y en ocasiones arrollador. Las cosas se hacen porque hay que hacerlas. A pesar de su aparente seriedad, en realidad tienen un amor disciplinado y eficiente hacia mí hermana y hacia mí. Siempre han sido así, desde que éramos pequeñas, cuando veníamos de Alemania con mis padres, mi hermana y yo, cada verano. Pasábamos un mes en la casa familiar que tienen en la Ulzama, un valle verde y fresco, al norte, entre Pamplona y el Baztán. Desde que vine a vivir a Pamplona, hace seis meses, he ido a verlas sólo un par de veces.

Recorren la casa. ¡Van a entrar en la cocina!

—¡Clarita, mira cómo estás!

—¿A qué huele en esta casa? ¡Cómo tienes todo! No es propio de ti. Ya tienes veintiséis años, no eres ninguna niña.

—¡Imagínate cómo está nuestra hermana! Viene de Múnich y su vuelo llega en una hora. El tío va a buscarla y la trae.

—¿Viene mamá?

—¡Oh! No te hagas la sorprendida, señorita. Te está venga llamar y mandar mensajes. Hace un siglo que no le atiendes al teléfono.

—Ni dos semanas. Tías, estoy muy cansada —¿cómo explicarles que la investigación me ha dejado exhausta, que tengo infección en el oído, y que necesito dormir al menos dos días seguidos? Lo habrán leído, seguro. ¿Es posible que no sepan unas noticias que incluso han traspasado las fronteras? Conocen el caso, sin lugar a duda, pero no preguntan. Muy propio de ellas, y, en esta ocasión, se lo agradezco.

—No es excusa. Si no puedes contestar a tu propia madre, tendrás que ir pensando en dejar este trabajo. No se la trata así.

¡Ya está! Tenían que decirlo. Es el enésimo intento de mi familia por cuestionar mi elección.

—Más te hubiera valido seguir el ejemplo de tu padre, y haber estudiado ingeniería. Ahora podrías entrar en Volkswagen Navarra. Él tenía tu edad cuando vino de Baviera a Navarra y conoció a tu madre.

—Le dejo esa tarea a mi hermana, tía.

—¡Criminología! ¿Quién ha oído hablar de eso antes! Todos los veranos sentada en el poyo de casa venga leer novelas de policías. Tendríamos que haberlas usado para encender la estufa en invierno, y así no tendrías tantos pájaros en la cabeza.

—Es una ciencia. He hecho todo lo que se esperaba de mí, tías: el Grado en Derecho conjunto por la Universidad de Bayreuth, en Baviera, y por la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla; luego un Máster en Criminología por la Universidad Ludwig-Maximilian de Múnich. Y sacar plaza de inspectora en la Policía Foral, que no es moco de pavo. Y, además, gracias a mis notas, entrar en el Grupo de Delitos Civiles y Políticos.

—Y así te va. No hay más que verte. Cuánto tiempo llevas ¿un mes? No durarás mucho. La policía es un mundo de hombres. Te habías creído lo de ir luciendo la chapa esa colgada del cuello, Clarita.

—Dos meses. Y no estoy de acuerdo para nada. No es fácil, lo reconozco, pero estoy tan capacitada como cualquiera. Además, si nos colgamos la placa del cuello podemos perderla, o se nos puede estropear, y nos comemos un expediente. Eso sólo pasa en las películas, tía.

No espero que lo entiendan. Me bastó un aviso de *Google Alerts* sobre la convocatoria para inspectores en la Policía Foral para decidirme. Al tener dos nacionalidades, alemana y española, entraba en los requisitos, así que me preparé en mi ciudad, Múnich. He alcanzado un sueño difícil y no lo pienso dejar.

—Date una ducha ahora mismo. Ponte ropa limpia, maquíllate y disimula ese tono paliducho de la cara.

Les hago caso. Sé que para cuando salga del baño, la casa parecerá otra. No me vendrá mal, la verdad. Me he dejado por completo, absorbida por el caso.

—Mamá —ella me mira a los ojos con cara bondadosa.

—¿Qué te ha pasado, Clara? ¿Estás bien?

Siempre es así con nosotras dos, dulce.

—Bueno, nosotras ya nos vamos —dice la tía, mientras besa a mi madre y luego a mí.

—Sí, estamos de más. Mañana a comer a casa. Y no hay excusas, Clarita — casi ordena su otra hermana.

El silencio se hace cuando cierran la puerta tras de sí.

—¡Mamá! —me echo en sus brazos. Necesito su cariño.

—Pero ¿me vas a contar qué te ha pasado? Ha sido por lo de las noticias, ¿no? ¿Te ha tocado a ti? Ya te dije que no era buena idea meterte a policía.

—Mamá, ¿tú también con eso? Dijiste que respetarías mi decisión. Además, estoy agotada. Tengo los nervios hechos cisco. Ha sido muy duro. Pero ¿sabes? Estoy feliz. Lo hemos resuelto. No se me ocurriría nada mejor para la gente que haber quitado ese peligro de las calles. Justo cuando la Policía Foral cumple noventa años, ¡y yo formo parte de ello!

No puedo seguir. No puedo aguantar las lágrimas de la emoción, ni la presión en el oído. Me toco la oreja con gesto de dolor.

—Ven—me invita mamá, sentándose conmigo en el sofá. Me pasa un brazo por encima de mi hombro y me apoyo sobre el suyo—. ¿Has ido al médico?

—No, aún no he podido. Ha sido tan intenso, mamá, que quiero contártelo todo. Iré por la tarde, te lo prometo.

—Y yo iré contigo. Estoy deseando que me narres todo. He oído las noticias, parece grave. He venido a escucharte, mi niña. No me iré hasta que termines y sepa que estás bien.

—Gracias, mamá.

I

Hace de esto dos semanas, el dieciocho de marzo. Era lunes. Uno de nuestros vehículos patrulla de Protección Ciudadana descendía por la pista que atravesaba los campos de olivos en el término municipal de Eslava. ¿Recuerdas dónde está, mamá? Es un pueblo en el este de Navarra, entre Tafalla y Sangüesa.

Había estado lloviendo dos días sin parar, con una borrasca que no había dado tiempo a que el sol seicara el suelo entre aguacero y aguacero. La pista de tierra era una piscina de barro, pero iban en un todoterreno con tracción a las cuatro ruedas, y pudieron meterse por el camino que baja hacia un yacimiento romano que tienen orden de vigilar.

Cruzaron un arroyo que estaba bastante crecido y llegaron al aparcamiento que hay para los visitantes. Hasta hace medio mes el sitio no era conocido, pero ahora, tras las noticias, es un hervidero de curiosos.

El caso es que uno de los compañeros, a pesar del barrizal, tuvo el ánimo de recorrer el lugar a pie, colina arriba, para ver los trabajos de excavación. Arriba hay ruinas de lo que parece fue una gran ciudad.

Según nos contó luego, no se veía nada debido a la niebla, si acaso las antiguas columnas del foro, tiradas de forma caótica, las unas sobre las otras. Aunque una gran parte del foro había sido desenterrado y los arqueólogos habían dejado al aire la planta de lo que antaño fuera un edificio de dos alturas, él comentó que en ese momento no podía observarlo.

La colina se encuentra ya muy horadada en su mitad oriental, la más romanizada. La otra mitad puede que esconda vestigios de algún templo, la muralla y pudiera ser que del castro vascón de la Edad del Hierro anterior a la romanización del lugar. El caso es que se han quedado sin fondos para seguir excavando, como luego comprenderás.

El policía nos contó que oyó un graznido en la parte superior del foro, donde con toda probabilidad estuvo ubicado el edificio de justicia. Miró hacia allí y creyó ver algo, pero no estaba seguro y por eso se acercó. Para llegar hasta arriba hay que subir una cuesta pronunciada, y bordear un inmenso atrio.

Subió despacio, porque seguía sin ver gran cosa. No quería reconocerlo, pero luego declaró que sentía un temblor frío y una presión en el bajo vientre, y no era por el mal tiempo. Los graznidos de una corneja que salió volando le pusieron la tensión a mil, nos contó. Intentó serenarse mientras se acercaba al lugar, pero en ese momento debió de presenciar la macabra visión.

El otro compañero declaró que le alertaron los gritos estridentes que recorrieron la colina y que retumbaron por todo el entorno. Subió pistola en mano y se encontró a su compañero en shock y sin poder reaccionar. Entonces él también la vio.

Junto a ellos, en la columna central de las tres que la reconstrucción arqueológica había preparado para los visitantes, colgaba un cuerpo de una mujer. Tenía los brazos extendidos, gracias a un madero atado a la espalda que había sido izado hasta el punto más alto de la columna, como si de un crucificado se tratara.

Este segundo compañero, con más sangre fría, bajó a la parte del pequeño talud que les separaba del basamento de la columna y se arrimó despacio, para tratar de alcanzar el cuerpo. Se había quedado a la altura de los tobillos, así que agarró uno de ellos e intentó tomarle el pulso a la mujer, sin éxito.

Fue en ese momento cuando avisaron a la sala de coordinación y desde ahí nos llamaron al teléfono de la oficina. Yo libraba, así que ese día Javier Aznárez, mi subordinado más directo, estaba de guardia. Es un subinspector de la vieja escuela, al que le corté su ascenso a inspector. Si mi plaza hubiera quedado desierta, hubiese sido para los de dentro. Él iba el siguiente en esa lista interna, así que ya podrás imaginar el cariño que me tiene.

Sergio, el cabo de mi grupo, me avisó a mí. Como estaba dando una vuelta en moto por los caminos de monte de la sierra de Izco, no muy lejos de allí, me acerqué.

Luego me contó mi cabo que, cuando entró en el despacho a toda velocidad para prepararse e ir al yacimiento romano, el subinspector Aznárez reía junto con los otros dos agentes de mi grupo, mientras miraban la pantalla del ordenador. ¿Sabes qué estaban viendo en el ordenador del trabajo, mamá? Mi perfil de Instagram. ¡Las fotos de la última *Oktoberfest*! ¡Estaban hablando de mis pechos! Da igual si llevo sólo dos meses con ellos y si soy novata. ¡Soy su compañera, y su superior! No les entiendo. Pensaba que algo así no ocurriría en el trabajo.

Prefiero seguir con lo que pasó, me indigno sólo de pensarlo.

Al llegar al barranco que te he dicho antes, un agente uniformado me dio el alto. Detuve la moto sin apagar el motor, con el ronroneo del ralenti que para mí es pura música, ya lo sabes. Es una pena, pero no lo oiré en un buen tiempo, ya te contaré.

—Perdone, pero no se puede pasar. Está prohibido —me comentó con bastante amabilidad el compañero, mientras levantaba la visera del casco para ver si me reconocía. Ya imaginaba que, desde que había entrado en la Policía Foral, unas cuantas habrían sido las consultas a la parte de mi ficha accesible para todo el colectivo, foto incluida.

Pero bueno, al ver que no me reconocía, acerté a encontrar con habilidad la cremallera entre todo el barro que tenía ya acumulado y abrí mi buzo. Introduje la mano y saqué la cartera del trabajo. Levanté la solapa y mostré orgullosa mi placa con el escudo de la Policía Foral y mi número grabado en el centro.

—*¡La dosmil!* —exclamó el agente sin disimulo.

—Soy la inspectora Schäfer Arzain, sí. Clara, si lo prefieres, y si no te importa —respondí. Ese era el número que me había tocado, al ser la funcionaria más reciente de todo el cuerpo.

El policía enrojeció.

—Perdón, inspectora. Es que ya se te conoce así.

—Lo sé. Alguno fue un genio de la ocurrencia al pensar en ese mote, ¿no? No pasa nada. Vengo a la escena del crimen. ¿Me dejas pasar? —le dije con tono amable pero firme.

—Por supuesto, inspectora.

El agente levantó la cinta policial y crucé. Me acerqué hasta la zona de aparcamiento de los vehículos en donde había, de momento, tan sólo dos patrullas de la comisaría de esa demarcación, la de Sangüesa. El asesinato parecía tan grave, al menos en su puesta en escena, que estaban enviando más efectivos desde Pamplona.

Aparqué la moto y dejé el casco y los guantes en el manillar. Me dirigí a otro policía de Protección Ciudadana, quien estaba controlando la zona para que no llegasen intrusos desde otra pista que, por el sur, venía de Gallipienzo, otro pueblito.

—Soy la inspectora Schäfer. ¿Por dónde es?

—A tus órdenes, Clara —respondió éste sin dudarle. Estaba claro que mi

ingreso en el cuerpo policial no había pasado inadvertido, ni en Pamplona ni en ninguna de las comisarías periféricas, como te he comentado—. Es por ahí. Siga el camino trazado por la cinta y llegará.

—¿Dónde están los agentes que la han encontrado?

—Arriba. Se dará de bruces con ellos.

Comencé a subir. Eché la vista atrás y vi que el policía apartó la mirada, pues me estaba dando un repaso de los buenos. No era el primero al que pillaba mirándome con descaro, y ya me ha pasado en el gimnasio que tenemos en la comisaría de Pamplona. Necesito estar en forma para manejar mi moto con soltura, que pesa ciento cincuenta kilos, así que no pienso dejar de ir.

Fíjate que desde que llegué, acostumbrada como estaba a los sevillanos, los primeros intentos de ligue de algún que otro compañero me parecieron torpes y me hacían gracia. Pero también me hartaron y, como ya me pasara allá en el sur, bastó una sola noche por los bares de Pamplona y un pico en la boca a una amiga para que no me volvieran a importunar más los hombres. Los chismorreos corren como la pólvora en Pamplona. Qué distinta es comparada con Múnich, mamá.

Observé el entorno mientras ascendía, y comencé a recordar las lecciones recibidas en la academia durante el curso de ingreso. Saqué el móvil y abrí el archivo digital con el protocolo para los casos de muertes violentas, en donde se regula todo el procedimiento en esos casos. De momento parecía que se estaba cumpliendo a rajatabla: todo el perímetro había sido sellado en varios círculos concéntricos y, como pude comprobar después, nadie, ni siquiera los dos primeros agentes, habían vuelto a acceder al interior de la escena del crimen. Me topé con el más experimentado.

—Buenos días. Soy Clara Schäfer, de *Civiles y Políticos*.

—Buenos días, inspectora. Joaquín, de Sangüesa. Bienvenida a Santa Criz, aunque hoy no sea el mejor día para visitar el lugar —me respondió con aire grave.

—En breve llegarán más compañeros. ¿Qué tenemos?

—Venga por aquí, la mujer está tras esta última loma —me indicó para que lo siguiera—. Ha sido un descubrimiento fortuito, la verdad. El agente que lo ha hecho está muy afectado.

—Háblame de tú, por favor. ¿Tú no lo estás?

—¿Debería? De acuerdo que es una escena macabra, grotesca, y digna del

Silencio de los Corderos. En eso el asesino no ha sido nada original, pero es otro muerto más, me queda muy poco para jubilarme y no es el primero que veo. Eso sí, espero que sea el último.

—¿Habéis comprobado si está muerta?

—Yo mismo lo he hecho. Al comienzo no le encontraba el pulso y no podía llegar más que al tobillo, de modo que he cortado la cuerda que la izaba. Ha caído como un fardo y le he tomado el pulso en el cuello. Viene el médico de zona a certificar la muerte. Estamos esperando que nos avise para ir a buscarle a la carretera. Nadie que no venga en todoterreno va a ser capaz de llegar con semejante lodazal.

—Por lo tanto, y a falta de confirmación del médico. ¿Lo está? Quiero decir, ¿muerta sin atisbo de duda?

—Bueno, la caída de la mujer ha sido violenta y, aunque ya veíamos que tenía las piernas rotas, al caer sus tibias han desgarrado la piel y han quedado al aire. No ha salido ni gota de sangre fresca. Es obvio que lo está.

—¿Y no hubiera sido mejor dejarla colgada? —me interesé, aunque luego me di cuenta de que había sonado a reproche.

—Lo siento. Eso hubiera sido mejor de haber podido distinguir las livideces de simples moratones, pero tenía que cerciorarme. ¿No te parece? Ahora que sé que está muerta, tengo claro que sólo eran livideces *post mortem*.

—De acuerdo, Joaquín —resolvía así mi primera duda sobre el método empleado—. ¿Hay fotos previas?

—Sí. Con la cámara de la patrulla y con mi móvil.

—Vale. Por favor, ni una foto por WhatsApp, ni correo, ni nada parecido. Quedan a disposición sólo de mi unidad o de la Científica.

—Entendido, inspectora. Así se hará. Mi compañero no tiene fotos, te lo aseguro. No se ha llevado nada más que una mala experiencia y, de paso, ha dejado el desayuno detrás de los arbustos —concluyó mientras señalaba hacia un punto indeterminado, algo más arriba.

Llegamos a la loma y la imponente excavación arqueológica impactó en mi vista. Al fondo, al pie de la columna central de las tres que habían reconstruido y tapada con una manta, estaba la víctima. En el poco tiempo que llevaba en la unidad ya había visto varios suicidios, por lo que, aunque iba a ser mi primera víctima en otras circunstancias, me sentía preparada para lo

que me fuera a encontrar.

—¿Qué riesgo hay de destruir huellas?

—¿En este cenagal? Poco o ningún riesgo, la verdad. Cuando hemos subido esto ya era la piscina de barro que puede ver.

—Vamos hasta allá. ¿Dónde está tu compañero?

—Le he mandado al acceso para vehículos. Quizás no le hayas visto, pero él a ti seguro que sí. Está una zona algo más baja de la ladera. Cuanto menos vea, mejor.

Observé el lugar y vi las cintas policiales que conducían hacia arriba por una sola vía de llegada a la escena del delito. Bien hecho, pero claro, soy una recién llegada, y mis compañeros me dan cien vueltas en temas operativos.

Sonó el móvil del compañero y lo atendió.

—Me voy, inspectora. Quedas al cuidado de la zona. Ya viene el médico. En seguida vuelvo con él.

Me quedé sola en el foro, pensativa. Si subía, satisfaría una curiosidad y un morbo por la que era ya mi primera muerte judicial por presunto asesinato. Pero podía poner en riesgo las pruebas. Decidí no moverme de mi sitio, a la espera de los de la Científica. Ya era momento de llamar al juzgado e informar. Cuando al cabo de cinco minutos terminé de explicarle todo a su señoría, decidió que iba a venir con la secretaria judicial.

Miré en derredor. Observé el entorno, la situación de la ciudad en medio de la nada, rodeada de campos, olivares y bosques de pinos. ¿Qué se le había perdido a Roma aquí? ¿Por qué una ciudad en semejante sitio? No estaba muy familiarizada con la República ni con el Imperio romanos, salvo por las nociones básicas del tema estudiadas en la escuela, en la época en la que vivimos en Ingolstadt, por el trabajo de papá. A decir verdad, mi primer contacto con este yacimiento estaba siendo de lo más horroroso. Empecé a hacer fotos de todo el contorno con el móvil. Geolalicé el sitio, lo marqué en *Google Maps* y empecé a leer información de Santa Criz conforme ésta se iba cargando. Para mi sorpresa, la conexión de datos en ese lugar era espléndida.

Pasaron otros quince minutos y una larga hilera de personas, dirigidas por Joaquín, llegaron hasta mí. Se trataba del médico, la enfermera, los técnicos de ambulancia y cuatro agentes del Grupo de Campo de la Unidad Científica.

—Inspectora Schäfer —me recibió el policía casi de forma ceremoniosa,

preocupado en guardar las formas de cara a los recién llegados—. El doctor Andía, del Centro de Salud de Cáseda. Es bien conocido por nosotros y gran colaborador. Está de guardia y le ha tocado venir.

—Encantada, doctor. Soy la jefa del Grupo de Delitos Civiles y Políticos de la Policía Foral.

—¿Es nueva? Hasta ahora siempre había coincidido con el inspector Aznárez. ¿Él no está?

—Sí. Llegará en breve. Él era inspector interino, pero al entrar yo al mando ha vuelto a su puesto de subinspector —me dio la gana de aclararle.

—Estará contento ¿no? —comentó con cierto tono irónico.

No contesté, ni siquiera con un gesto.

—¿Empezamos? Suba usted solo junto con el equipo de la Científica. El resto de los sanitarios, por favor, esperen aquí. Si fuera necesario, volveremos a buscarlos.

—¿Está segura de que no necesitaremos a mi equipo? —me preguntó él.

—A juzgar por la información, estoy bastante segura —le respondí antes de dirigir la palabra a Ernesto, el cabo de la Científica que acababa de llegar—. ¿Podemos hablar antes un momento?

Ambos nos alejamos del resto y nos dirigimos a la zona de los trozos de columna apilados en un lateral de la excavación.

—Ernesto. Quiero quitarme de encima al médico cuanto antes. Entrar, certificar la muerte y que se vaya. ¿Puede eso suponer algún riesgo especial? No hay más huellas en el suelo que las de los dos policías. Parece que el agua borró lo demás. El asesino eligió muy bien el momento.

—Sí, Clara. De acuerdo, pero nos vestimos con la ropa de trabajo. Yo también entro.

Asentí y llamamos al médico. Nos pusimos buzos y calzas de plástico e iniciamos el ascenso por la ruta marcado. Patinábamos por el barro.

—Para ser policía tiene usted que ser española, pero ¿de dónde viene ese apellido? —me preguntó el médico sin tapujos mientras subíamos—. Y hay algo raro en su acento, inspectora.

—De Baviera, doctor.

—Qué curioso. Desde luego sus rasgos lo denotan, con ese pelo rubio y esos ojos claros. Cuánto mide, ¿metro setenta? ¿metro setenta y cinco? Pero usted tuvo que nacer aquí o vivir muchos años para tener nacionalidad

española. ¿Su madre es de aquí?

—Doctor, encárguese de no patinar, ahora que hay que bajar hasta el cadáver —respondí de forma evasiva, arrepintiéndome de haberle dado siquiera un mínimo de información, mientras descendíamos hasta el basamento de la columna.

Retiré la manta y Ernesto, que ya había realizado una treintena de fotos durante el ascenso, tomó instantáneas del cadáver. Cuando acabó, dio permiso al médico.

Quedé impresionada por las piernas, que en efecto estaban desgarradas de forma grotesca, aunque el gesto general de la víctima transmitía cierta paz, sin marcas ni heridas macabras.

—¿Tenía que venir para esto? Está más muerta que Julio César en el suelo de la Curia de Pompeyo —rio el doctor mientras le palpaba el cuello en busca del inexistente pulso.

Tomó su linterna y comprobó que la pupila del único ojo que le quedaba entero no reaccionaba a la luz.

—Por razones obvias, declaro la muerte no natural de esta persona. *Exitus Letalis*. Pudiera ser que provocado por asfixia, pero esto no lo puedo aseverar. ¿Sabemos quién es? ¿Y dónde está lo que falta de su otro ojo?

—No sabemos nada, doctor. Rellene la ficha que le entregarán mis compañeros ahí abajo y por favor, usted y su equipo abandonen la zona lo antes posible. Un agente los llevará de vuelta al coche. Muchas gracias.

El médico bajó a trompicones, sin evitar patinar, darse con el culo en el suelo en varias ocasiones y mancharse de barro, mientras le oíamos murmurar.

—Ya podéis subir con todo el equipo. Montaremos la mesa portátil aquí arriba —ordenó Ernesto a su equipo por teléfono.

—¿Alguna pista para empezar? —le pregunté.

—Es complicado. Un cadáver así, tan destrozado y con livideces en la parte baja. Ya podrían haberlo dejado colgado los compañeros, la verdad.

—No hay otros signos de golpes ni heridas, a excepción de las piernas. ¿Tú qué opinas?

—No sé, Clara. Esto me recuerda lo que dice el Evangelio de San Juan, cuando los romanos quiebran las piernas de los ladrones que estaban con Jesús en la cruz.

Me quedé pensativa.

—¿Y para qué querría hacerlo el asesino?

—¿No quieres una primera hipótesis de trabajo? Aquí la tienes: asfixiada por su propio peso, tras quedarse sin apoyo.

—¿Por qué alguien haría algo así? Tuvo que sufrir de una forma espantosa.

—Desconozco los motivos, pero sin saber nada, esto es lo primero que se me ocurre. De hecho, no debería ni condicionarme antes de la inspección ocular, porque me puede hacer omitir algo y no quiero cometer fallos. Ya están aquí los muchachos. Si no te importa, baja y luego hablamos. Este sitio es inmenso. ¿Podéis hacer la inspección ocular del segundo anillo de reconocimiento del terreno?

—Sí, por supuesto —contesté—. Por cierto, había algún cuerpo o un bicho de parecido cerca del cuerpo. Eso explicaría lo del ojo ausente.

—Vale. Venga chicos, montad todo ahí arriba y empecemos. Quiero muestras hasta del pelo de un conejo. Ya han estado aquí dos agentes uniformados y otras dos personas. Les pediremos el ADN a nuestros dos patrulleros más tarde. Preservemos todo lo que podamos —motivó a su equipo—. Accesos. Por dónde llegaron y por dónde se fue el asesino. Quiero como mínimo una huella. Poned el dron en marcha.

—O asesina, Ernesto. Esta mujer era menuda. Pudo colgarla cualquiera —observé en voz alta, según bajaba y sin mirarle.

—Eso se sobreentiende, inspectora. El lenguaje no sexista en el plano policial y forense es un coñazo, sin ofender.

—No ofendes, Ernesto. Pretendía mantener abiertas todas las hipótesis.

De nuevo en las columnas no quedaba nadie, pero ya oía llegar a mi subordinado inmediato, Aznárez, al que conocían como *El Voceras* por su chorro de voz ronca y por estar todo el día quejándose por todo.

—Inspectora. Pensábamos que no vendrías en tu día libre. Recuerda que eres una funcionaria, nadie te va a dar las gracias —gritó en cuanto me vio.

—Y nadie va a llorar cuando te jubiles, Aznárez —respondí con humor.

—¿Qué tenemos? —preguntó Sergio, centrándose en el caso.

—Mujer, calculo que entre sesenta y setenta y pico años. Metro cincuenta y cinco de estatura. Complexión media. Parece que la muerte se produjo por asfixia. Sus brazos están atados a un madero y ella estaba colgada.

Un largo silbido recorrió el lugar.

—¿Como a Jesucristo? —preguntó Aznárez—. ¡La Virgen!

—Eso parece, Javier. Ernesto no quiere hacer conjeturas, pero de lo primero que ha hablado es del Evangelio.

—¿Motivación religiosa? —preguntó Sergio.

—Esperemos a ver qué dicen. De momento a trabajar. Buzos puestos y vais a recorrer la segunda línea del precinto. Buscamos huellas, ropas, cuerdas, marcas de arrastre de una persona, marcas de ruedas de coche, moto o hasta de bicicleta... ¡lo que sea! Está todo tan lleno de arbustos y de barro que va a ser difícil, pero lo intentaremos ¡En marcha todos!

Los cuatro se vistieron y se separaron en dos grupos. El subinspector y un policía iría hacia el este. Sergio y el otro agente hacia el lado oeste. Llevaban cámaras fotográficas y marcadores amarillos para las posibles evidencias.

El ruido del dron de los de la Científica comenzó a sonar. El aparato ascendió sobre nuestras cabezas y el piloto empezó a recorrer el contorno para los trabajos de fotografiado y telemetría. Era una técnica nueva para todos nosotros, pero estaba dando excelentes resultados.

—Un dron, ¡tócate los cojones! En Policía Foral no nos hacen falta estas mierdas. ¡Llamad al helicóptero, que para eso lo pagamos! —protestó Aznárez en voz alta.

Omití la crítica, una vez más. Un sencillo dron nos ahorra mucho dinero, pero agentes como él lo asumirían con el paso del tiempo.

—Eres su superior. No deberías dejar que te hablara así —me recomendó Sergio en voz baja cuando ya se iban.

—Javier es un caimán. Un policía de la vieja guardia. Lleva tantos años que ya ni quiere jubilarse, porque está mejor aquí que lo que estaría en su casa. Pero le quedan pocos meses y pienso tomarme con humor su senectud.

—Vale. Lo que tú quieras, pero llevo con él mucho tiempo. Por experiencia te diré que, o le paras pronto, o irá a más. Y a veces resulta cargante y negativo.

—No creo que se pase. Ya pensaría qué hacer si lo hiciera.

—Nada que puedas hacerle llegará a ningún sitio. Siempre se libra y aquí, perdona que te lo diga, eres la nueva... y *la niña*, como ya he oído decir. Vas a tener que enfrentarte a más de un Javier.

—Gracias, Sergio. Lo tendré en cuenta.

Sergio pareció dar el tema por zanjado. Sus palabras no eran nuevas para mí. Sabía que mi ingreso desde fuera no había sentado bien a muchos

compañeros y en un mes ya había soportado un par de comentarios que rayaban lo machista. Había tenido que esforzarme el doble para demostrar mi buen hacer, aunque otros agentes, como Sergio, me demostraban que no estaba sola.

Recibí una nueva llamada del compañero de Protección.

—Parece que en Eslava ya se han enterado, y la alcaldesa está exigiendo que la dejemos pasar. Dice que ella es la autoridad —me anunció.

—Bueno, ¿nos necesitas allá?

—No, era para que lo supieras. Me la quito de en medio con el mayor de los respetos. No hay más autoridad que la jueza.

—Por cierto, hace un buen rato que he avisado al juzgado y me han dicho que iban a venir. Deben de estar al caer. Gracias por encargarte de la alcaldesa.

Colgué la llamada porque el mando de la Científica me habló en voz alta.

—¿Sabes algo, Clara? Tenía una gran duda en este asunto —se confió desde donde estaba, algo más arriba.

—¿Cómo llegó ella hasta aquí?

—¡Exacto! Pero mira lo que acabamos de encontrar con el dron —expresó con tono triunfal.

Esperó a que subiera y me mostró el barranco. Algo más debajo de donde todos habíamos cruzado había algo entre la vegetación.

—¡Un coche! —exclamé.

—¿Qué te apuestas a que es el de ella? —me respondió.

—Nada. Voy a perder.

Llamé a Sergio y ambos bajamos al aparcamiento para encargarnos del hallazgo.

—Vamos, Sergio. Monta —le invité mientras me ponía el casco y los guantes, abría el cajón trasero y sacaba un segundo casco para él.

—¿Vamos a ir así? ¿Con los buzos?

—Sí, que hay barro para hartarse. Puede que encontremos algo interesante.

Arranqué y nos alejamos del aparcamiento, cruzamos el arroyo y giramos por una pista lateral cercana a una paridera de ovejas. Intenté llegar más allá por uno de los dos surcos de rueda que había, pero todo era un inmenso lodazal y tuvimos que dejar la moto para meternos a pie en el barro.

—Son marcas de rueda, está claro —aseveró Sergio cuando habíamos andado pocos pasos, a falta de unos metros del barranco.

—Eso parece. Si está su coche, ¿cómo coño ha llegado hasta ahí?

Íbamos hablando mientras nos aproximábamos con dificultad, hasta que vimos la parte trasera del vehículo y pudimos comprobar que se trataba de un Audi.

Tomé mi móvil y llamé a los compañeros de la Científica, sin atreverme a tocar nada. Comprobé que faltaba la placa de matrícula. Nos hubiera dado más pistas sobre la identidad de la mujer, pero debíamos esperar. Podría tratarse de la escena del crimen, y lo de arriba ser sólo una puesta en escena posterior.

De nuevo sonó el teléfono.

—Dime... ¿ya está aquí? Voy para allá —respondí.

—La jueza ¿no? Ya me quedo aquí, tranquila —comentó Sergio en cuanto colgué.

—Sí, ya ha llegado. Voy a recibirla.

Cuando entré en el aparcamiento encontré al comisario de Sangüesa y al subinspector jefe de Protección Ciudadana de la zona con la jueza y la secretaria judicial.

Al verme llegar, en moto y con el buzo manchado de barro, quizás sacaron cada uno de ellos sus propias conclusiones. Desde luego las dos mujeres del juzgado me repasaron de arriba abajo. Venían con unos zapatos lisos y nada adecuados para las condiciones del sitio, ¡y eso que le había explicado todo por teléfono!

—A sus órdenes, señoría. Soy la inspectora Schäfer. Hemos hablado esta mañana. Si le parece vamos al lugar.

—¿No podemos acercarnos más con un vehículo?

—No, señoría —respondió complaciente el comisario.

—Siento discrepar, pero todavía estamos haciendo la inspección ocular y la zona de accesos para coches pudiera haber sido utilizada por el criminal. Tendremos que subir a pie —propuse, riéndome para mis adentros.

—¿Y es necesario que subamos? No tenemos otro calzado.

—Señoría, tenemos botas de goma en los coches. Aunque me temo que la talla sea mayor —interrumpió el subinspector.

—Si no es inconveniente, preferiría usarlas —respondió la jueza—. Y uno de esos buzos blancos, si es que tienen más.

—Yo también —se apresuró a decir la secretaria, que iba con falda y con medias.

Así, con las botas de goma por el barro, se quedaban atascadas, pues se les salían los pies una y otra. Llegaron hasta el foro como un cortejo penoso.

Los de la Científica llevaban más de dos horas en el lugar y habían desperdigado las chapas de color amarillo con números grabados por todo el lugar. Ernesto nos esperaba.

—Buenos días, señoría. A sus órdenes. No hemos terminado la inspección ocular, aunque lo principal ya está hecho. Si tienen paciencia podremos dejarles pasar en breve —las recibió sin muchas ceremonias.

—Por mí no hay inconveniente —respondió ella antes de que aquel regresara a su lugar—. Al menos nos da el sol y no hace demasiado frío. ¿Qué lugar es éste? No había oído hablar de Santa Criz en la vida.

—Es una ciudad romana de entre los siglos I y V d. C.—comentó el comisario—. A partir de finales del siglo pasado se empezaron a hacer aquí prospecciones exploratorias porque se tenía constancia de dos miliarios perfectos, lo que indicaba que hubo un asentamiento habitado de bastante importancia.

—Perdón, comisario. ¿Qué es un *miliario*? —preguntó la secretaria, adelantándose a la jueza.

—Disculpen si no lo explico todo. Llevamos tantas visitas, entrevistándonos siempre con el equipo de arqueología, que doy muchas cosas por sabidas. Se trataba de columnas que, a modo de hitos, ponían los romanos al pie de sus calzadas para indicar una milla, casi kilómetro y medio. Uno fue encontrado aquí mismo, al otro lado de la colina. Ambos eran del siglo III d.C. Estaba claro que había algo y, además, los agricultores habían desenterrado con sus arados más de una piedra tallada.

—¿Y la ciudad se llamaba así? Santa Criz no parece un nombre muy romano, la verdad —volvió a preguntar la secretaria.

—Hay ciertas dificultades para saber el nombre, porque faltan noticias escritas. Si con el tiempo apareciera alguna tablilla tallada, confirmaría las sospechas de los arqueólogos: que se trata de una ciudad llamada Nemanturisa. Lo dicen basándose en la relación que Ptolomeo hizo de las ciudades vasconas, así que sigue siendo una conjetura. Lo que sí saben los arqueólogos es que el lugar contaba con un *dispensator publicus*, un intendente enviado desde Roma. Eso no lo tenían todas las ciudades romanas,

sólo las de cierto peso.

El comisario siguió un buen rato con sus explicaciones arqueológicas. Escuchaba atenta ante cualquier dato que pudiera serme útil para la investigación.

—¿Y por qué un asesinato aquí? —preguntó la jueza, ya cansada de la explicación histórica—. ¿Y cómo ha muerto?

—Parece que por asfixia, señoría. La víctima estaba colgada de una columna —respondió Ernesto para sorpresa de quienes mirábamos en dirección opuesta, hacia la necrópolis—. Ya pueden subir, hemos terminado, pero les advierto que puede resultar algo desagradable.

Ernesto iba por delante, seguido por la jueza, la secretaria y los mandos de la comisaría. Dejé espacio y los seguí. Poco antes de llegar vi caer a la segunda de ellas. Al parecer se desmayó por la impresión que le había producido la visión del cadáver al retirar el plástico que lo cubría.

Los mandos de la comisaría la bajaron del lugar. La jueza, en cambio, aguantó de forma estoica mientras recibía toda la explicación del cabo de la Científica.

—Muy bien. Declaro el secreto de sumario. Quiero este cuerpo en el Instituto Navarro de Medicina Legal cuanto antes. Inspectora Schäfer, me informará con puntualidad, sea la hora que sea, ¿queda claro? ¡Vaya desastre de cadáver! ¿Qué le han hecho en las piernas?

—A sus órdenes, su señoría. Las tenía quebradas y, al bajarla para ver si seguía viva, los huesos han desgarrado la piel.

—Es decir, ¡que más contaminación de la escena del crimen imposible! —aseveró, sacándonos los colores—. Encuentren al desgraciado que ha hecho esto.

La jueza bajó en busca de su subordinada, quien se encontraba sentada y aturdida sobre un murete de piedra. Tenía el buzo lleno de barro por la caída.

El subinspector, que subía en ese momento, tras dejar a la otra mujer, se nos acercó a Ernesto y a mí.

—La reconozco. La mujer era catedrática en la UPNA.

—¿Dónde? —cuestioné—. Podías haberlo dicho con la jueza delante.

—De la Universidad Pública de Navarra —aclaró Ernesto.

—Eso es. Era catedrática de Arqueología del Grado de Historia. Solía venir con estudiantes y era la directora del equipo de arqueología que

realizaba los trabajos. Prefería que tú lo supieses antes, para que decidas qué hacer —remarcó el subinspector.

—Entiendo, gracias. En fin, ya tenemos un comienzo. Hoy es lunes, ¿no es así? —pregunté.

—Todo el día —respondió Ernesto intentando ser gracioso.

—¿Os queda algo más por hacer?

—En esta zona, negativo.

—Bien. Los dos hombres que han ido a inspeccionar el coche que se queden a las órdenes del subinspector Aznárez, que está alrededor de la colina. Ampliad la inspección ocular a todo el cerro y, como mínimo, a la necrópolis. Sé que es una labor pesada, con tanto arbusto y barro, pero es lo que hay. Me llevo a mi cabo y te quiero con otro hombre en la UPNA para la inspección ocular de su despacho y luego de su casa. Voy a pedir al comisario de Pamplona que vaya alguien y que selle esos lugares de inmediato, mientras llegamos. Y recordad, secreto de sumario. No quiero ni media filtración. ¿Lleváis ordenador portátil en el furgón?

—Sí.

—Descargad todas las fotos del policía de Protección Ciudadana. Subinspector, cuando vengan los de la funeraria, les avisáis de lo que ha dicho la jueza. ¿Sabes si estaba casada?

—Ni idea. A los de la funeraria, ¿les vamos a hacer subir hasta aquí? Su coche no llega hasta el aparcamiento ni en sueños.

—¿Estáis dispuestos a bajar el cadáver hasta la carretera?

—La jueza ya ha dado su permiso para moverlo. ¿Por qué no?

—Estamos tres. ¿Lo hacemos? —dije con una determinación.

—No lo hagas tú, ya les digo a mis chicos —replicó Ernesto.

—O a los míos —ofreció el subinspector.

—¡Chorradas! ¿No podéis? Estamos con la ropa adecuada. ¿Dónde tenéis las bolsas para cadáveres?

Ernesto se fue hasta la mesa de trabajo y sacó, de uno de los maletones, una bolsa de plástico recio y de color negro.

—No me la contaminéis, por amor de Dios. No quiero que el médico forense se me eche encima por la manipulación de cadáveres —puntualizó Ernesto.

—Entendido. Parece que no pesa mucho. Subinspector, ¿lo hacemos entre tú y yo? —contesté.

—¿Podrás? —preguntó, esta vez con un tono de burla.

—¿Podrás tú? —y conforme lo preguntaba pegué un estirón del cuerpo por las rodillas, alzándolo con fuerza, a la espera de que él hiciera lo mismo por el lado de los brazos—. Ernesto, nos las apañamos solos. Nos vemos en Pamplona. Estaremos en la puerta de su despacho con la orden judicial.

El subinspector hizo lo propio, acomodamos el cadáver en la bolsa y cerramos la cremallera. Comenzamos a descender hasta el todoterreno de la comisaría. Dos agentes lo cargaron y se prepararon para acercarse hasta la carretera, conscientes de que sería imposible para un furgón fúnebre avanzar siquiera diez metros por el barro.

Arranqué la moto y me acerqué a buscar a Sergio.

—Nos largamos —le dije cuando llegué a la nave de ganado.

—¿A dónde?

—Tú a la casa de la mujer. Yo a su despacho. Era catedrática universitaria. Un largo silbido salió de los labios de mi cabo.

—Un pez gordo. Si sale a la luz, cotillero asegurado.

—Eso parece, aunque yo diría mejor que era una eminencia.

Marqué un número de teléfono mientras me quitaba la ropa de Científica para meterla en una de mis maletas, que tendría que limpiar.

—Sala al habla —respondió una voz—. Dígame, inspectora.

—¿Me pasas con el responsable de sala? —pedí, y oí cómo se cortaba la comunicación y comenzaba a sonar la música de Mozart en unos tonos electrónicos.

—Clara. ¿Hay mucho estropicio allá abajo?

—Si se puede expresar así cuando hablamos de una persona asesinada... sí, lo hay. Mira, parece que es catedrática de arqueología de la UPNA. Necesito saber si es la mujer que hay aquí. Quiero que me mande fotos, su nombre, dirección donde vivía, si estaba casada, qué número de despacho y en qué edificio de la UPNA lo tiene, y qué lugares de trabajo frecuentaba. Todo. De momento volvemos dos para Pamplona.

—Muy bien. Tengo al agente perfecto para lo que me pides.

—Que me lo vaya mandado todo al correo, gracias. Y la jueza ha declarado

secreto de sumario, así que silencio absoluto —ordené y colgué la llamada—. Vamos. Ten mi móvil. Lee lo que manden y me lo cuentas todo de camino a Pamplona.

—Mejor si yo llevo la moto y tú vas de paquete. Así lees lo que te manden —me insinuó Sergio.

—¡Bromeas! —sentencié en tono cariñoso mientras rozaba su carrocería con mis dedos.

Al llegar al límite del camino con la carretera, ya muy cerca de Eslava, nos sorprendió la cantidad de curiosos que había en el lugar: vecinos, lo más probable. Pero lo malo fue ver ya a un hombre con una cámara de fotos y con chaleco de múltiples bolsillos: o era de la prensa o un autónomo de los que viven de vender fotos a los medios de comunicación. Problemas para nosotros, en cualquier caso.

II

Bajé las escaleras, recorrí el pasillo, entré en el despacho de la secretaria del departamento de Geografía e Historia de la UPNA, y cerré la puerta tras de mí.

—Perdona, pero ¿puedes dejarla abierta? —me pidió la secretaria, de unos cuarenta y muchos años, con bastantes tablas. Supuse que estaría experimentada ante alumnos descarados.

—Buenos días. Soy Clara Schäfer, inspectora de la Policía Foral —le dije mientras le mostraba mi placa. Había comprobado, en el poco tiempo que llevaba trabajando, que la condición de agente de policía paraba los pies a mucha gente que, de primeras, me tomaba por una simple joven—. Como habrá podido comprobar, el despacho de la directora Etxetxipia está protegido, así como la dirección del departamento. ¿Ella usaba ambos?

La secretaria demudó el semblante y, por un momento, pareció aliviada.

—¿Qué está pasando, inspectora? Nadie me ha dicho nada y no puedo ni dejar el correo de la directora en su mesa. El otro despacho está vacío y sólo lo usa para reuniones con personas de fuera del departamento. ¿Le ha pasado algo a doña Amparo? ¿Por qué están aquí?

—Mire, no voy a andarme por las ramas. Su jefa ha fallecido y debo investigarlo.

—Oh, ¡Dios mío! —exclamó, de pronto consternada. Su cara se puso blanca, para en seguida empezar a llorar. No paró durante varios minutos, mientras negaba con la cabeza. Me miraba, trataba de calmarse y guardar las formas, pero volvía a llorar sin consuelo—. ¡No es posible! ¡No es posible! ¡Si el viernes estuve con ella y estaba de lo más animosa! Incluso la felicité. No puede ser cierto, ¡dígame que no lo es!

—Siento tener que darle así la noticia —traté de justificarme, para poder seguir—. Lo siento de veras, pero supongo que usted era su estrecha colaboradora, y podrá ayudarme más que nadie en este lugar.

—Sí. Sí, por supuesto —respondió, con sus ojos llenos de lágrimas y algo de moquita que le asomaba por la nariz.

Me palpé el bolsillo y toqué el paquete de pañuelos de papel. Lo saqué y se

lo tendí a la secretaria, quien tomó uno con gesto agradecido, para limpiarse con él.

—¿Por qué la felicitó?

—Bueno, por lo de su nombramiento como directora del departamento de Geografía e Historia. Las elecciones fueron el día anterior, el jueves. Doña Amparo está... estaba en el apogeo de su carrera profesional, con la plaza de catedrática obtenida hacía poco y ganando el puesto en la dirección del departamento. Y ahora... —volvió a llorar un poco, pero se aguantó las ganas.

—Entiendo que era importante para ella—apunté, para seguir obteniendo información.

—Bueno, doña Amparo ya tenía unos años —el relato se interrumpió por la voz ahogada en lágrimas de la secretaria, que rompió a llorar, otra vez sin disimulo.

Esperé con paciencia. Sin duda esa mujer era la mejor informadora para empezar a hilar cabos sobre lo sucedido a su jefa.

—Perdone, inspectora —se repuso.

—No se preocupe —respondí con gesto de bondad, los ojos bien abiertos y la mejor de mis sonrisas—. Es lógico que sienta pena.

—Pero ¿no podría decirme qué le ha pasado? ¡Pobre mujer! ¡Con lo que era! ¡Tan culta y formada!

—Siento no poderle dar detalles. ¿Podemos seguir con lo que me estaba contando? Es importante para la investigación y le agradezco el esfuerzo que está haciendo. Me está ayudando mucho —le animé, para impulsar la charla apenas iniciada—. Me decía que doña Amparo ya tenía unos años...

—Sí, y no le quedaba mucho para retirarse. Apenas año y medio, puede que algo más. No lo sé con exactitud. Tenía sesenta y ocho años.

—Pero ¿no tenía que estar ya jubilada?

—En la universidad los profesores pueden estar hasta los setenta, si quieren. Imparten docencia e investigan, y después pueden ser nombrados profesores eméritos y continuar con las clases. Con la energía que tenía, seguro que hubiera querido seguir. Además, ser catedrática era para ella un gran colofón. Estaba contenta, exultante. Por fin se veía equiparada a muchos de sus colegas, y en el ámbito académico se guardan mucho las formas. Le dolía que la mirasen por encima del hombro cuando acudía a congresos y conferencias y se reunía con otros colegas. Entre los catedráticos de la vieja

escuela, un titular universitario es sólo un titular.

—¿Formaba parte de algún otro órgano consultivo o cultural?

—Si formaba parte de algo más, yo desde luego no lo sé.

—Una carrera jalonada de éxitos, por lo que veo. ¿Cree que doña Amparo tenía algún conflicto con alguien? ¿Algún compañero de trabajo, quizás?

—Bueno, era una mujer trabajadora y afable, la verdad, pero al mismo tiempo era muy resolutiva. Las elecciones estuvieron muy reñidas, aunque sólo tuvo un adversario.

—¿Quién era su contrincante?

—El titular de Mundo Clásico, Javier Belarre... —la mujer calló, pero su silencio no pasó desapercibido para mí, pues me estaba dando un primer nombre.

—Por favor, hábleme de él —le rogué mientras sacaba mi libreta, para apuntar mis notas.

Ella tomó aire como si quisiera evitar hablar, aunque al final se decidió.

—Él es todo lo contrario, para ser honesta. Mucho más joven que ella, ambicioso, ha sido secretario del departamento y aspiraba a dirigirlo. Encajó mal su derrota. De siempre ha tratado de dinamitar la vida académica en cuanto a nuestra organización interna, erigiéndose como el salvador ante los supuestos problemas académicos y organizativos —suspiró.

—Usted lo ha sufrido de forma especial, ¿me equivoco?

—Mucho, sí. No quiero hablar mal de él. Creo que ya he dicho bastante.

—¿Alguien más?

—Bueno, recuerdo que no hace mucho ella y la profesora Zapateiro mantuvieron una fuerte discusión

—¿Muy fuerte? ¿Cómo de fuerte? —pregunté mientras apuntaba ese nombre.

—Carmiña entró hecha una furia en el despacho de Amparo. Parece que tenían desavenencias por el programa de excavaciones de la ciudad romana de Eslava.

—¿Quién es Carmiña? —quise asegurarme, aunque suponía que hablaba de la otra profesora.

—Carmiña Zapateiro, perdone. No le había dicho el nombre completo.

—Gracias. Y cuando habla de la ciudad romana, ¿se refiere a Santa Criz?

—comenté, como si buscara una respuesta apresurada.

—¿La conoce? Es el buque insignia del trabajo de campo de este departamento. Hay varias áreas involucradas.

—He oído algo de ese lugar —intenté disimular, al tiempo que me arrepentía de haber hablado. Ni quería ni debía dar pistas.

—Doña Amparo dirigía el proyecto, y de ella dependían los recursos que se destinaban. Tomó la decisión de cortar la financiación proveniente de las subvenciones para pasarlo a otros proyectos.

—Y la profesora Carmiña, ¿qué opinaba?

—Ahí estaba el problema. Ella es profesora titular de Arte Clásico, y era la segunda de a bordo en las excavaciones. Encontrar restos de arte romano era su obsesión. Hacía tiempo que no aparecía un yacimiento de semejante dimensión, y no proseguir con las excavaciones suponía un duro revés a sus aspiraciones profesionales.

—Vale. ¿Nos dejamos a alguien de quien usted pueda sospechar?

La secretaria negó con la cabeza.

—¿Puedo encontrar a ambos en este departamento?

—Sí. Sí, claro. Puede recorrer el pasillo y buscar sus despachos. No ocupamos mucho, la verdad. Apenas una zona en este mismo edificio, “Los Acebos”. Puedo darle sus datos, supongo que ante una investigación nadie me recriminará que lo haga —respondió entera, aunque sus ojos todavía mostraban el brillo de las lágrimas.

—Muchas gracias. Ha sido usted de gran ayuda. Puede apuntármelos todos en un papel, incluida su identificación y su teléfono de contacto. Y por favor, recuerde que se trata de una investigación judicial. Le agradecería que no aireara esta conversación.

—¡Oh, no! ¡No lo haré! Sé con quién me las gasto, y me quedan varios años con estas personas.

—Ahora, ¿podría dejarme las llaves de los despachos de doña Amparo?

De camino al despacho de la fallecida, vi llegar a los de Científica con sus maletines. Los agentes de uniforme custodiaban el acceso por ambos lados. Mis hombres empezaron a buscar evidencias, tras lo cual recorrí ambos despachos. Salí de allí con la agenda, el disco duro del ordenador y numerosos papeles. Una vez afuera, llamé a Sergio.

—¿Cómo va el tema? —le espeté cuando me contestó.

—No ha pasado nada ni ha venido nadie. Estoy a la espera.

—Muy bien, aguanta ahí. Vamos enseguida.

De nuevo al salir del edificio vi al mismo hombre de la cámara de fotos. Me sorprendió verlo ahí. Nos estaba siguiendo, sin duda. Y si relacionaba Santa Criz y la UPNA, pronto él o muchos otros periodistas harían conjeturas y terminarían atando cabos. Más problemas. Lo último que necesitaba en ese momento era ruido mediático.

III

Los cinco miembros del Grupo de Delitos Civiles y Políticos nos encontrábamos en torno a nuestra mesa de trabajo, un tablero ovalado de color caoba, tal vez recuperado de algún almacén del Gobierno de Navarra y apenas visible en aquel momento por la cantidad de fotos e informes que lo cubrían. La única nota discordante eran los vasos de cartón plastificado con los cafés de máquina, muy socorridos para los equipos investigadores a pesar de ser auténticas lavativas. Su olor inundaba la estancia. El comisario, nuestro jefe común, nos acompañaba para ponerse al día en la investigación. Estábamos casi en silencio, con la puerta cerrada, concentrados en comprobar toda la información mientras compartíamos en alto datos relevantes. Sergio iba apuntándolos en una enorme pizarra blanca de dos metros de largo por uno de alto. Los rotuladores apenas marcaban, gastados de tanto uso.

—Bueno, recopilando, a ver si no nos dejamos nada en el tintero —propuse.

—Amparo Etxetxipia Gárate, nacida en San Sebastián el 12 de junio de 1949. Viuda, casada en segundas nupcias y luego separada. Su exmarido es profesor de Mundo Clásico y vive en Sevilla desde hace cuatro años, en que obtuvo plaza de catedrático —comenzó Sergio—. De hecho, uno de los sospechosos, Belarre, obtuvo la plaza de titular cuando el ex se marchó a Sevilla.

—Habrás hablado con él ¿no? Debería haber sido lo primero—soltó en tono condescendiente Aznárez. Me lanzó una breve mirada, para después dirigir su vista hacia el comisario, supongo que buscaba su aprobación.

—Pensé en que le llamasés tú, pero decidí hacerlo yo. Aunque ambos estuvieran ya separados, para ganarse su confianza y poder conversar es mucho mejor una voz femenina —respondí en alusión a su vozarrón.

Aznárez se quejó mascullando.

—Su ex y ella se separaron al obtener él la cátedra en Sevilla, apenas unos meses después de conseguir ambos la acreditación que concede la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación, la ANECA. Debió ser un momento muy tenso, y él nos comentó que ella se lo tomó muy mal, que quedó muy herida en su orgullo hasta el punto de no querer acompañarlo al

sur. Ahí se rompió todo. Él vive ahora con otra mujer y, de momento, damos por buena su historia y, mientras no tengamos más pistas en su contra, no encaja como sospechoso —siguió Sergio—. El cadáver apareció en la cruz, como se puede ver en las fotos que hicieron los compañeros de Protección Ciudadana, aunque luego la descolgaron. Es pronto para tener los informes de Científica y del forense, pero ayer estuvimos en la autopsia y, a falta de análisis de tejidos, la causa de la muerte parece la asfixia. Al ser tan delgada, es muy probable que le costara morir unas cuantas horas. Esto debió de provocarle un final agónico. El momento de la muerte está fijada dos días antes de que la encontraran, así que tuvo que ocurrir todo en la noche del viernes al sábado.

—Gracias, Sergio. Sigo —le agradecí—. En el coche apareció toda su documentación. Parece que llegó dos días antes de hallarla nosotros. De ahí que quien la asesinó pudiera conducirlo hasta el torrente de agua para que quedara bien oculto tras la maleza. Las huellas estaban muy borradas tras el aguacero posterior. En el coche ni rastro de otras personas, pero lo que más mosquea es que estaba su móvil.

—¡Muy bien! —exclamó el comisario, mientras abría de forma expresiva los ojos.

—Sí, y al estilo de una persona mayor: wifi, bluetooth, datos, GPS... todo activado. Y con la clave de desbloqueo en un papel dentro de su cartera, junto con la clave de la tarjeta de crédito —respondí, mientras oía a Aznárez resoplar como para quitarle importancia al hallazgo.

—Por lo tanto, sabemos todos sus movimientos, ¿no? —me respondió con cara de júbilo el comisario.

—Están revisándolo los de Tecnología e Investigación y parece que tendremos abundante información. Pero lo que importa es que recibió un SMS el mismo viernes noche con la inscripción: *Descubrimiento revelador en Santa Criz. La espero allá cuanto antes*. Estamos investigando el origen del mensaje, pero parece ser de un móvil de prepago y sin datos del titular. Es como si no existiera —apunté.

—¿Móvil comprado en el mercado negro? —preguntó el comisario.

—Pudiera ser —especuló Sergio.

—¿Sospechosos de haber cometido el asesinato?

—La lista de personas de su entorno es numerosa, aunque de momento la secretaria del departamento de Geografía e Historia nos ha conducido hacia

dos compañeros por rencillas de distinto tipo: la dirección del departamento, por un lado; y el presupuesto para las excavaciones, por el otro. Para el resto de las personas de su entorno, de momento, no hemos podido establecer un móvil.

—Bien, Clara. ¿Qué pasos has pensado en dar a continuación? —preguntó, acto seguido, nuestro superior.

—Desde luego, pedir todos los datos de telefonía de las antenas de la zona. En cualquier caso, está claro que quien la asesinó eligió muy bien el día y la hora del crimen: antes de una ciclogénesis explosiva que iba a durar cuarenta y ocho horas, y ya de noche.

—Y contaría con la pasión y el celo que tenía ella por Santa Criz—apuntó Sergio— La conocía, eso parece obvio.

—Eso parece. Todo indica que ha sido alguien de su entorno —asentí—. De lo que hemos investigado después, extrañan sus últimas decisiones con el presupuesto para las excavaciones. Todavía no tenemos claro el motivo de tan repentina retirada de dinero para Santa Criz.

—Investigadlo—ordenó el comisario—. ¿Cámaras?

—Las hay en los cajeros de los pueblos cercanos, muchos a pie de travesía. Y hemos pedido todas las imágenes de la autopista que va de Tudela a Pamplona y de la autovía del Pirineo entre Sangüesa y Pamplona.

—Puede haber cientos de vehículos —se quejó Aznárez—. Trabajo arduo.

—Lo es, Javier. Y tú serás quien se encargue de esa parte en cuanto nos den las grabaciones. De momento no tenemos mucho, así que nos aferraremos a lo que hay, y tu experiencia nos servirá —le corté, antes de que siguiera quejándose.

—Ya han empezado los medios a especular con todo tipo de situaciones. Olvidaos de la prensa, no leáis nada, no respondáis a nadie, que ya tenemos al Grupo de Información Pública para contener a los periodistas. Nada de mensajes de WhatsApp, o volveremos a meter la pata como en otras ocasiones. La jueza ha sido tajante esta mañana: al que filtre algo, lo imputa —nos recordó el comisario—. Estrujaos el cerebro para averiguar quién de su entorno podría querer asesinarla. Quiero que sometáis a los sospechosos a interrogatorios exhaustivos. Que no se nos escape ese cabrón. ¡A seguir en ello!

El comisario salió y tras él Aznárez con los dos policías.

—Nosotros no hemos terminado —quise dejar claro.

—¿Ni para un cigarro? Si quieres nos lo fumamos aquí, pero estaríamos infringiendo la norma, y tendrías que abrirnos un expediente —me respondió el subinspector, quejoso, mientras bajaban ya las escaleras en dirección a la calle.

—No dejes que te hable así. Ni que te conteste de esa forma, y menos delante de un superior —me recomendó Sergio de nuevo cuando nos quedamos a solas.

—Tienes razón, pero tengo mis motivos.

—¿Tus motivos? Te falta al respeto una y otra vez. Y si él lo hace y no hay respuesta, lo hará el resto. Tienes que cortarlo.

—Sergio, el caimán está enojado conmigo, y cada vez que le ignoro es una batalla que pierde, créeme. Además, sus formas de policía de la vieja escuela nos pueden ser útiles. De acuerdo, es un gruñón, pero creo que es bueno en esto.

—Eso si te quiere ayudar.

—¡Oh! Querrá, tranquilo. Lo tengo calado, y ansía una medalla más que nada en este mundo. Ya no va a ascender, y el metal es lo último que le queda por obtener. Aunque no le proponga para una felicitación, el comisario lo hará si todo esto acaba bien, estoy segura de ello. Será un regalo de jubilación, ya lo verás.

—Tú verás, Clara. Tú sabrás lo que más te conviene.

—Les vamos a dar trabajo al resto con las imágenes y con los vehículos. Tienen para días. Y nosotros tenemos la citación del primer sospechoso en una hora. Vayamos a prepararla.

IV

Habían pasado dos días desde el hallazgo del cadáver. No habíamos parado de recabar información por varios sitios, y ya era momento de empezar a interrogar a sospechosos.

Sergio y yo salimos al encuentro de Belarre, un sujeto que apenas llegaba al metro sesenta y cinco. Venía acompañado por su abogado. El profesor de universidad, recién pasados los cuarenta, exhibía un aire altanero y aparentaba seguridad en sí mismo. Lo único que desencajaba en su aire de superioridad eran las gotas que se descolgaban con insolencia de su nariz, acompañadas del lagrimeo de sus ojos. Empleaba pañuelos de papel que desechaba en las papeleras de camino al cuarto de interrogatorios.

—¿Podrían facilitarnos sus DNI? —solicitó Sergio con amabilidad.

El profesor miró a su abogado, quien asintió sin decir nada.

—¿Podrían facilitarme sus números de policía? No entiendo por qué me han convocado y me siento atropellado en mis derechos.

El abogado abrió los ojos con sorpresa, como si su representado estuviera saltándose un guion ensayado.

—Les facilitaremos nuestra identificación por escrito, señor Belarre —aseveró Sergio, más acostumbrado que yo a esas situaciones.

—Verá, ha sido convocado, como usted dice, por el asesinato de su compañera —redundé.

El hombre se puso pálido.

—¿Asesinar a Amparo? ¡Es ridículo!

—Yo no he dicho su nombre —respondí.

De nuevo se le vio palidecer.

—¡Pero si lo sabe toda la Universidad y por ende toda Pamplona! ¡Está hasta en el periódico de mi barrio! ¡No me quiera pillar con un truco de inspectora de policía *noventa-sesenta-noventa* de serie de Netflix! —me contestó en tono de superioridad.

Ya sé que causo impresión en muchos hombres que no son tan altos como yo, mamá, no es la primera vez que me pasa. En ocasiones reaccionan así,

pero no deja de ser un complejo que intentan arreglar a lo machista.

—Y ahora me preguntará en dónde estaba la noche del crimen, ¿no? — prosiguió.

—Yo no he hablado de noche, lo acaba de hacer usted, señor Belarre — volví a ponerle en un aprieto.

Palideció por tercera vez. Un poco menos de sangre en la cabeza y caería desmayado sin remedio.

El abogado intentaba mantener la compostura, pero a gusto le hubiera dado un patadón a la silla de su representado, porque carraspeó.

—Abogado, silencio —le espetó Sergio sin dejar de escribir en el ordenador. Tenía experiencia en interrogatorios a detenidos, y no soportaba a los abogados defensores—. Si acabamos por imputar a su cliente un delito, tendrá tiempo de sobra para hablar a solas con él.

Comencé a hacerle otras preguntas, pero él callaba, impertérrito.

—Dígame, Javier: ¿qué tal le sienta intentar pisar fuerte, pero ver que no progresa? Supongo que no ser elegido director ha sido la gota que ha colmado el vaso. Coincidirá conmigo en que resulta sospechoso: sus aspiraciones se ven truncadas cuando Amparo es nombrada directora y ella aparece muerta en Santa Criz, su sanctasantórum.

—¡No diga gilipolleces, rubita! —respondió, al parecer harto de mis tentativas de sonsacarle algo.

—Recuérdeme que antes de irse le denuncie en vía administrativa por faltarme al respeto. Está usted en una comisaría, y tiene delante a una agente de la autoridad. Y en este despacho se me guardará el respeto debido. A mí y a mi compañero —respondí con contundencia, mientras sentía cómo me ruborizaba.

El profesor miró a su abogado. Buscaba apoyo legal para pasar por encima de nosotros dos, pero este negó con cara de pocos amigos, como quitándole la razón.

—No pienso responder a ninguna pregunta. No tengo obligación de declarar, ni siquiera me han dicho si soy investigado. Esto es una pérdida de tiempo, al menos para mí. Tengo cosas que hacer en la universidad: clases, tutorías, investigación académica. Pero claro, a ustedes les sobra el tiempo. ¿Acabamos ya?

—Por supuesto, en breve. ¿Ha traído su móvil?

—¿Para qué lo quiere?

—Su móvil, y cualquier otro dispositivo con geolocalización serían de gran ayuda para nosotros como parte de la investigación.

—No le entrego mi móvil. Es mi herramienta de trabajo. No tengo obligación —respondió, y miró de nuevo a su abogado, quien esta vez asintió—. Les voy a poner una reclamación por abuso de autoridad.

—Yo misma le acompaño a ponerla, pero antes le recomiendo que lo entregue. Sería un gesto de buena voluntad por su parte. Si no tiene nada que temer, no le debería importar.

—¿Cómo no va a importarme! ¡No diga sandeces! ¿Qué hay de mi intimidad? ¿Mis derechos y mi protección de datos? ¡Es una violación en toda regla! No hay buena voluntad que valga. No lo entrego.

El abogado lo atravesó con la mirada y el profesor calló.

—¿Tiene otros aparatos portátiles?

—No. ¿Me puedo ir ya?

Miré a Sergio un instante. Él asintió con un ligero gesto de cabeza, casi imperceptible.

—Puede, pero desde este momento considérese sospechoso. Le recomendamos que no se vaya muy lejos —traté de meterle el miedo en el cuerpo.

—¡Sólo faltaba! ¡Que encima me digan lo que sí y lo que no puedo hacer! ¿Qué les digo a los organizadores de los congresos a los que estoy invitado como ponente? No son pocos, se lo aseguro. Un titular de universidad de Mundo Clásico no se puede permitir el lujo de regalar su tiempo. Pero claro, es probable que ustedes no alcancen a darse cuenta. Con sinceridad, creo que arrastran un complejo enorme, y que intentan paliar su escasa formación e intelecto al emplear su autoridad de forma subjetiva y arrolladora. ¡Están ustedes meando fuera del tiesto! ¡Son unos acomplexados! —concluyó con desprecio.

—En ese caso, tenga la delicadeza de enviarnos una relación de lugares a los que tiene pensado acudir. Y sepa usted que está denunciado por faltar al respeto a un agente de la autoridad. Le llegará la denuncia por vía administrativa, no se preocupe —concluí, todavía ruborizada, mientras Belarre se levantaba y salía por la puerta.

—¿Sensaciones? —le pregunté a Sergio una vez en la oficina—. Tú tienes

buen olfato.

—Pero sólo porque llevo más tiempo en esto. Eres bastante más lista que yo, pero te has dejado enojar, y en eso te ha ganado la partida —me respondió.

De nuevo noté como me ruborizaba. Sergio volvió a tomar la palabra, viéndome en un compromiso por la pequeña reprimenda.

—Este tiene trampa. No termino de calarle, pero lo que tengo claro es que lo que le falta de centímetros lo tiene de chulo. ¿Has visto con qué aires nos ha hablado? Tú podrías estar en la universidad si quisieras. ¡A éstos hay que darles curas de humildad! —me recomendó.

—No voy a hacer de esto algo personal. La ignorancia es muy atrevida, y éste es menos listo de lo que se cree. Además, es mejor así, puede meter la pata por engreído. De momento con la denuncia le vale. Pero no has respondido a mi pregunta...

—Aunque sea un tipo bastante imbécil, me da que no tiene nada que ver. Éste es un dandi, demasiado delicado para semejante crimen. Y por muy bien que se vista, no disimula un físico bastante enclenque. Desde que ha entrado hasta que ha salido no ha parado de moquear y limpiarse. Es un blando.

—Y, sin embargo, sospechoso directo. ¿A qué hora has citado a la profesora Zapateiro?

—A las doce. Pensaba que íbamos a estar más rato con este y que podríamos sacar algo en claro, la verdad.

—No hay problema, sigamos con lo nuestro. Todavía falta un rato y quiero dar un repaso a los archivos.

—¿Sabes lo que me mosquea del asesino? Que no nos haya dejado mensajes, ni avisos, ni nada. Es como si no le importara el mundo.

—¿Te parece poco mensaje colgar a una pobre mujer de un madero? Sigo pensando que puede haber un móvil religioso.

—¡Joder, Clara! Ella era estudiosa de todo lo romano y quien la haya asesinado lo ha hecho de la forma más cruel que se le ha ocurrido y con una forma de matar de lo más clásica. Es una venganza, los demás se la traemos al paio. Ahora bien, también podría ser un tema religioso como dices. Veremos cómo van el resto de los interrogatorios, pero como no saquemos nada en claro, habrá que ampliar la lista de sospechosos hasta abarcar a cualquiera al que haya ofendido nuestra querida catedrática durante toda su carrera.

V

La mujer, de cincuenta años y casi metro ochenta de estatura, entró acompañada de un policía del control de entrada. Su figura era imponente, y a su altura sumaba una complexión fuerte, con espaldas anchas y brazos poderosos en apariencia. Su cara quemada por el sol y sus manos y uñas dañadas mostraban a las claras que se trataba de una mujer acostumbrada al trabajo de campo en las excavaciones.

—Tome asiento, por favor. ¿Podría dejarle su DNI a mi compañero? —le pregunté con amabilidad—. ¿Sabe por qué está usted aquí?

—Me lo imagino. Por la muerte de Amparo. No creo que mis desavenencias con ella hayan pasado por alto. Me decepcionaría mucho la Policía Foral si no me interrogasen.

—Y, sin embargo, viene usted sola. ¿Sabe que tiene derecho a un abogado?

—¿Estoy acusada de algo?

—En realidad estamos investigando, y no está acusada de nada.

—Miren, de todos modos, estoy en su lista de sospechosos, así que quiero declarar.

—En ese caso, creo que es mejor que llame usted a su abogado, como le recomendó mi compañero al citarla.

—Bueno, no tengo. Nunca lo he necesitado y jamás he tenido el menor problema.

—Podemos ponerle en contacto con el Colegio de Abogados, ellos le proporcionarán uno de oficio.

Me miró de forma fija, pero no preocupada. Más bien como si todo aquello no fuera con ella. Supuse que me estaba estudiando.

—Haré lo que usted me recomiende, inspectora.

—Pediremos uno de inmediato —le respondí.

El letrado tardó más de una hora en llegar y cuando lo hizo se dejó informar por mí antes de ir a hablar con su representada.

—¿Dónde puedo tener una entrevista reservada con mi clienta?

—Aquí mismo. Avísenos al terminar. Recuerde que ella no está

investigada. Se trata de una entrevista dentro de nuestras pesquisas —le aclaré mientras le abría la puerta de la sala donde ella aguardaba.

—Sí, lo tengo claro. Pero podría acabar siéndolo —respondió.

Recién entrada en el cuerpo, asumía como normal y una garantía más del acusado la última reforma de la Ley de Enjuiciamiento Criminal. Pero Sergio estaba convencido de que el sistema había salido perdiendo. La entrevista previa de cliente y abogado era una nueva garantía procesal que chocaba con el desarrollo de la investigación.

—¿Desea responder a las preguntas que tenemos para usted sobre la muerte de la profesora Etxetxipia?

—A pesar del consejo de mi nuevo abogado de que mientras no se me considere investigada no diga nada, sí, deseo hacerlo —respondió ella para sorpresa del letrado.

—¿De qué conocía usted a Amparo Etxetxipia?

—Era mi compañera de departamento, y dirigíamos las excavaciones de Santa Criz en un proyecto conjunto. Además, en los últimos meses habíamos tenido un pequeño romance —respondió mirándome y guiñándome un ojo al terminar la frase.

Vi que Sergio paró de escribir un instante.

—¿Ella había estado emparejada antes? —pregunté, aunque conocía la respuesta.

—Oh, sí. Desde luego que lo estuvo. Primero con su marido y luego con otro profesor. Pero aquello pasó, y después empezamos algo muy... intenso.

—Pero, tenemos entendido que quien dirigía las excavaciones era ella, y que usted estaba bajo su dirección, por decirlo de alguna manera.

—Siento contradecirla, pero ella tan sólo supervisaba el proyecto y aprobaba el presupuesto. Soy la directora de las excavaciones, o lo que queda de ellas. Nos acababa de quitar el dinero de golpe.

—¿Por algún motivo concreto?

—Me temo que nuestra relación se vio perturbada en los últimos tiempos, y lo del dinero fue una venganza contra mí.

—¿Eso lo sabe usted? ¿Se lo confesó ella o la amenazó con algo así? —pregunté a pesar de saber de la discusión que, según la secretaria del departamento, habían tenido en el despacho.

—Verá, ella era demasiado absorbente para mi gusto, incluso celosa, me

atrevería a decir. Soy un pájaro libre —me volvió a guiñar—. Y buscaba una amiga en la vida, nada de compromisos ni rollos de esos. Cuando me negué a seguir con la relación, ella se puso como una fiera. Me echó de su casa. Esa semana teníamos que solicitar la siguiente partida del Gobierno de Navarra para los trabajos en el yacimiento. Hubiera supuesto dinero para otro año más, incluido el pago a los trabajadores y otros gastos. No lo solicitó, y en cambio sí lo hizo para yacimientos menores, que ahora han recibido subvenciones enormes para su escasa importancia.

—Y usted ¿cómo se lo tomó?

—¿Acaso no se pueden imaginar la respuesta? Santa Criz es mi vida. Es un sueño que una estudiosa de arte clásico pueda dedicarse en cuerpo y alma a la antigüedad. La mera idea de haber sacado a la luz lo que ya hemos encontrado, imaginar lo que debe estar todavía ahí, enterrado bajo toneladas de tierra, es un reto para mí. Quitarme el dinero es matarme.

Ambos pusimos cara de circunstancias.

—¿Un símil mal elegido? Supongo que sí. Pero yo no la maté —rio nerviosa.

—Y, sin embargo, es usted sospechosa. Motivos no le faltan.

—Amo la Antigüedad, pero no como para hacerle daño a nadie. Tampoco a Amparo. Quitarme el dinero fue una jugada muy sucia, impropia de su categoría y posición, pero ¿matarla? Las mujeres, inspectora, tenemos que protegernos las unas a las otras —terminó la frase con un rápido arqueado de las cejas sin dejar de mirarme.

—Bien, en ese caso, ¿podría darnos usted su móvil? Se lo devolveremos en cuanto hayamos comprobado algunos datos.

—Lo siento, inspectora. Una cosa así no puedo hacer. Mi móvil es mi vida más privada y secreta. Además, ¿cómo podría renunciar a mi agenda de contactos? En esto no les puedo ayudar, lo siento.

Era la segunda persona que se negaba, lo cual no la dejaba en buen lugar y nos hacía sospechar también de ella.

La entrevista duró un rato más, centrada en los detalles del fin de semana. Parecía tener excusa, pero sería necesario entrevistar a otra mujer con la que, según contó, había pasado todo el tiempo. Habían estado en el valle de Arce, hospedadas en una antigua torre medieval convertida en hotel. Tendríamos que cotejar los datos con los dueños del establecimiento, aunque su coartada pareciera tan sólida como los muros que la habían albergado mientras se

cometía el crimen.

—Esperaré ansiosa su llamada —terminó de decir, acercándose a mí con los ojos muy abiertos. Cuando no quedaban empequeñecidos por sus párpados hinchados y enrojecidos, mostraban un color azul oscuro.

Tras marcharse regresamos a la oficina.

—¿Sensaciones? —volví a preguntar a Sergio.

—¿Puedo serte sincero?

—Debes, por favor.

—Si le llegas a dejar, se lo hubiera montado contigo sobre la misma mesa de la sala de entrevistas.

Creo que me puse roja, pero al poco conseguí recomponerme.

—Ya, me he dado cuenta desde el primer momento. ¿Crees que me ha calado? ¿Se me nota mucho que soy lesbiana?

—No se te nota, Clara. Pero reconocerás que eres atractiva —me sorprendió que me lo dijera sin rubor de ningún tipo—. Ha puesto la directa a por ti.

—Por eso me fio poco de lo que me ha dicho. Ha sido demasiado colaboradora como para creerla. Intentaba ganarse mi favor.

—Si es cierta su coartada, no tenemos mucho que hacer. Además, ¿quién no te dice que, una vez resuelto el crimen, respondas a sus insinuaciones? —me respondió en tono jocosos, mientras me guiñaba un ojo.

—¡Calla, Sergio! ¿Tan mal me ves? ¡Antes me lío contigo!

—No. Te veo sola, sin más.

—Llevo pocos meses en Pamplona y si tiene que llegar algo, ya llegará. Y gracias por tu sinceridad, pero ni mu al resto de lo que ha pasado. No quiero que se me rían a la cara.

VI

Estaba muy inquieta ante las dudas que tenía sobre el curso de la investigación y esa noche no había podido dormir bien, así que madrugué más de lo habitual. Además, me gusta entrar temprano para disfrutar de al menos una o dos horas de trabajo, libre de llamadas, correos y visitas. A partir de las siete de la mañana ya no hay quien se concentre, y menos siendo jefa de un grupo de investigación, con la gestión que eso conlleva.

Habían pasado tres días desde la aparición de la profesora. Cuatro, en realidad, porque ya era jueves. No lográbamos avanzar en la investigación a pesar de los cientos de pistas que nos llegaban, muchas de ellas falsas, pero que había que investigar hasta comprobar que eran callejones sin salida. Seguíamos en punto muerto y nuestros mandos nos presionaban cada día. El ruido de afuera no era poco, y la prensa pedía una información que no podíamos dar. Por suerte, no había filtraciones, y los medios de comunicación no habían pasado de los titulares y las fotografías de los primeros días.

Los resultados de la autopsia y del laboratorio habían arrojado, por fortuna, un ADN distinto, además del de la fallecida. Por desgracia, no estaba registrado en nuestra base de datos ni en las de otros cuerpos policiales. Teníamos algunos otros datos, cierto, pero distaban mucho de servirnos para dirigir la investigación en un sentido concreto o hacia una persona determinada. Tampoco la tercera entrevista, con Antón Pedraficha, el catedrático de Geografía Física de la UPNA, había arrojado pistas. En apariencia también tenía móvil para guardarle rencor, al igual que sus otros dos compañeros de departamento, pero en ese momento nos pareció bastante nimio como para justificar que la matara, y lo dejamos aparcado.

Una idea me rondaba la cabeza, e iba a llamar a la profesora Zapateiro para pedirle listados de todos los becarios que habían pasado por cualquiera de los programas de arqueología en Santa Criz. Pero ni siquiera había iniciado mi sesión en el ordenador cuando Sergio apareció por la puerta con dos cafés de la máquina.

—Hola jefa. Te traigo un capuchino sabor avellana. Veneno, pero del que sabe bien.

—¿Qué haces tú aquí? Son las cinco.

—¿Y tú? No podía dormir, y Begoña me ha dado carta blanca con esta investigación. Ella se hace cargo de los niños, y de todo en realidad, hasta que acabemos.

—Tu mujer es una santa, díselo de mi parte. Y tú también. Gracias —le mascullé mientras tomaba el café que me había traído.

—Sabe del aprecio que le tienes. Es mutuo. ¿No vas a preguntarme por qué he venido?

—¡Claro que sí! ¿Qué ideas tienes?

—Ayer hablamos de ampliar el círculo. Hay que buscar entre todos los colaboradores que tuvo doña Amparo. Me da igual becarios de despacho como de excavaciones.

No quise quitarle la idea que yo ya estaba rumiando.

—Es una buena salida al bloqueo. Tengo la sensación de que hemos perdido el tiempo —le contesté.

—No lo hemos hecho, Clara. Era necesario entrevistar a quienes lo hemos hecho, así como comprobar sus móviles, revisar cámaras y toda la documentación que tenía la profesora. Algo saldrá. Pero no hay que quedarse sentados. Siempre hay que seguir adelante en la investigación, sin esperar a los resultados para abrir nuevas líneas. Puede que unas se cierren y otras sigan abiertas, o que terminen confluyendo.

—Comencemos a buscar proyectos en los que ella haya tenido algo que ver. De momento, centraría la búsqueda en Navarra. Eso nos ayudará a saber qué pedir —contesté, viéndome apoyada.

—Sí. No cabe duda de que Santa Criz es ahora la joya de la corona, pero seguro que hay muchos más yacimientos y trabajos en los que participé —puntualizó.

—Sergio, de todos modos, no dejo de dar vueltas a la motivación del asesino. ¿Qué pudo hacer una mujer así para merecer semejante muerte?

—No lo sé. Pero partamos de la base de que quien la mató es un perturbado.

—Ya. Ojalá diéramos hoy mismo con él. Nada me haría más feliz.

Nos pusimos a trabajar para aprovechar el tiempo. Al cabo de una hora ya comenzaba a clarear, y la luz se filtraba desde el exterior. Sonó el teléfono de la oficina.

—¡Joder, si todavía no son horas! —exclamó Sergio disgustado mientras

apretaba el botón para descolgar la llamada con el altavoz activado —. Grupo de Delitos Civiles y Políticos.

—Sergio, sala de coordinación al habla, parece que tenéis trabajo — respondió el subinspector de guardia, y compañero de su promoción.

—Empezamos pronto. ¿Qué es?

—Malas noticias. Un muerto en Aranguren... —se hizo un silencio breve e incómodo—... en el campamento romano.

No sé qué sensación tuvo Sergio, pero la mía fue la de sentir un escalofrío tremendo que me recorrió toda la espalda.

—¡Vamos para allá! ¿Hay ya patrulla en la zona? ¿Quién ha dado el aviso? —pregunté de forma instintiva, mientras me ponía de pie y tomaba mi mochila del armario.

—Sí, están llegando. Y a los de la Científica os los mando en seguida — respondieron desde la sala.

—Vamos para allá. Avisa a los de Protección para que hagan un círculo gigante. ¡Que no pase ni Dios! ¿Quién ha descubierto el cadáver? —preguntó Sergio.

—Un hombre mayor. Está muy nervioso.

Nos disponíamos a bajar al patio para tomar el coche.

—Seguimos en contacto por móvil —respondí—. Gracias.

Oíamos los pitidos del teléfono mientras salíamos del despacho, casi a la carrera.

—El campamento romano, mierda. ¿Qué es? ¿Estará muy lejos? —pregunté a Sergio.

—Aranguren está aquí al lado, así que supongo que lo veremos al llegar. Mira en Internet, a ver si te aparece.

No podía concentrarme. Acababa de pasar lo de Santa Criz ¿y volvía a suceder? Algo me decía que podía tratarse del mismo asesino, y a buen seguro Sergio también lo temía.

Busqué con mi móvil datos relacionados con un campamento romano, y ahí estaba: una explicación perfecta, en un blog sobre arqueología navarra. El autor indicaba con detalle cómo llegar, y empecé a leer toda la información.

—Cuando lleguemos a Aranguren, en la rotonda, sal por el lado sur y sigue por el camino que hay. A ver hasta dónde podemos pasar, porque hay que ir por ahí hasta llegar a un pinar para subir al campamento. No creo que

podamos pasar de ese punto con el coche, es una colina arbolada. Tengo miedo a lo que nos podamos encontrar.

Cubrimos el trayecto a toda velocidad y con las luces de emergencia puestas, ya que era la hora entre la entrada y la salida de las empresas y había bastante tráfico. La inquietud crecía en mi interior y notaba los nervios que intentaban aflorar. Para cuando llegamos, un coche patrulla con un agente nos esperaba. Sergio paró un segundo y bajó la ventanilla.

—Buenos días, compañeros. Seguid por esta pista, se puede circular hasta bien adentro. Os esperan allá.

—Gracias —fue lo único que Sergio acertó a decir mientras arrancaba.

Quitamos la luz azul para no alarmar más a los vecinos y seguimos el camino. Aunque la humedad de la mañana se colaba por la ventanilla abierta y se podía oler a tierra, el ambiente estaba mucho más seco que en Santa Criz. De hecho, desde la ciclogénesis de hacía una semana no había vuelto a llover.

Otro agente, acompañado de un hombre, nos esperaba en el lugar de acceso hacia la colina.

—Buenos días, inspectora —saludó el policía frente al lugareño.

—Buenos días. ¿Es usted quien lo ha encontrado?

El hombre, que pasaría de los setenta de largo, asintió.

—He salido a por setas, y he visto al muerto.

—Ahora hablaremos con usted. ¿Nos puede esperar un segundo?

Nos apartamos junto con el compañero.

—¿Qué tenemos? —le pregunté.

—Hay un policía en el lugar. Parece un hombre de mediana edad, pero por lo visto está muy desfigurado y no se le reconoce bien. Tenemos otra patrulla en el otro extremo del camino, con un segundo compañero que ha cortado aquel acceso. No hemos podido hacer mucho más. Acabamos de llegar, como quien dice.

—¿Tenéis filiado al testigo?

—Sí, aquí tienes los datos —me pasó un papel—. Está muy nervioso. Se ha llevado un disgusto de cojones.

—¿Credibilidad?

—Bueno, es de Aranguren y ya has visto lo limpio que está. Parece verdad que ha salido a por setas, o a darse el paseo mañanero.

—Vale. Hablamos con él y vamos para allá. Los de Científica vendrán enseguida. ¿Por dónde es?

Tras escuchar las explicaciones comenzamos a ascender por una cuesta bastante empinada. Ésta daba acceso a un altiplano en esa colina solitaria del centro del valle. La intensidad del esfuerzo nos hacía aspirar profundo, y la vegetación de pinos y boj es nos recibió con un fuerte olor vegetal.

Conforme avanzábamos, apenas podíamos evitar las hileras de orugas procesionarias que atravesaban el camino.

—No las pises, o lanzarán sus esporas al aire, y verás qué gracia nos hace cuando empiece a picarnos la piel —me advirtió Sergio.

Lo que vimos a continuación todavía me revuelve las tripas.

Al final de la rampa, embozado con su gorra y su braga de cuello y con las gafas de sol puestas, estaba otro de los agentes.

—No os acerquéis más. ¿Tenéis más ropa aparte de la que lleváis? No os vais a creer lo que hay sobre el muerto. Está lleno de orugas.

—El testigo nos ha dicho algo, pero no pensábamos que fuera a ser un problema —respondí, al tiempo que comenzaba a notar cierto picor en los ojos.

—Aunque os entren ganas, no os rasquéis. El ambiente está lleno de pelos de esas putas bichas —me cortó el policía cuando me vio ademán de echarme la mano a la cara—. No paséis sin protegeros.

—Tenemos los buzos de trabajo, y gafas de protección.

—Lo que sea, pero ponéoslos ya. Llevo un rato aquí y me pica todo. Y lo del muerto es para morir de asco.

Seguimos al instante su consejo, sacamos el material de nuestras mochilas y subimos con el policía al comienzo de la planicie poblada de pinos. Aquel era el hogar de las dichosas procesionarias, para nuestra desgracia.

—Mirad al muerto, ahí adelante —señaló un cuerpo por el que reptaban y se removían cientos de orugas.

—Pero ¿qué cojones es eso? —exclamó Sergio.

—Es como si las hubiera atraído —respondió el compañero.

Me acerqué. Aunque los días previos, de calor y viento, lo habían secado todo muy bien y no había barro que poder alterar, no quise pisar ninguna huella y procuré no alterar nada.

En efecto, se trataba de un hombre de mediana edad, al que le habían

quitado la ropa de arriba abajo. Todo el cuerpo mostraba múltiples golpes que le habían hecho sangrar. Estaba apaleado sin compasión alguna. Además, presentaba rojeces por todo el cuerpo. Supuse que las orugas le habrían provocado dichas irritaciones. No me acerqué más y volví hasta el sitio en donde estaban Sergio y el compañero de uniforme.

—¡Qué bestialidad! —exclamé, y apenas terminada la frase comencé a vomitar el café que había tomado veinte o treinta minutos antes.

—¿Más de lo mismo? —me preguntó Sergio mientras cruzaba para ir al lugar.

Le paré con la mano que tenía libre, mientras me limpiaba la boca con un pañuelo de papel.

—No vayas. No creo que te aporte nada, salvo un mal rato. Tiene toda la pinta. Puede ser el mismo tipo. Desde luego, el lugar y el *modus operandi* coinciden un huevo. ¡Qué hijo de la gran puta! —exclamé sin dudarle ni un segundo.

Saqué el móvil tras abrirme el buzo y llamé a la sala. Solicité dos patrullas de Protección del Medio Ambiente, para que recorrieran en sus motos todoterreno el contorno de la colina por todos los campos, regatas y sendas de alrededor. Los compañeros de la Científica no tardarían en llegar, y decidí bajar con Sergio a echarles una mano y de paso explicarles lo que había. El tema era tan serio como antes, y quería volver a tenerlo todo bajo control. La investigación, una vez más, estaba en marcha.

Era media tarde, apenas diez horas desde aparecer el cadáver. Habíamos llegado al Instituto Navarro de Medicina Legal puntuales, incluso con unos minutos de antelación. El tema era tan serio, que a la inmediata autopsia del cadáver del profesor Belarre habían asistido tanto personal de la Clínica Forense como de Patología Forense. Mientras los primeros habían reconocido todo el cadáver, abriéndole la caja torácica y el cráneo, los segundos habían realizado distintos cortes, obtenido las muestras necesarias para ahondar en las causas de la muerte.

Los magistrados de la Audiencia Provincial se habían tomado el caso muy en serio, y, ante los indicios claros de que había dos cadáveres de un presumible mismo asesino, esta había dado la orden de centralizarlo todo en los juzgados de Pamplona. Se nos había ofrecido apoyo para realizar una investigación conjunta por parte de Guardia Civil, y teníamos la propuesta

encima de la mesa. Mis jefes se mostraban nerviosos ante el magistrado. Era un conocido defensor del centralismo del Estado, no veía con buenos ojos a la Policía Foral, y menos desde que habíamos desplazado a los guardias civiles y a los policías nacionales al asumir competencias antes compartidas. Si ordenaba lo contrario, vendría desde Madrid algún equipo de la UCO, la Unidad Central Operativa de la Benemérita, y esa idea no gustaba nada en nuestra Jefatura. Si a ello le sumábamos el revuelo que este nuevo asesinato estaba causando, y la cantidad de periodistas de medios nacionales que se habían sumado a los regionales, agolpados ahora a las afuera del Instituto.

En la sala de observación, que solía hacer las veces de aula de formación de alumnos de medicina, estaba presente una nutrida representación de las autoridades involucradas. Todos mirábamos la pantalla que emitía la autopsia por un circuito cerrado de televisión. La secretaria judicial, Aznárez, Sergio y yo misma acompañábamos al magistrado de lo Penal que se había hecho cargo del asunto.

El cadáver de Belarre yacía expuesto sobre la mesa de autopsias, y todavía se podían observar múltiples livideces y marcas, así como erosiones en la piel, fruto del contacto con las orugas. Las labores estaban casi acabadas, y el médico forense esperaba tan sólo algunos resultados del patólogo. Este trabajaba bajo una enorme presión para obtener algún tipo de información, aunque fuera preliminar.

Agradecí no tener que entrar en la sala. No soportaba ese olor a mezcla de asepsia y muerte, que ni siquiera el ungüento mentolado que me ponía en los orificios nasales conseguía evitar del todo. Vimos cómo el médico se retiraba de la mesa y se quedaban tan sólo sus asistentes. Empezaban a meter todos los órganos de nuevo en los huecos correspondientes del cadáver, para después cubrirlos con la piel apartada y coser para cerrar.

Al poco rato llegó el médico forense junto con el patólogo. Ambos se presentaron con la ropa de la sala de autopsias, aunque el primero había tenido la deferencia de quitarse el delantal manchado.

—Señoría, a falta del informe final, sólo le puedo decir que la víctima sufrió golpes por doquier, que le causaron múltiples fracturas óseas. Aunque me atrevería a decir que ninguno fue mortal de necesidad, los traumatismos provocaron numerosas hemorragias. Además, el esófago aparece quemado por ácido. Esto último resulta extraño, aunque mis sospechas pueden quedar resueltas con los resultados que esperamos. Es extraño que este hombre

muriera por asfixia, como parece, ya que no hay signos de ahogamiento exterior ni en cuello ni en boca ni en nariz.

El magistrado asintió en silencio. Ambos se conocían desde hacía años, según me contó Sergio, se respetaban y se trataban con la solemnidad propia de la gente mayor. En cambio, Aznárez, con su descaro habitual, mostraba una confianza excesiva con el magistrado, casi un compadreo.

—Como les decía, tenemos la probable causa de la muerte—comentó el forense con seriedad.

—¿De qué se trata? —preguntó el magistrado, mientras el resto, ante su autoridad, permanecíamos bien callados.

—Hemos ratificado lo que decía su historial clínico. Era una persona con múltiples alergias —adelantó el patólogo.

De pronto recordé la entrevista que habíamos tenido con él, cómo moqueaba de continuo, con síntomas de lo que en ese momento no entendía: alergia. El médico seguía con su explicación y puse de nuevo toda mi atención.

—La presencia de orugas de la procesionaria en su cuerpo, desnudo como le encontraron, provocó en él un shock anafiláctico. Sin temor a equivocarme, la víctima sufrió una anafilaxia *IgE* independiente. Es decir, una reacción anafilactoide ante el antígeno de la procesionaria. Es probable que hubiera sufrido otra reacción anterior, y por eso ya estaba sensibilizado a dicho alérgeno. Ello le provocó la activación de mastocitos y basófilos, con una acción generalizada de histamina.

A esas alturas, aunque intentaba hacer memoria de las lecciones de ciencia forense que tuve en el máster, ya me había perdido. ¿Estarían el resto tan perdidos como yo comenzaba a estarlo?

—Esto explicaría las numerosas y profusas hemorragias, dado que la histamina provoca el aumento de la permeabilidad vascular, así como la vasodilatación —siguió su jefe, el médico forense—. A su vez, algo que confirma nuestras sospechas iniciales, se estimuló la secreción de ácido clorhídrico en el estómago, lo que, unido al aumento del peristaltismo, justificaría la irritación aguda de tejidos internos. Para completarlo, los niveles elevados de histamina provocan broncoespasmo. Y, por si esto fuera poco, en su organismo también hemos detectado exceso de adenosina, otra amina vasoactiva. Ésta produjo una agravación de la primera lo que con toda probabilidad conllevó una insuficiencia respiratoria, la consecuente ausencia de oxígeno, y, por último, la muerte.

Hacía rato que me había perdido, pero puse cara de interés.

—De igual forma—continuó—, la adenosina provoca la inhibición de la agregación plaquetaria, por lo que sus heridas no dejaban de sangrar y la ausencia de oxígeno es casi seguro que se aceleró al carecer de suficiente hemoglobina para transportarlo. Tendrán el informe detallado cuando todo esto esté acreditado. Atenderemos a la urgencia de la situación y lo tendremos listo mañana a primera hora, a más tardar.

—Entiendo. Les agradezco su diligencia en este asunto, señores. Espero los resultados en manos del equipo de investigación —respondió el magistrado sin mirar más que a Aznárez, como si fuera un asunto tan sólo de ellos dos. Espero también que me informen ante la más nimia novedad. Quiero a ese malparido entre rejas.

VII

Finalizada la autopsia nos dirigimos a la oficina. Teníamos convocada reunión con nuestro comisario. De nuevo había periodistas y cámaras de televisión en la entrada de la comisaría general. La presión nos llegaba de forma directa e indirecta, y sabíamos que la opinión pública estaba alarmada en extremo, por lo que la prensa aprovechaba para hacer escarnio público de la Policía Foral y, de paso, del Gobierno de Navarra. El magistrado, la Directora General de Interior y hasta el mismísimo Consejero de Interior habían presionado a nuestra Jefa del cuerpo, y ésta a nuestro comisario.

—Han pasado veintiocho horas desde que apareció muerto Belarre, vuestro primer sospechoso. Está claro que esa es ya una vía muerta, si me permitís la expresión. Quiero toda la información sobre la mesa, y quiero nexos con Santa Criz —nos ordenó—. Clara, empieza y no te dejes ningún detalle.

—Nuevo asesinato en un antiguo asentamiento romano, esta vez militar. Es una colina de seiscientos cincuenta metros, aplanada en lo más alto, que conforma una figura similar a un rectángulo. Por los vestigios encontrados en la zona, y según los datos de los historiadores que hemos leído, cumpliría con los requisitos que empleaban las legiones romanas para asentarse, al menos por un tiempo. Parece que era un campamento de marcha temporal, lo que denominan un *stracathro*, conocido así por el tipo de protección, con clavícula externa y zanja oblicua en sus puertas.

—Disiento, pero bueno —me interrumpió Aznárez.

—¿Por qué? —preguntó el comisario, quien no había entendido lo de la zanja.

—Porque por *stracathro* también se conoce la parte exterior de la muralla. En el caso de este campamento, el lado norte, que es en donde apareció el cadáver. Para mí quiere decir *extra castrum*, es decir, afuera del campamento.

—¿Afecta eso a la investigación? Sólo veo tecnicismos históricos.

—No —respondí, decidida.

—¡Sí! —me contradijo Aznárez.

—Concreción, por favor. El tema es serio.

—El asesino de Belarre le aplicó un castigo militar consistente en el

apaleamiento, conocido como el *fustuarium*. Era un correctivo que aplicaban los propios compañeros al centinela que se dormía, y terminaba con la muerte de este. No hemos podido determinar si se aplicaba dentro o fuera del recinto amurallado. Todo puede ser importante para determinar a quién nos enfrentamos —respondió mi subinspector.

—Lo tendremos en cuenta por si sirve de algo. Más... —apremió el comisario.

—Si el lugar es lo que los investigadores creen, se trataría de un campamento romano del 75 a.C., del general Cneo Pompeyo Magno. Al final de ese año, tras la campaña contra el general rebelde Sertorio, se retiró a esta región en busca de la protección de los vascones, con los que Roma mantenía estrechos lazos.

—Es decir, ¿encajaría en el *modus operandi* de nuestro asesino el escenario romano? —preguntó nuestro superior.

—Así es. Y de nuevo la víctima tenía relación con el lugar. Él fue quien más se centró en estudiarlo, ya que por fin se iban a iniciar labores para rescatar el castro. Era el proyecto que iba a resultar más favorecido tras la repentina retirada de fondos de Santa Criz, con una primera asignación de cien mil euros para expropiación, primeras labores de clareo de vegetación y prospección —le respondí, para encauzar la información hacia lo que nos interesaba.

—Lo cual nos conduce a la profesora Zapateiro, de nuevo, como la principal sospechosa —confirmó Aznárez.

—Sí, y confirma también a Antón Pedraficha en la lista de los sospechosos. Es catedrático de Geografía Física. A fin de cuentas, tanto Etxetxia como Belarre apoyaron a otra persona del departamento para el Consejo Navarro de Cultura. Se ve que Pedraficha les guardaba a ambos bastante rencor por ello— apuntó Sergio.

—Maldita sea, ¿y tienen coartada? ¿Qué hacían a esas horas? ¿Qué decían sus móviles? ¡Ahí es en donde hay que incidir, coño! —exclamó el comisario, nervioso.

—Ya, pero hasta ahora su señoría no nos ha dado permiso para requisarles los móviles. Demasiadas pruebas circunstanciales, y ninguna concreta. Necesitaríamos que nos dejara obtener muestras de ADN de los sospechosos, y que nos diera permiso para revisar sus teléfonos, sus ordenadores, todo. Pero no nos da la autorización —apunté sin tapujos.

—¿Puedo hablar con él? —pidió Aznárez al comisario, puenteándome.

Si eso me sorprendió, mamá, imagínate la respuesta afirmativa de mi superior. Eso consiguió irritarme de verdad. Sergio me miró también disgustado.

—Para mañana está hecho y tendremos la autorización —nos confirmó sin todavía haber llamado al juez, ufano.

—Pondréis vigilancia discreta a ambos mientras los investigamos. ¿Qué más? —siguió el comisario.

—Tenemos muchos interrogantes, y desde luego estamos abriendo todas las vías posibles de investigación. No sólo vamos a ampliar más el círculo de sospechosos, tarea principal, sino que también estamos buscando otros puntos en común con Santa Criz. Además, al margen de las pruebas que ya tenemos, deberíamos dar vueltas a algunas conjeturas, pero prefiero que nos centremos en los puntos en común —le contesté.

—¿Conjeturas como por ejemplo? —preguntó el comisario, cosa que no quería que hiciera.

—Aunque el campamento es del siglo I a.C. y Santa Criz de doscientos años después, se nos abren muchas dudas de tipo más... erudito: ¿y si el asesino mata a estudiosos de los romanos porque colonizaron a los vascones? Sería una motivación nacionalista. Raro, pero ahora mismo nada descartable. A fin de cuentas, Santa Criz ocupó el lugar de un castro anterior. Y Pompeyo pudo fundar Pompaelo sobre otro asentamiento previo, aunque esto último parece muy cuestionado por la comunidad científica —explicó Sergio.

—Peregrino, quizás un exaltado. Pero acabáis de decir que Roma era aliada. No encaja —sentenció el comisario con tono escéptico, mientras Sergio me miraba y yo le devolvía la mirada de forma fija para que se callase.

—Cneo Pompeyo Magno era un noble romano de la facción de los *optimates*, los “hombres excelentes”. Perteneía a la aristocracia romana, patricios. Quinto Sertorio, su rival, representaba en Hispania a los “populares”, es decir, a los plebeyos. Quién sabe si nuestro asesino es de una capa baja de la sociedad y se trata de alguna venganza... —siguió Sergio.

—¿De verdad no tenéis nada más serio? —preguntó el comisario en tono elevado, mientras miraba a Sergio con cara de pocos amigos. Eran ideas que habían surgido casi sin pensar, por no descartar nada, pero no eran para sacar a la palestra o parecería que estábamos desesperados. ¡Ya íbamos a abrir el círculo de sospechosos! Se lo había explicado antes de la reunión a todos, y

de pronto Sergio me salía con esas.

—Tenemos a una mujer crucificada, castigo típico de los romanos. A Espartaco, el líder de los esclavos rebeldes, lo crucifican en el 71 a.C. Cuatro años después de la presencia de Pompeyo en Aranguren. Tenemos a un hombre apaleado al estilo del *fustuarium*. Algo de relación tiene que haber entre todo —especuló Sergio de nuevo.

—Todo esto me parece débil. Vías de investigación a abrir si no nos queda más remedio, en cualquier caso —concluyó nuestro superior—. Os he pedido algo serio. Algo que nos ponga en la pista y que me sirva para mostrar a la Jefa.

—Lo que todos tenemos claro es que están matando a los profesores del Departamento de Geografía e Historia de la UPNA, y sin duda ha de ser alguien que tenga algo contra ellos. Vamos a comenzar a investigar en los expedientes universitarios hasta encontrar el nexo —comenté para cortar a Sergio y dar una salida digna al meollo en el que nos había metido frente a nuestro superior—. No descartamos a nadie, ni siquiera a algún alumno que pueda estar desquiciado por haber sido suspendido. Sería de locos, pero hay que pensar en todas las posibilidades, y ésta es una de ellas.

En ese mismo instante sonó el teléfono. Atendí la llamada, escuché un minuto y puse el altavoz, para que todos pudiéramos oír.

—Es el médico forense—les advertí—. Ahora le escuchamos todos, repita lo que me decía, por favor.

—Sí, le decía a la inspectora que hemos encontrado metabolizado en el cuerpo de la víctima restos de un antihistamínico de tipo H1.

—¿Qué significa eso? —le pregunté.

—Quién sabe. Quizás pudo tener una reacción alérgica durante las horas previas por otro motivo y haberlo consumido. O quizás —se hizo el silencio. El médico forense nos tuvo en tensión un segundo, pero pareció un minuto—. ... ¿Y si su asesino se lo aplicó? No alcanzamos a entenderlo.

—¿Con qué fin se lo podría haber aplicado? —pregunté.

—¿En cantidades tan pequeñas? Sólo se me ocurre una explicación, aunque suene macabra —el forense calló de nuevo, y todos quedamos expectantes—. Quien lo asesinó sabía que era alérgico, le llevó a un sitio infestado de procesionaria y, tras apalearlo, le aplicó algo de antihistamínico en cantidad insuficiente para salvarle la vida. Eso justificaría la irritación aguda en los tejidos internos, por una muerte retrasada durante horas. De otro modo, una

irritación así no ocurre en un shock anafiláctico. Especulo, pero pudiera ser que su asesino quisiera que tuviese una muerte lenta y angustiosa.

—¿Cree que su muerte fue así?

El silencio duró más de lo normal, mientras aguardábamos nerviosos una respuesta.

—Sí, lo creo —aseveró—. Tuvo que sufrir durante horas.

—Gracias, doctor. Mándenos el informe en cuanto lo tenga. Informaremos a su señoría —aclaró el comisario.

—Hay otro detalle, menos escabroso, pero mucho más importante —respondió el médico forense.

—¿El ADN? —pregunté, expectante.

—El ADN, sí. Coincide al cien por cien con el encontrado en la otra víctima. Se trata del mismo asesino. Les mando todo en breve.

—Gracias de nuevo, doctor —intervino el comisario otra vez.

Se oyó cómo colgaba tras despedirse.

—Lo del ADN es buena señal —apunté dirigiéndome al comisario.

—Sí, lo es. Nuestro asesino no tiene atados todos los cabos. Antes o después caerá —respondió él.

—¿Y si le da igual dejar rastros? —apuntó Aznárez—. Se puede estar moviendo por alguna motivación que desconocemos, pero si no ha terminado, no parará, aunque sepa que estamos tras su pista. No le preocupamos lo más mínimo.

—¿Y por qué escondió el coche de la profesora en el arroyo? —le contradije—. Hay incoherencias en su manera de actuar y habría que descubrir por qué.

—Las orugas de procesionaria nunca van separadas como aparecieron sobre el cadáver —Sergio cortó el silencio tenso que acababa de hacerse en la sala y sin mover su vista del ordenador—. Como su nombre indica, van en procesión, protegiéndose las cabezas unas a otras para evitar que las ataquen. Sólo se separan cuando están comiendo en las agujas de los pinos. En el suelo van unidas, salvo si alguien o algo las separa.

—Pero cubrían el cadáver por completo, y muchas estaban sueltas... —recordé, todavía con la imagen en la retina.

—¿Las colocó el asesino? Eso daría más certeza aún a lo que ha dicho el forense. Nos enfrentamos a un sádico —concluyó Sergio, y los demás

asentimos.

—Convendría hacer esperas y poner vigilancia en antiguos asentamientos romanos —opinó Sergio.

No era mala idea, pero podrían ser muchos.

—¿Cuántos son? —el comisarió pareció haberme leído el pensamiento.

—Bueno, no son pocos. Pero seguro que entre las distintas unidades podemos dar el servicio. Al menos hasta que todo se calme o tengamos algo más definitivo.

—Preparadme una lista y me la pasáis —ordenó el comisario.

Sergio removi6 sus papeles y, satisfecho, repartió copias de una lista que ya había elaborado. De nuevo me sorprendía. Por lo visto estaba haciendo el trabajo con mucha diligencia, pero bajo su apoyo continuo, ¿había cierto paternalismo?

—Dos villas romanas en Falces: Los Villares y San Esteban. Otra en Arellano, la de las Musas. Una más en Liédena y otra, la del Ramalete, en Tudela —leyó el comisario—. Más la ciudad romana de Andelos, en Mendigorria. Además, poblados romanos de Iturissa en Burguete y de las Eretas en Berbinzana. Y la ciudad de Cara en Santacara, como es obvio.

—Sin olvidar que Cascante viene de Cascantum y Pamplona de Pompaelo —matizó Sergio mientras leía un documento—. Calzadas, puentes, estelas, minas romanas, acueductos, murallas bodegas, miliarios, columbarios, incluso una torre trofeo. La lista ocupa todo un folio, y eso sólo en Navarra. Alrededor tenemos Aragón, que está lleno, y parecido en La Rioja y en Euskadi.

—Demasiados lugares para hipotecar todos los recursos a una baza incierta —respondió el comisario.

—¿Y si bajo la excusa de la protección del patrimonio cultural, se pasan las patrullas todo lo que puedan? —propuse—. En especial de noche, con el puente luminoso encendido para que quede claro que estamos ahí. Y de paso, un buen reportaje en prensa y alguna foto en redes sociales.

—No es mala idea. Sin conocer la motivación del asesino no podemos saber en dónde actuará la próxima vez. Ha elegido sitios que les importaban a sus víctimas, en apariencia —apuntó Sergio.

—Entrevistad a los sospechosos —ordenó el comisario—. Sonsacadles qué sitio, prerromano, romano o medieval les gusta y por qué.

—Entendido, jefe —respondí para dejar claro que mandaba él, pero al

mismo tiempo dispuesta a organizar al grupo—. Y vamos a meternos en los archivos de la UPNA.

—Bien, Clara. Pero creo que os hace falta un refuerzo. Os voy a pasar más gente de otras unidades. Desde ahora este es el caso *Homicidium*, y tiene máxima prioridad. Hay que resolver este asunto cuanto antes, y que no nos aparezca ni un muerto más.

VIII

Me resultaba inexplicable cómo lo había logrado, mamá, pero el caso era que Aznárez había hecho su trabajo con el magistrado el día anterior. Ya teníamos en nuestro poder los móviles de los principales sospechosos, no así la autorización para obtener su ADN. Al mismo tiempo, dos agentes recién traspasados a mi grupo estaban en los archivos de la UPNA para revisar qué expedientes nos harían falta. El día anterior ya nos habían subido varias cajas, que nos esperaban apiladas en un rincón. Además de un legajo lleno de actas con las notas finales de varios cursos académicos.

Era sábado y todos acusábamos el cansancio de casi una semana de investigación, así que di permiso a parte del equipo para pasar unas horas con sus familias. Era una decisión arriesgada, pero contaba con algunos de los recién llegados. Claudia era una de ellas. Tendría unos cuarenta años y llevaba muchos años en Judicial.

—¡Ave, jefa! —me saludó, despierta, risueña, cuando entré en la oficina. Era como si llevara horas despierto, a pesar de no ser ni las seis.

Consiguió sacarme una sonrisa a pesar de la hora. Agradecí su buen humor mañanero, pues empezaba a arrastrar sueño de no dormir todo lo necesario.

—¿Tenemos ya la auditoría de los móviles, Claudia?

—No, pero lo resuelvo en diez minutos, si me dejas. ¿Te vienes mientras a tomar un café?

—Prefiero quedarme, si no te importa. Voy a empezar a trabajar.

—Eso te digo, que te vengas al café. Hazme caso, por favor—insistió—. El trabajo también se hace fuera de la oficina.

Marché con ella. Un café nunca viene mal.

Al entrar en el área de descanso encontramos a varias personas de pie, madrugadores todos ellos. Eran otros compañeros de Judicial, pero también uno del Grupo de Tecnología e Investigación.

—¡Qué! ¿Arregláis la Policía Foral? ¡Oye, Arturo! ¿Cómo va lo nuestro? —le preguntó Claudia al del Grupo de Tecnología.

—¿Lo vuestro? Ando con lo de la inspectora —respondió mirándome.

—Por eso te lo digo. Estoy en su grupo para lo del caso *Homicidum*.

—Justo ahora me voy al laboratorio a terminarlo.

—¿Tienes ya algo?

—He mirado el móvil del hombre. Nada, hasta ahora. No quería decir nada hasta tenerlo terminado. Esta mañana haré lo de la mujer. Siento el retraso. Sé que es prioritario.

—¿Tenía datos borrados? —preguntó Claudia.

—¿Si tenía? Ese móvil está limpio. Ha hecho una verdadera escabechina con la información. Nada, ni en chats de WhatsApp, ni datos retenidos en caché, ni información de localizaciones pasadas. Y así con todo. Me he vuelto loco buscando algo, y al final me he ido a dormir a la una de la mañana.

—¡Si son las seis! Ni cinco horas de sueño —exclamé, al ver lo involucrados que estaban todos los compañeros con los que trabajábamos en la investigación. No era la única cansada, con mucha probabilidad—. ¡Gracias!

—Interesante —apuntó Claudia—. Tiene pecado, ¡seguro!

—Bueno, dadme unas horas, por favor.

—Hecho. Estaremos en el despacho. Hoy pasamos todo el día aquí.

Claudia se había puesto al día en un periquete.

—Tenemos dos opciones ya más patentes. ¿De quién sospecháis? —me preguntó.

—Antes, de Carmiña Zapateiro, sin dudar. Ahora, con lo que nos ha dicho Arturo, no lo veo claro.

—Antón Pedraficha pudiera ser. Pero no tiene motivación suficiente, desde mi experiencia. Esta gente educada y culta es mala, pero joden de otra manera. Aunque también yo reconozco que lo del móvil me ha pillado fuera de juego.

—Mi miedo, Claudia, es que, quienquiera que sea, vuelva a matar mientras nosotros seguimos especulando.

—¿Qué hay de los archivos de la UPNA? ¿Hemos empezado a revisarlos?

—Hicieron una primera purga en la universidad y tenemos aquellas cajas llenas —señalé hacia un rincón—. Deberíamos empezar con ello ahora. Es nuestra esperanza, a falta de otros datos.

—Buscamos cualquier cosa que tenga relación entre muertos y vivos del caso...

—Eso es—respondí sin más. Era lógico dar ese paso, y Claudia no necesitaba plantearlo, aunque lo hacía sometiéndose a mi autoridad, gesto que aprecié.

—Pues no se hable más —me respondió con una sonrisa, mientras tomaba una de las cajas, y se ponía a abrir carpetillas con expedientes.

Serían las doce de la mañana cuando sonó el teléfono de la oficina. Respondí sin esperar a que sonara una segunda vez-

—¡Bajad! ¡Bajad de inmediato al laboratorio! Me temo que tenemos algo.

—¿Con el móvil de Carmiña?

—Bajad —y colgó.

—Es Arturo. Que bajemos de inmediato.

Casi a trompicones, me lancé por las escaleras mientras Claudia bajaba con total parsimonia.

Crucé varias dependencias a la carrera, hacia el laboratorio del Grupo de Tecnología e Investigación. Cuando llegué, Arturo ya nos había dejado la puerta abierta.

—¿Qué tienes? —pregunté, nerviosa.

—Un positivo en Aranguren, cerca del campamento romano. A comienzos de esta misma semana. ¿Cuándo apareció el cadáver?

—El jueves, de madrugada.

—Los datos dicen que este móvil, el de Zapateiro, estuvo allí el martes, durante una hora y media.

—¡Qué hija de puta! —susurré, aunque seguro que Arturo y Claudia me oyeron en el silencio de la sala—. Ese mismo día la interrogamos.

—¡Ahí la tienes! —exclamó Arturo—. Vaya casualidad que estuviera dos días antes en el lugar, ¿no? Desde luego, el día del asesinato no aparece nada, pero, si ha sido ella, ha cometido un error garrafal al tener el móvil encendido cerca del campamento romano.

—Y eso es lo que vamos a utilizar para presionarla y sacarle una confesión. Menuda chunga. ¡Intentó ligar conmigo durante la entrevista! Se estaba protegiendo.

—Bueno, querría distraerte, quizás —argumentó Arturo.

—¿Puedes tener todo listo para hoy?

—Está siendo más fácil que con el otro. Para la hora de comer lo tendremos todo.

—¿Es suficiente para detenerla? —le pregunté a Claudia.

Ella me miró con aire grave, supongo que cavilaba la respuesta. Ese silencio prolongado me mataba. ¡Quería un sí e ir a por ella!

—Una detención, con ese dato, estaría justificada a efectos legales, sí. Otra cosa es que el juez la encierre una vez puesta a disposición judicial.

—No perdamos más tiempo y vamos a buscarla. Arturo, si salen más datos, nos lo cuentas por teléfono.

Llamé al agente que teníamos siguiéndola, pero no tenía señal. La sala nos indicó que se había quedado sin batería en el móvil, y que les había avisado hacía casi una hora por la emisora de su coche de que salía de Pamplona hacia el oeste, por la autovía que iba hacia Estella. Ahora el coche del compañero daba señal en la villa romana de Las Musas. Me puse muy nerviosa. ¿Por qué iba nuestra sospechosa a un antiguo asentamiento romano? ¿Qué hacía allí nuestro compañero y por qué no me habían avisado de esa novedad? Aunque la propia sala me explicó que había una fiesta y presencia de agentes uniformados, me sentó mal que nadie me hubiera avisado del movimiento de mi agente.

Decidí llamar a Zapateiro. Claudia me recomendó no hacerlo, pues era una jugada arriesgada porque podía olérselo y desaparecer, pero me arriesgué. A fin de cuentas, teníamos a un compañero vigilándola y gente uniformada cerca. Aunque teníamos el móvil de la profesora, confiaba en que hubiera puesto el chip en otro aparato. Por fortuna, la línea daba señal.

—¿Quién es? —respondió. De fondo se oía algarabía.

—Señora Zapateiro, tenemos que vernos. Venga a la comisaría de inmediato.

—¡Uy, Clara! Es mal día. Hasta la noche no podría ir, y puede que, si todo va bien, acabe con la celebración de la caída de Roma. La invito. Será usted muy bien recibida.

—¡Profesora! ¡Está usted siendo investigada por dos asesinatos y le recomiendo venir! —aseveré, ante su negativa. Necesitaba ser contundente pero no ahuyentarla.

—Clara, venga usted a buscarme. Estaré en el ritual del taurobolio de Arellano. Y venga con túnica y sandalias, no se olvide. Nada más debajo, ni su

arma reglamentaria. Aquí hay saetas de sobra, y no me refiero a las puntas del sarmiento, no sé si me entiende —respondió mientras reía—. La espero para invitarla a una copa de vino y, si quiere, a algo más...

Me colgó, la muy manipuladora.

—Nos vamos a Arellano. ¿Sabes dónde está?

—Sí, en Tierra Estella. ¿A la Villa Romana de Las Musas?

—Imagino que estará en un sitio así. ¡Me ha colgado! ¡Se va a enterar! La voy a detener, aunque haya delante cien personas.

De pronto reflexioné. Teníamos tres agentes en el lugar, además de a nuestro hombre, pero decidí solicitar otra patrulla más de refuerzo. Si era nuestra sospechosa, siete agentes para una detención tan relevante me pareció lógico y suficiente.

—Tú mandas en todo esto, jefa, pero tengo que decirte lo que opino —intervino Claudia cuando acabé de coordinar todo. Había estado casi en silencio, dejándome hacer.

—¿Y qué crees?

—Que puede que no haya sido Zapateiro. Entiendo tus recelos para con ella, y que sigas adelante. Me gustaría estar equivocada y que todo se resolviera, pero hay algo que me inquieta, y eso me crea dudas sobre ir a por ella.

—Tú misma has dicho que lo del móvil es motivo suficiente para detenerla.

—Sí, pero me hubiera gustado tener algo más de tiempo para comprobar otra pista. Por eso tengo dudas sobre Zapateiro.

—¿Algo de peso que se enfrente a esta evidencia?

—No, todavía no, Clara. Pero hay muchos expedientes por revisar, y me hubiese gustado verlos antes de dar este paso.

—Entonces centrémonos en lo que viene —le corté, molesta por lo que supuse un reproche, mientras me preparaba para bajar al coche.

Me senté en el asiento del copiloto y busqué la página web del lugar: una villa rescatada tras años de excavación, cubierta y protegida para disfrute de los turistas. Y allí estaba, entre la información, la invitación a la fiesta romana del taurobolio. Simulación del sacrificio de un toro, con ambientación de la época: carpas, música y espectáculos, incluida la celebración de unos juegos.

Nos pusimos en marcha hacia el lugar.

IX

Las dos patrullas de Protección Ciudadana de la zona nos esperaban a las afueras. Una de ellas era la que habíamos pedido de refuerzo, y la otra había llegado al comienzo de la mañana para labores de prevención: vigilancia del aparcamiento y que la jornada transcurriera con normalidad.

Aparcamos detrás de sus coches.

—¿Sabes cómo nos llamaban hace años, en la época en que sólo vigilábamos carreteras y edificios, siempre de uniforme? Romanos. Qué paradoja que estemos con este asunto tan... *italico* ¿no? —comentó Claudia.

Yo estaba muy nerviosa, y no respondí.

—Historias de abuela cebolleta, no me hagas caso. ¿Crees que hubiera sido buena cosa avisar al resto?

—Lo he pensado, pero creo que con los que estamos vale. Si es cierto que está ahí y la detenemos, llamaremos a Sergio para que vaya a comisaría.

—Y a Aznárez. Sírrete de él. Es bueno en los interrogatorios.

Callé. Tenía razón, aunque me fastidiara reconocerlo. Había estado empleándolo para trabajos menores, lo que había ido en contra de la investigación, además de granjearme su enemistad. Esto último, en ese momento, no me preocupaba de forma especial.

Bajé del coche. Sin cerrar la puerta, desabroché la cartuchera para tener el arma a mano si era necesario.

Llamé al compañero encargado de vigilar a la sospechosa, pero su teléfono seguía sin dar señal.

Nos reunimos con los cuatro agentes de uniforme. Les entregué una foto de ella a cada uno para localizarla.

El lugar era un hervidero de gente adulta, muchos vestidos con túnicas y calzado al modo romano. Incluso había hombres vestidos de legionario, que se paseaban por el lugar con escudos y lanzas. En torno a la villa de Las Musas, bien preservada por los arqueólogos y por el Gobierno de Navarra con una edificación que la cubría, se habían instalado puestos de mercadillo.

El Taurobolio era un rito de purificación y regeneración a través de la sangre de un toro, aunque por sensibilidad social, ya no se inmolvaba ningún

animal. Se suponía que, con el sacrificio y la ingesta de la sangre, en este caso vino, se regeneraba el poder fecundante de quienes participaban. Se había convertido en una excusa para que gentes adultas, llegadas de media Europa, se corrieran una juerga erótica.

Dos inmensas cubas de vino destacaban en medio de la amplia campa orientada al sur. De ellas los camareros repletaban ánforas que usaban para llenar las copas de los comensales. No faltaba carne asada, y todo aquel que hubiera pagado la entrada tenía derecho a comer y a beber.

—Paciencia, chicos. Aquí están ya mamados, centrémonos en la profesora. Si alguno la localiza, que avise a los demás. Nada de detenciones sin el apoyo del resto o se puede liar, ¿entendido? —recordó Claudia, experimentada en esas lides.

En efecto, la gente se abalanzaba sobre los compañeros uniformados, les soltaban gracias y los invitaban a beber, mientras grupos de músicos tocaban panderos y una especie de flautillas dulces, alargadas, que emitían pitidos demasiado estridentes para mi gusto.

El vino se derramaba por doquier y empapaba la tierra, lo que generaba un olor intenso, mezcla del brebaje peleón y el polvo del suelo. Había barro por más de un sitio, pero no parecía importar a la gente.

—¡Mira, en aquella tienda! —exclamo Claudia, mientras señalaba a uno de los cubiertos que simulaban una carpa romana.

Miré hacia el lugar y vi a la profesora a tope. Estaba bailando con otra mujer, arrimadas las dos, mientras un grupo nutrido de hombres y mujeres las jaleaban. Más allá estaba nuestro hombre, vigilándola de lejos.

La música cesó y ella besó con pasión a la otra mujer, mucho más menuda y obligada a permanecer de puntillas. La profesora extendía el brazo con la copa vacía hacia uno de los escanciadores, un joven vestido con túnica ligera y bastante fornido, quien se apresuró a rellenarla.

La profesora Zapateiro alzó la mirada y me vio. Tardó solo un instante en lanzarme un guiño al tiempo que sacaba la lengua con lascivia.

—¡Vaya tirada de tejos, jefa!

—Sí, es un clásico. A ver si viene —comenté antes de avisar al resto de compañeros.

La profesora susurró algo al oído de su compañera, mientras con la mano libre le recorría medio cuerpo desde el pecho hasta el culo, y la volvía a besar

antes de apartarse de ella.

—¡Inspectora! —gritó dirigiéndose hacia nosotros mientras intentaba hacerse oír entre el gentío—. No esperaba que viniera. Pero ya que está aquí, ¡tómese algo, mujer!

Tendió su copa hacia nosotros, pero negué con la cabeza. El policía que la vigilaba ya nos había visto y se acercó guardando cierta distancia.

—Señora Zapateiro, acompáñenos —le pedí en tono bajo pero contundente.

—¿Ahora? ¿En plena fiesta? Ya le he dicho que al ocaso se celebrará la caída de Roma, y no pienso perdérmela. Aunque ya tengo con quién, estaría encantada de que se nos uniera, inspectora. Mire mi broche —comentó señalándose el hombro—. Bastaría con soltarlo para que empezara lo bueno. ¿Quiere una demostración preliminar?

—Es suficiente. Profesora, tenemos motivos para creer que está involucrada en los asesinatos. Tenemos datos de su móvil, y estuvo en la zona del segundo crimen dos días antes. No lo repetiré una tercera vez, es necesario que nos acompañe.

—Eso, Clara, tendrá que ser por encima de mi cadáver. Y peso muchos kilos, se lo aseguro. Estuve en el lugar, lo reconozco, pero porque preparaba las prospecciones. ¡Yo trabajaba codo con codo con Belarre en cuanto a excavaciones se trataba! Era un mal menor. ¿No querrá montar un numerito? —me amenazó con tono retador, mientras alargaba el brazo con la copa de forma ostentosa, y el vino que caía salpicaba mis zapatos.

Los policías uniformados ya estaban cerca y no quería prolongar más la situación.

—*Delirant, isti forali!* —gritó mientras se daba la vuelta y bebía un largo trago, hasta apurar el vino. Trató de iniciar el regreso a la carpa, pero se detuvo en seco. Dejó caer la copa y se echó las manos a la garganta. Con una mueca horrible trataba de respirar y sus ojos reflejaban pavor. Cayó al suelo, primero sobre las rodillas y después de bruces hasta quedar inmóvil boca abajo.

—¡Un médico! ¡Traed un médico! —gritó alguien mientras me ponía de rodillas e intentaba darle la vuelta con la ayuda de otras personas. Pesaba lo suyo y nos costó. Acerqué mi cara a la suya, por ver si todavía respiraba. Recordé las lecciones básicas de reanimación cardiopulmonar: “Si no respira, pedir ayuda, comprobar que tiene abierta la vía aérea, y comenzar la reanimación cardiopulmonar”.

Me puse nerviosa. No respiraba, salvo por un ligero estertor. Necesitaba aire, o se nos moriría. No lo dudé, me puse a la altura de su boca y acerqué mis labios a los suyos. No podía esperar a los sanitarios. Si se me moría entre los brazos, no me lo perdonaría nunca.

Apenas quedarían unos milímetros de distancia entre nosotras cuando Claudia se abalanzó sobre mí y me propinó una patada en el hombro, tan fuerte que caí de lado al suelo.

—*Alea iacta est*, jefa. Es ella o eres tú — sentenció mientras me tendía la copa de la que acababa de beber. Mostraba un poso rojizo en el fondo—. Mira el tono rojo cereza que tiene su piel: ha sido envenenada y se va a morir. Ni tú ni los sanitarios podríais hacer nada.

A pesar del revuelo, Claudia había agarrado la copa con un pañuelo y ya apartaba a la gente junto con el resto de los agentes. Me quedé atónita frente al cuerpo de la profesora y sin capacidad de reaccionar, mientras su respiración cesaba por completo.

—Vosotros dos, al aparcamiento. ¡Que no salga ni Dios de aquí! —ordenó a dos de los policías uniformados—. Tú, tráeme a la chica con la que se morreaba, y tú, busca al gilipollas que estaba sirviendo vino en las copas. ¡Todo el mundo fuera de aquí! Los de Judicial nos hacemos cargo de la escena y el resto haced lo que os ordeno.

Claudia estaba en marcha. Al momento llegaron los sanitarios de la ambulancia contratada para cubrir el evento. Apenas les permitió arrimarse lo justo para comprobar que ya nada se podía hacer. Un médico presente se ofreció voluntario para certificar la muerte.

—¡Clara! ¡Clara, espabila! Hay mucho que hacer — gritó Claudia mientras me pellizcaba una mejilla con fuerza. De inmediato salí de mi atontamiento.

—Hay que buscar al asesino. ¿Recuerdas que antes de venir le han servido la copa?

Asentí, todavía noqueada.

—A ver en dónde está el camarero. Y cuidado, podría ser la persona que buscamos. Llamo a la sala de mando para que envíen refuerzos.

Mi teléfono comenzó a sonar y vi que era la patrulla.

—¡Clara! ¡Lo tenemos! Hemos visto una moto que salía del aparcamiento a toda velocidad. Le estamos siguiendo, pero va por caminos rurales y lo hemos perdido de vista.

—¡Joder! Llamad a la sala, que os localice por la posición del GPS —. Colgué y marqué el teléfono del subinspector de la sala de control mientras iba hacia el coche—. Claudia, os quedáis aquí encargados de todo.

—Sala de guardia, dime—respondió el subinspector al identificar la llamada.

—Soy la inspectora Schäfer. ¡Acaban de asesinar a otra persona, esta vez delante de nuestras propias narices! La patrulla va tras un sospechoso. ¿Tenemos algún helicóptero en el aire?

—Un momento...

El silencio se hizo al otro lado, mientras el subinspector revisaba la actividad de SOS Navarra para las emergencias

—Afirmativo, Clara. Hay un helicóptero en el aire por una urgencia médica. Acaba de salir a por un accidentado en moto en la zona de la Selva de Irati, en dirección contraria.

—¡Joder! ¿Y cuánto tiempo costaría poner en el aire otro?

—Cinco minutos. Diez, a lo sumo. Más lo que le cueste llegar.

—Mira, la patrulla está en contacto ya con tus operadores. Siguen a una moto por caminos de la zona. Corremos el riesgo de perderlo. ¿Nos puedes mandar ese helicóptero y que el otro que salga sea el que vaya al norte?

—Hablo con SOS Navarra, entenderán la prioridad. Me encargo de todo, tranquila. Vamos a montar un dispositivo de cierre.

Colgué sin darle siquiera las gracias y volví a llamar a la patrulla. Ya que Claudia se encargaba del lugar de los hechos, yo me podía dedicar al fugitivo. Subí al coche y arranqué hacia la salida.

—¿Dónde estáis? La sala tiene en el aire un helicóptero y tal vez nos lo mande.

—Vamos hacia el sur. Apenas seguimos el polvo del camino por donde va pasando. A veces, si nos pilla arriba, vemos por dónde va, pero corre como un condenado, el muy *hijoputa*. ¡Y se conoce los caminos, no hay duda! —. La voz del policía transmitía inquietud.

—¿Hacia dónde creéis que va?

—¡Lodosa! ¡Al Ebro! ¡Apenas hay quince o veinte kilómetros! Si seguimos así, habremos llegado en un cuarto de hora.

—Pero si lo cruza, saldrá de Navarra. Tendréis que seguirlo. Avisad si es así para llamar a la Guardia Civil.

Enchufé la emisora. Hablaba y marcaba teléfonos mientras conducía rumbo al sur y de paso incumplía cualquier medida de precaución. La sala ya estaba montando una operación jaula y las patrullas daban sus posiciones y se dirigían a donde se les ordenaba. Entre los de Protección Ciudadana y Tráfico había tres coches: poco, muy poco si el perseguido era espabilado.

“¡Lo hemos perdido! ¡No vemos al sospechoso!”, oí a los de la patrulla por la emisora.

El helicóptero, *Eco Charlie 112*, advirtió de su cercanía. Al final, nos mandaban el que ya estaba en el aire.

—Patrulla de Estella, quedaos quietos en un alto. Voy por la carretera. A ver si veo algo —ordené por la emisora—. *Eco Charlie*, que la sala te pase coordenadas y sobrevuelas la zona con un radio de cinco kilómetros. Patrulla de Estella, ¡descripción del sospechoso!

—Moto de todoterreno o enduro, blanca y azul. Juraría que era una Yamaha. Si es de 250 o 450, imposible saberlo a distancia —informó el policía desde el coche.

Mi frustración iba en aumento. ¡Casi lo teníamos, pero se nos estaba escabullendo! ¡Si al menos llegara el helicóptero! Decidí pedir al piloto que bajara a por mí. Sería más útil si vigilaba desde el aparato, ya que para las urgencias sanitarias el piloto solía ir solo para que al volver cupiesen tanto el paciente como el personal médico.

Avanzaba por la carretera comarcal de forma poco prudente, algo que a punto estuvo de provocar que me saliera en un par de curvas. Detuve el coche en un alto que consideré un buen sitio para que el aparato tomara tierra. Dejé encendida la emisora del coche para estar localizada y salí con mi móvil en la derecha y el *walkie-talkie* en la izquierda.

Oía ya el ruido del aparato. La emisora había enmudecido. Todo el personal aguardaba el *impasse* en un silencio disciplinado, mientras se iban acercando a sus zonas de cierre.

El helicóptero apenas estuvo posado un minuto, tiempo que fue suficiente para que me montara. Era mi primera vez.

Ya en el aire fuimos hacia la localización que nos había pasado la sala. Pudimos ver con total claridad a nuestro coche patrulla, allá abajo. No habían visto nada más.

Comenzamos a sobrevolar en círculos amplios, tratando de localizar a la moto, o al menos ver alguna columna de polvo en algún camino. Lo que fuera.

La sala seguía enviando recursos a la zona, y se iban cerrando carreteras en un segundo círculo, y teníamos al menos seis motoristas de los compañeros de Medio Ambiente moviéndose en zonas de monte. Desde la sala se había dado aviso a la Guardia Civil por si el sospechoso pasaba a La Rioja, pero también a la Ertzaintza, por si terminaba escabulléndose por Álava.

Durante la hora y media que pasé en vuelo el mareo me jugó una mala pasada y vomité dos veces: la primera el café de la mañana, y la segunda vez bilis.

Una vez el piloto me bajó a tierra junto a mi vehículo volví hasta Arellano, en donde Claudia había terminado todas las diligencias que se podían hacer en el lugar.

No tenía mucho más sentido quedarnos, pues ella necesitaba proseguir el trabajo en la oficina, y era la sala la que coordinaba la búsqueda, que suspendió varias horas después.

—Estás muy callada —afirmó Claudia ya de noche.

—Se nos ha escapado y no hemos podido evitarlo. ¡Es una putada! —afirmé de forma categórica mientras apagaba la televisión en la que habíamos puesto las noticias—. No habrá telediario en el que no salgamos.

—Sí, Clara, eso es cierto. Pero un consejo: aíslate o te pasará factura; no hagas caso de los medios; el caso es el caso. Tenemos tres cadáveres. Creo que es momento de centrarnos en lo que te he dicho esta mañana.

X

Me enfrentaba a un momento que no podía evitar, mamá, pues a la mañana siguiente entró el comisario, nuestro jefe directo, para reunirse con todo el equipo.

Era temprano y Claudia no había llegado. No respondía a mis mensajes y faltaban algunos expedientes.

—Dadme algo, ¡por Dios! —gritó, bastante enojado.

La muerte de Zapateiro nos había descolocado a todos, porque era una de las principales sospechosas y por el modo tan insolente de actuar del asesino.

—Desde luego, sabemos ya que no es Antón Pedraficha. El sospechoso es más joven y su físico no tiene nada que ver. No podría describir su cara, pero el cuerpo es otra cosa. Es muy fuerte —apunté, aprovechando para recordar y dar peso a la actuación del día anterior.

—Joven, cachas y tiene moto. Eso encaja con algunos hechos, como los surcos en Santa Criz, o que pudiera alzar a la profesora Etxetxipia —describió Sergio, mientras desplegaba en la mesa varios rostros dibujados, todos con facciones muy similares—. Y gracias a los testigos tenemos varios retratos robot. Coinciden bastante, como veis.

—¿Y el informe forense? —preguntó el comisario.

—La copa tenía restos de amigdalina, una sustancia procedente de hueso de albaricoque. Parece que nuestro hombre domina las plantas... Ese glucósido, en contacto con los ácidos estomacales, produce cianuro. Esto justificaría los restos hallados en el estómago de Zapateiro—Sergio tomó el informe de toxicología forense—. “Inhibición del sistema que produce el ATP en las mitocondrias, que evita la utilización del oxígeno transportado por la hemoglobina y, en consecuencia, produce la muerte por asfixia”. Además, el ánfora de barro rugoso nos ha proporcionado más muestras de ADN. Todas coinciden con las que teníamos. Es la misma persona, y ahora sabemos cómo es.

—Pero seguimos sin conocer su identidad ni, lo más importante ¡dónde buscarlo! ¡Ni sus motivaciones! —exclamó el comisario.

—Locusta —intervino Claudia, mientras entraba por la puerta, para mi

alivio. Llevaba una caja de expedientes que dejó en el rincón en donde estaban el resto—. Es un nuevo guiño, marca personal de nuestro asesino.

Nos quedamos en silencio, mirándola.

—¿A nadie le suena Locusta?

—Venga, explícate —respondió Aznárez, casi con desprecio.

Claudia ni se dignó a mirarlo, se sentó junto a mí y comenzó a hablar al tiempo que me pasaba una carpetilla con un dossier de la UPNA.

—Locusta fue una esclava condenada a muerte y perdonada por Nerón. El veneno por excelencia en la antigua Roma era el arsénico, pero Nerón prefería el cianuro y Locusta, mujer habilidosa en la fabricación de ponzoñas, trabajó para él. En Roma, el uso de tóxicos debía de ser deporte nacional.

Mientras hablaba, saqué el expediente que me habían dado y empecé a ojear la primera página. Se trataba del acta de un tribunal universitario. En el pie aparecían los nombres de los tres asesinados, además de Pedraficha y el de una quinta mujer que no conocía. Sus rúbricas aparecían debajo. Leí con detenimiento y comprobé que era el acta de designación para una plaza de titular de universidad. En él constaban dos nombres, uno de mujer y otro de hombre. El hecho de que aparecieran todos los asesinados, el último profesor del que sospechábamos y, además, una quinta persona, me llamó la atención. No terminaba de entender. Claudia, que en apariencia estaba sumergida en su propia explicación, acercó la mano y puso el índice sobre el resultado del varón: “no apto”. El gesto no pasó inadvertido para ninguno de los de la mesa.

¿Se trataba de nuestro presunto asesino? Desde luego, era el primer documento que encontraba alguien del equipo en el que salían todos los afectados juntos. Además, había dos personas y una de ellas, el hombre, parecía ser el afectado por el resultado del acta.

Me disponía a tomar la palabra ante la nueva pista cuando se abrió la puerta y entró la Jefa de la Policía Foral. Todos nos pusimos de pie. Me noté tensa.

—Tres cadáveres —afirmó ella sin darnos tiempo siquiera a saludarla—. El último en plena fiesta, nada menos. Además de no evitar su muerte, es una humillación para nosotras que hubiera público delante y que escapara.

La jefa era muy proclive a usar las terminaciones en femenino, máxime si no era la única mujer en las reuniones. Sujetos como Aznárez no podían soportarlo y, de hecho, me reí por dentro al verlo removerse en su sitio. Por respeto a la escala de mando, hice con el comisario lo mismo que mi

subordinada acababa de hacer conmigo, y le pasé la lista mientras señalaba el nombre con el dedo.

—Poneos las pilas, os lo advierto. Quiero avances. Ahora ya tenemos un sospechoso fugado que, con toda probabilidad, sea el asesino. Seré claro. Esta mañana he hablado con el magistrado: o avanzamos en el caso o se lo pasa a la Guardia Civil. ¿Ha quedado claro?

El comisario sólo miraba el acta sobre la mesa, atónito. Entendí que trataba de aprehender lo que su mente ya intuía.

La Jefa terminó y se marchó. Para mi sorpresa, el comisario no le dijo nada del acta, pero tenía su lógica, pues ni yo terminaba de entenderlo bien. Requería hablarlo antes.

—¿Quién ha encontrado este documento? —preguntó una vez se había ido ella—.

—Claudia —señalé.

—¿Cómo has llegado hasta él, Claudia?

—Anoche me quedé trabajando y descarté unos cien expedientes en los que, aunque coincidían varios de ellos, no encontraba un nexo. Me marché y me llevé una caja, con la idea de proseguir, tras dormir alguna hora. Este expediente es el que más me encaja: candidato a una plaza de titular de universidad, cosa relevante y que te da pie a un puesto de funcionario de nivel A para toda tu vida; además, el tribunal estaba compuesto por todos los asesinados, también por Pedraficha y por la vicerrectora de profesorado de la UPNA; hubo una candidata que sacó la plaza, y este otro candidato que suspendió por la mínima. Tengo la corazonada de que tenemos a nuestro hombre: Javier Justiniano Domenech García. Siento no habértelo dicho antes, Clara, pero la realidad es que lo he encontrado poco antes de venir. No esperaba ver a tanto jefe por aquí.

—¡Por fin tenemos algo realmente bueno! —exclamó el comisario—. Ya podéis poner os sobre esta pista. Quiero todos sus datos —ordenó el comisario, a quien note que acabábamos de quitar una losa de encima.

—El expediente tiene un año. Estaba archivado entre una gran cantidad de información académica y laboral—dijo Claudia—. Pero si nos lo permites, alguien tendría que seguir revisando los que faltan.

—Sí, es una buena idea. Clara, organiza también eso. Quiero escolta también para el otro miembro del tribunal. Y que me traigáis a la vicerrectora y a Pedraficha de inmediato. Todos manos a la obra —ordenó el comisario.

Nos pusimos de pie y nos dirigimos a nuestras mesas. Revisamos el expediente completo del tribunal, mientras Sergio y Aznárez recababan toda la información del sospechoso. A las dos horas, sonó el teléfono del subinspector. Descolgó y durante un instante escuchó a su interlocutor sin hablar.

—Sigue buscándola—intervino al fin—. Que aparezca y venís para aquí ya. Mucho cuidado, no vayamos a joderla. Si hace falta te mando una patrulla.

Colgó y me miró en silencio durante un tiempo que se me hizo eterno.

—La vicerrectora no aparece —anunció con semblante grave.

XI

Ante la desaparición de la vicerrectora y el riesgo cierto de su muerte, el magistrado nos permitió la entrada en el domicilio de Domenech, el principal sospechoso, esa misma tarde. Algo habíamos leído al preparar su ficha, y sabíamos que su padre era un reconocido profesor de Derecho romano, catedrático de universidad, recién pasados los cincuenta de edad. Eso nos sorprendió, pues su hijo y pudiera ser que nuestro asesino era un joven de veintisiete años afincado en un barrio residencial de la comarca de Pamplona, con un brillante expediente académico: mención especial de fin de carrera, máster con las máximas calificaciones, doctorado europeo *cum laude* y múltiples publicaciones y participaciones en congresos. Aunque en otras circunstancias no lo hubiésemos relacionado, en ese momento respondía al perfil del asesino por tres detalles: estaba especializado en el mundo romano, había sido sobrepasado por otra candidata con menos *currículum* y en las pocas fotos de él que habíamos encontrado en Internet se asemejaba bastante a los retratos robot de los testigos de Arellano.

Necesitaba encontrar la lógica de todo ello, y me hubiera encantado hablar antes con el profesor Pedraficha, a quien le habíamos recomendado no salir de su domicilio, en cuyos alrededores habíamos apostado varios policías uniformados que espantasen a nuestro sospechoso. Habíamos pasado la descripción de este último a todos los agentes de servicio y se habían incrementado los controles por todo el territorio. Además, teníamos a cuatro agentes de paisano cerca de la casa de su padre. Llevaban una hora cerca del domicilio y no había habido ningún movimiento sospechoso.

Llegaba el momento de intervenir y la calle entera había sido cortada ante la inminente entrada del equipo especializado. Los ocho miembros y el perro de ataque de la UAU, la Unidad de Asalto Urbano, se aproximaron con una disciplina perfecta y quedaron a la espera de la orden de su inspectora y jefa de la BOE, la Brigada de Operaciones Especiales. Era ella la que coordinaba la operación desde el puesto de mando y con quien me encontraba en ese momento.

Habían desplegado un dron en el aire, que serviría para vigilar los alrededores, por si alguien trataba de escapar. Me admiraba la operatividad de

los drones, su uso había sido una apuesta a caballo ganador.

Las cámaras que llevaban los integrantes de la UAU sobre sus cascos nos daban una visión en directo de lo que pasaba afuera. En cuanto todos los grupos confirmaron sus posiciones su jefa dio la orden.

El ariete hizo saltar la cerradura al primer golpe. Cuando el agente que lo había usado se apartó para franquear el paso, los equipos entraron a voz en grito, para dejar claro que era la policía la que estaba irrumpiendo. Otro agente, subido a una escalera, anuló la alarma exterior tras cortar los cables.

Yo seguía la operación. Mientras, mi equipo y los de la Unidad de Inteligencia se habían quedado alrededor del cordón policial por si había que actuar en caso de que el sospecho no estuviera en casa y justo llegara en ese momento. Teníamos agentes de Tráfico en las carreteras cercanas, Protección Ciudadana en el entorno... había mucho en juego y el despliegue de efectivos superaba los cincuenta agentes.

Era la primera vez que veía trabajar a esos hombres y mujeres de la BOE y admiré su destreza y profesionalidad. Recorrían el edificio palmo a palmo: planta baja, primera planta y ático. Nada, ni nadie. En pocos minutos el sitio estaba asegurado y ya podíamos entrar.

Para cuando salvamos aquellos doscientos metros, el equipo de asalto ya se retiraba. Científica nos seguía, con la intención de quedarse todo el tiempo necesario. Había que encontrar algo. Como siempre, nos pusimos los buzos blancos y las calzas de plástico para inspeccionar el lugar.

La casa era un homenaje a la Roma clásica: paredes llenas de grabados con motivos romanos de la vida civil y militar; las estancias comunes lucían elementos decorativos de la vieja civilización, piezas de cobre o de barro, como fragmentos de jarrones, ánforas y monedas. Había fotos del padre, en las que se veía que había sido un deportista galardonado, y que todavía ganaba premios en competiciones no profesionales.

En la planta baja había un despacho repleto de libros y papeles. Era sin duda el refugio de un romanista. Una vitrina de cristal reforzado, con un sistema de regulación de temperatura y humedad, albergaba un ejemplar de un Digesto de Justiniano, al parecer una joya del Derecho romano. Todo ello arrojaba cada vez más luz sobre quién podía ser nuestro sospechoso. Pero si él era el asesino necesitábamos más, y debíamos descubrir el móvil para cometer esos crímenes.

En el amplio jardín se podían apreciar varias estatuas pequeñas,

reproducciones de granito y mármol a las que les faltaban algunas piezas.

El cabo de Científica entró tras de mí.

—No te voy a pedir más que pruebas de ADN, Ernesto—le pedí, casi rogando. Era fundamental confirmar que era nuestro sujeto, y si él o su equipo encontraban muestras, podríamos cotejarlas con las que ya teníamos.

—Desde luego Clara. Vamos a centrarnos en los dormitorios y en los baños. Encontraremos algo, te lo garantizo.

—Sí, por favor. Voy a echar un vistazo.

Subí las escaleras al primer piso. En el cuarto de matrimonio todo era normal en apariencia, salvo dos fotografías de una mujer y un joven. Un recorte de prensa enmarcado y colocado al lado narraba la noticia de un accidente de tráfico con la muerte de ambos, diez años atrás.

Mi teléfono sonó y me sobresalté.

—Clara, tenemos a Domenech padre —me anunció Claudia. Sentí un repentino y agitado bombeo de corazón.

—¿Sabe que estamos en su casa?

—No.

—Vale. Llévalo al puesto de mando. Nos vemos allá.

Salí tan rápido como pude. No era él a quién buscábamos, pero tenerlo allí ya era mucho, y podría ayudarnos a atar cabos.

Cuando llegué, Claudia había sacado a todo el mundo del furgón policial, y tan sólo el profesor lo acompañaba. Entré y cerré la puerta.

Tal y como me había imaginado por las fotos que ya había visto de él, me encontré a un hombre que guardaba el tipo, y supuse que mantendría algo del entrenamiento físico que antaño le hiciera ganar medallas.

—Buenas tardes, señor Domenech. Soy la inspectora Schäfer, de la Policía Foral.

Apenas me dirigió una mirada. No me devolvió el saludo y tampoco estrechó la mano que le tendía

—¿Sabe por qué está aquí? —pregunté tras omitir su desplante.

—En absoluto. Y no crean que he venido de buen grado. Exijo una explicación. Están ustedes conculcando mis derechos.

—¿Conculcando? No está usted detenido y, si le hemos hecho venir, es porque estamos en su casa. No puede entrar hasta que acabemos. Tenemos

autorización judicial, si eso le preocupa.

—¡Esto es el colmo! ¿Y a qué se debe semejante violación de mi vida privada? ¿Qué he hecho para ser digno de su desagradable atención? —noté la ironía en su tono de voz—. Soy un hombre de ley y orden.

—Desde luego, señor Domenech. Sabemos que no podríamos encontrar a una persona más fiel a la norma que usted —repliqué en un intento de darle coba, pues veía que se trataba de un estirado—. Buscamos a su hijo.

—¡Yo no tengo hijos! Mi hijo murió.

—Javier Justiniano ¿no es su hijo? —pregunté, a pesar de haberme quedado atónita por su respuesta.

El hombre me miró sin apenas pestañear. No me retaba, sino que sopesaba su respuesta.

—Justiniano no es mi hijo, ya no. Ese nombre no significa nada para mí.

Comprendí que bajo aquella reacción yacía algún conflicto familiar grave.

—Perdóneme, pero tenemos motivos para creer que su hijo está involucrado en un crimen.

—Eso es algo que no me incumbe. Insisto en que ya no es mi hijo. Perdió ese derecho.

—¿Podría ayudarnos a localizarlo? Necesitamos interrogarlo —insistí.

—Le repito que su paradero me es indiferente. Fue expulsado de la familia.

Empezaba a intuir una explicación, pero todavía no encontraba lógica a todo ello.

—¿Por qué dejó de vivir Justiniano con usted? —preguntó Claudia con determinación.

—Cuando un hijo no honra a su padre, uno tiene el derecho de expulsarlo. Eso es lo que hice. Y volvería a hacerlo si fuera preciso. Justiniano no era digno de mi familia. Nunca estuvo al nivel que esperaba de él, y eso es una deshonra inaceptable.

—¿Cuándo sucedió eso? Quiero decir, ¿cuándo lo expulsó? —siguió Claudia.

—Pronto hará un año.

—¿Podríamos saber el motivo? —prosiguió Claudia.

—No es de su incumbencia. No deseo darle ningún protagonismo. Eso es con mucha probabilidad lo que busca, pero no tendrá mi atención ni un

segundo más. Ya me consumió el alma durante años y no dejaré que vuelva a hacerlo.

—¿Sabe si encontró refugio en casa de algún familiar?

—Aquí no, desde luego. Y en cualquier caso no sería admitido. Somos muy estrictos al respecto.

—¿No va a preguntarnos por qué lo buscamos? —le cuestioné para tratar de forzarle a revelarnos algo más. Nos había dado una explicación, pero se me antojaba insuficiente.

—¿Para qué? Les repito que no es mi problema. Tras la exclusión de la familia, nada de lo que pueda hacer mancillará nuestro honor.

Eso era lo que le preocupaba a su padre, su propio honor. Estábamos ante un hombre soberbio, a quien el prestigio le importaba más que ninguna otra cosa.

—Sepa usted que tenemos varios crímenes sin resolver, todos relacionados con yacimientos romanos, y eso le pone sobre nuestra pista. Sería de gran ayuda para nosotros que nos ayudara a comprender por qué se han cometido y a averiguar si su hijo está involucrado en ellos. Ahora mismo es el principal sospechoso, como le digo.

—Si es así, nada de lo que él aprendió sobre la grandiosa Roma ha debido de servir de mucho, la verdad. No tiene honra alguna. ¿Y dónde han ocurrido esos crímenes? —preguntó.

Nos miramos aliviadas al ver que, por fin, mostraba un cierto interés.

—En Santa Criz, en el campamento romano de Aranguren y en la villa de Las Musas de Arellano.

Domenech calló, su semblante había demudado, pero no logré interpretar su expresión.

—No puedo ayudarles, lo siento. ¿Puedo salir ya? Me gustaría regresar y cuantificar los daños de su entrada para reclamárselos al Gobierno de Navarra de inmediato—zanjó.

Comprendí que habíamos topado contra un muro y no logramos sacarle nada más. Un policía lo acompañó fuera del círculo de protección y le pedí a Claudia que volviera conmigo a la casa para seguir investigando.

—¿Lo has notado? —preguntó.

—¿Notar qué?

—El gesto del final.

—Sí, pero no sabría buscarle significado.

— Clara, es asco, o repudio, o desprecio. Si quisiera, nos daría información vital para descubrir a su hijo, pero no lo ha hecho... ni lo hará. Lo odia, me atrevería a decir.

—Podríamos presionarle con una amenaza, una acusación por obstrucción.

—¿En base a qué, Clara? No ha obstaculizado la investigación y sólo ha decidido no hablar. Dudo que pudiésemos demostrar que conoce algo decisivo para la investigación. Y es su hijo, no creo que un juez nos diera la razón.

Entramos en la casa otra vez y le mostré a Claudia lo que había encontrado. La literatura era monográfica, en todos los volúmenes aparecía Roma: Derecho, Historia, arte, latín...

De nuevo ante el altarcillo, supuse que el accidente descrito en el recorte de prensa habría golpeado de manera brutal a la familia y el padre hubo de acusar dicha desgracia. Eran especulaciones, pero no creía alejarme mucho de la realidad. Después tuvo que suceder algo de tal gravedad que consiguiera separar a ambos. Para un catedrático universitario, el expediente académico de su hijo tendría que ser motivo de orgullo y, sin embargo, no parecía ser así. Con toda probabilidad el fracaso ante el tribunal para la plaza de titular de universidad terminó de romper la relación.

Terminamos al final de la tarde, y aún tuvimos que quedarnos unas horas más en la oficina para poner en orden aspectos de la investigación y de la búsqueda de la vicerrectora.

XII

A la mañana siguiente, martes, la vicerrectora seguía sin aparecer por ningún sitio. Era un momento peligroso, mamá, pues nueve días después de aparecer el primer cadáver, el asesino había matado ya a otras dos personas, y temíamos que le hiciera lo mismo a esta otra mujer. Como nuestra sospecha era que estuviera en su poder, teníamos patrullas desplegadas en las ruinas romanas cercanas a pueblos y carreteras, y motoristas de Protección del Medio Ambiente en las más alejadas, aquellas solo accesibles si se va campo a través.

Algunas muestras biológicas de nuestro sospechoso, encontradas en la casa de Domenech padre, habían sido determinantes. Y había una coincidencia total con el ADN encontrado en el resto de los escenarios. Javier Justiniano era nuestro hombre.

Nuestra mejor baza, ahora que teníamos por fin información incontestable, era Pedraficha, quien no se había librado de nuestro control y protección, y a quien habíamos llamado a comisaría para entrevistarnos con él y así obtener alguna explicación que pusiera lógica a las tesis de trabajo que, en torno a Domenech, nos habíamos planteado.

Pedraficha se sentaba a la mesa al lado de su abogado, ambos frente a Aznárez, Claudia y yo misma. Tras una hora no había soltado prenda, pero estábamos dispuestas a quedarnos con él un día entero si era necesario para descubrir la verdad. Incluso le habíamos puesto delante el expediente del tribunal en el que había participado. ¿Por qué Justiniano los estaba matando?

—Volvamos al móvil —le obligué a volver a un tema ya planteado y que él había tratado de zanjar con su silencio.

Apenas me miró.

—Mi cliente no puede más. Necesitamos un receso —se quejó el abogado—. Para no ser sospechoso, ni investigado, ¡un trato así es inadmisibile!

—Letrado, le recuerdo que su cliente, el señor Pedraficha, puede ser la última persona viva de las cinco que componían el tribunal que consta en el acta. Necesitamos obtener respuestas, o no podremos adelantarnos a otro fatal desenlace. ¡Hay una persona desaparecida! —grité para imponer mi autoridad

—. El móvil. ¿Por qué borró toda la información?

—Me asusté —replicó él.

—¿De qué? ¿A qué le tenía miedo, Antón?

Él calló de nuevo.

—Pero ¿qué le pasa? —exclamó Aznárez, al tiempo que aporreó la mesa. Se levantó y se enfrentó al profesor. Su figura amenazante ensombreció al interrogado, quien se achicó como si fuera un niño regañado por su padre—. ¡Cuatro muertos! ¡Eso es lo que vamos a tener si no dice lo que sabe de una puta vez!

Era la primera vez que veía a mi subordinado así. Ya había reparado antes en su modo de conducirse, incluso me habían advertido de su tendencia a perder los papeles, y por eso no me sorprendió. Noté un golpe en la pierna. Era Claudia, quien entendí que trataba así de indicarme que dejara hacer al viejo policía. Era obvio que conocía el método.

—El tribunal... —balbuceó Pedraficha en voz baja.

—¡Más alto! —le ordenó sin apartarse de su lado.

—¡Exijo que deje en paz a mi cliente! —intentó imponerse su abogado mientras también él se levantaba.

—¡Siéntese, abogado! Respete nuestro trabajo o nos obligarán a imputádoles a ambos por el artículo 450 —replicó Claudia muy seria, mientras esgrimía un ejemplar del Código Penal para forzarle a que se sentara—. Están rozando la omisión del deber de impedir un delito.

—El tribunal amañó los resultados de ese concurso —terminó por decir el profesor con un hilo de voz tenue.

—Explíquese —le ordené.

—Todo fue un paripé —siguió diciendo, con voz queda.

—¡Más alto le he dicho! —insistió Aznárez.

—¡Amañamos el baremo y también los resultados de la prueba! —respondió de golpe, aunque con voz temblorosa.

—¿Cómo dice? ¿No querían uno de fuera, aunque estuviera mejor preparado? —pregunté—. Lo que está contándonos es un delito, simple y llano.

Pedraficha estaba cada vez más pálido. El abogado también se quedó de piedra. Parecía no saber en dónde meterse.

—Siga —le ordené sin dejar de mirarle a los ojos.

—No era el candidato recomendable...

—Quiero todos los detalles. Ya no es momento de callar.

—La otra persona trabaja en el departamento desde hace años. Empezó de becaria, mientras hacía la tesis. La conocíamos todos. Él, en cambio, era de la otra universidad, y ya saben lo que pasa...

—Es obvio que no sabemos lo que pasa, pero empezamos a imaginárnoslo. ¿Y qué hay de los baremos, y de las pruebas?

—Se alteraron las valoraciones. Siempre se hace cuando hay un candidato idóneo, no sólo en este caso.

De pronto, como si un resorte se hubiera saltado, hablaba sin tapujos. Aznárez, concluida su interpretación, se volvió a sentar.

—Un momento. Lo que es objetivo, es objetivo, ¿no? —quise aclarar. Acostumbrada a un alto nivel de exigencia en las universidades alemanas, algo así era impensable para mí.

—Ya, pero para eso se cambian los baremos. Basta con saber qué méritos tiene tu candidato, y publicar un baremo a su medida. Vamos, no me digan que no se hace lo mismo en cualquier proceso de licitación. Es algo generalizado en las universidades, y por ende en la administración pública. Estoy seguro de que también en sus concursos lo hacen.

—Señor Pedraficha, que su universidad o el conjunto de la universidad española sea endogámica, no quiere decir que el resto de la administración pública lo sea —replicó Claudia, para mi sorpresa y admiración—. ¿No debería regirse también la universidad pública por los principios de mérito y capacidad? Al menos eso tenía entendido.

—Prevaricación pura y dura. Por mucho que lo intente justificar —apunté indignada.

Como si despertara de un letargo, el abogado reaccionó.

—Siento decirles que, si van a seguir con el interrogatorio a mi representado, tendrán que informarle de sus derechos. De otro modo, le tendrán que dejar marchar.

En ese momento sopesé si cambiar su situación de protegido a investigado por un delito. Si lo dejaba sin investigar, el abogado bien podría exigir que lo soltáramos y, aunque estaba allí por su propia seguridad, tendríamos que dejarle ir y ponerle vigilancia. Si, por el contrario, lo investigábamos, no

podríamos retenerlo más que unas horas. También en ese caso tendríamos que dejarlo en libertad, hay habríamos perdido un tiempo precioso para la investigación principal. Además, en cualquiera de las situaciones, el letrado le aconsejaría no hablar más, y nos podríamos sentir afortunados de haber logrado que soltara lo que acababa de decir.

—¡Señor abogado! —cortó de nuevo Claudia, mucho más práctica y experimentada—. Estamos en plena investigación de otro asunto y esto, aunque grave, no es de momento motivo de atención por nuestra parte. ¿Qué pudo llevar al candidato y ahora sospechoso a ir a por ustedes? Necesitamos saberlo de una vez por todas, ¿entiende?

—¿No lo han deducido todavía? Por Dios ¡esa plaza era para él! ¿No saben quién es su padre? Es un romanista de reconocido prestigio. Ese hijo suyo ha nacido para este mundo, no hay más que ver su expediente, y la plaza convocada le iba como anillo al dedo. Lo que no entiendo... —calló, y rompió a llorar.

—¿Qué no entiende? —pregunté.

—Que les esté matando por ello —sentenció Aznárez.

—Ni los resultados, ni los recursos posteriores le dieron la razón — interrumpió Claudia mientras seguía mirándole, con todo el expediente en la mano.

—Él nos hizo visitas. ¡A todos! No una, ni dos. Por supuesto le dimos la espalda —hablaba entre sollozos, a pesar de ser un hombre hecho y derecho—. Había desesperación en su voz. Nos suplicó ayuda. Luego, al ver lo infructuoso de su intento, nos amenazó a todos y desapareció.

—Ese chaval está trastornado, y todos ustedes supieron desde el comienzo, desde la primera muerte, que era él. ¡Y callaron para encubrir su mala actuación! —indicó Claudia, con gesto duro.

—¿Cuándo les amenazó? —pregunté.

—Hará un año, más o menos, cuando se resolvió el último recurso ante el rector.

—¿Sabe dónde podría estar la vicerrectora?

Pedraficha negó con la cabeza para mi desesperación.

De pronto, Claudia se levantó y se acercó al profesor.

—En el expediente se hace referencia a un informe acerca de un trabajo de investigación

—Sí, es el trabajo que se defiende por parte de cada candidato.

—Pero ese trabajo no está entre la documentación.

—Eso es porque nos los quedamos los profesores. Se nos entrega una copia a cada uno.

—¿Usted tiene la suya?

—La debí destruir en alguna limpieza —explicó sin levantar la mirada de la mesa.

—Para borrar pruebas, supongo —le replicó Claudia con gesto hosco—. Inspectora, ¿me acompaña afuera?

Ambas salimos y cerramos la puerta.

—Ahora está más claro que antes —le comenté a Claudia—. Justiniano es un demente.

—Su padre le hizo así. ¿No te das cuenta? Hay algo de enfermizo, sí: por la frustración; y de no ser capaz de contentar a un padre...

—Él era lo único que tenía al morir su madre y su hermano. ¿Pero esto es suficiente razón para querer matar?

—Pudiera ser. De momento creo que lo mejor será revisar el trabajo que defendió. Puede que nos dé alguna pista para averiguar dónde está la vicerrectora. Buscaremos algún ejemplar en los despachos de las otras tres víctimas.

—¿Qué vamos a hacer con Pedraficha? —me preguntó.

—Una vez que acabemos con él, no tenemos más remedio que soltarlo. Le doblaremos la vigilancia.

XIII

Habían pasado apenas veinte horas desde que Claudia, tras encontrar el trabajo de investigación de Justiniano en el despacho de su primera víctima, había recomendado empezar por el lugar al que ahora nos dirigíamos. Bajo el título de “Vestigios de minería romana en Navarra”, el sospechoso había desarrollado todo un proyecto de investigación y de docencia en el que desarrollaba en profundidad las habilidades de los romanos para la minería y qué trabajos hicieron en esta tierra. De los lugares que citaba, apenas media docena, habíamos decidido comenzar por el que, sin duda, era el más importante: las cuevas mineras de Lantz, al norte de la provincia, antes de atravesar los túneles de Belate que daban acceso al valle de Baztán y a las Cinco Villas.

El lugar no era de fácil acceso. Fue preciso ascender por un tortuoso camino, entre hayas desnudas cuyas hojas alfombraban en el suelo empapado por la lluvia. Pasamos junto a un muro de poca altura, rematado por un cartel que anunciaba que el lugar era reserva natural.

—La casa del Basajaun, *Basajaun etxea* —nos explicó el policía de Medio Ambiente que nos estaba conduciendo al lugar—. Debe de ser preciosa por dentro, con formaciones calcáreas alucinantes, pero está protegida para evitar daños. La mina se encuentra un poco más arriba, apenas a cien metros.

Antes de llegar vislumbré a otro compañero con una moto todoterreno. El contraste del barro que salpicaba el rojo de su uniforme despertó mi instinto de motera y añoré volver a salir con la moto por lugares como aquel. Aunque la usaba para ir y volver al trabajo, mi niña llevaba en el dique seco desde la visita a Santa Criz.

El lugar, como tantos otros, estaba siendo controlado desde hacía días y las patrullas pasaban y desde que avisamos el día anterior, hacían esperas sin interrupción. Confiábamos en que el asesino no hubiera tenido tiempo de acudir antes de montar el dispositivo, tras la desaparición de la vicerrectora, pero pronto se esfumaron esas expectativas, como hará te contaré, mamá.

Los miembros del GRES, el Grupo de Rescate Subacuático, habían instalado poleas a la entrada de la cueva horas antes, desde que recibieron la orden. Llevaban toda la noche en el complejo minero. Tenían ahí mismo un

vehículo todoterreno de seis ruedas, del tamaño de un *quad*, pero más estrecho y conducido con un mando con cable, que empleaban como mula para transportar el material y para el remolcado, gracias a una polea. Me seguía sorprendido el elevado nivel tecnológico en la Policía Foral, lo que la hacía un cuerpo policial moderno y pionero, para satisfacción de sus miembros.

—Bienvenidos a *Ayerdi IV*, la más importante de las cuevas y minas de esta zona. Muy cerca de aquí transcurría la calzada romana que conectaba Pompaelo con Aquitania. —nos reveló el subinspector jefe del GRES—. Les presento al técnico del Departamento de Geología, le hemos pedido que nos acompañara. Es un gran conocedor de la Navarra subterránea y colabora con nosotros siempre que se lo pedimos.

Era un hombre bastante joven, pero su barba y calvicie le hacían parecer mayor. Vestía con ropa cómoda, aunque de oficina. Sólo las botas de goma y el chubasquero denotaban que la misión no le había pillado por sorpresa. Permanecíamos de pie en torno a una mesa llena de mapas del interior de la cueva y la mina, desde donde el técnico guiaba a los que estaban adentro cuando encontraban más de una vía.

—Esta es la mina más amplia. Las otras están ya revisadas y no ha aparecido nada. Hemos llegado casi hasta abajo, y ahora tengo a los muchachos metidos en unas lagunillas intermedias —indicó el subinspector, tras lo que calló casi de golpe.

Se llevó la mano a su oreja y ajustó el audífono que tenía conectado al equipo de transmisión.

—Los compañeros tienen malas noticias, me temo. Hay un cadáver de una mujer en el fondo de una de las pozas.

Claudia soltó un improperio. Yo no sabía qué decir, y noté por mi espalda varios escalofríos seguidos. Sentía tristeza y decepción al mismo tiempo por la noticia, y sentía también un espanto ante lo que ese monstruo pudiera haber hecho esa vez. No dudaba que sería ella, estaba casi convencida.

El silencio que se estaba haciendo quedó interrumpido por una nueva comunicación, aunque no podíamos distinguir lo que contaban por la radio.

—Van a realizar la inspección ocular ahora—informó el responsable—. ¿Quieren bajar? No estaría de más.

—Yo sí —respondí, aunque no había hecho espeleología en mi vida y no tenía ni idea, pero involucrada al cien por cien, así como preocupada y triste de la repentina noticia.

—¿Es necesario? Soy loba vieja y no estoy en forma para meterme por un agujero —se excusó Claudia—. Interesaría saber cómo murió, huellas y otros indicios. Todo lo que se pueda, ya lo sabes, jefa.

—Sí, lo tengo claro. ¿Qué hay de los de Científica? ¿Podrían bajar?

—No será necesario —respondió el mando del GRES—. Tenemos instrucciones precisas, y estamos preparados para hacer inspecciones oculares en lugares así.

Me puse un buzo, botas de goma, casco con linterna y un arnés de espeleología. De aquella manera nos adentramos en la cueva para descender.

Gran parte del recorrido estaba iluminada con focos de led. Se habían tendido cables y cuerdas desde la boca de entrada. Las galerías combinaban cámaras naturales de la propia roca y pasillos horadados hacia siglos por esclavos que seguían las vetas de hierro. El ambiente era agobiante y húmedo, y había que tener cuidado para no resbalar. Era preciso caminar agachado con frecuencia, sobre todo en los espacios entre las salas. Me costaba mantener el equilibrio, y se me hacía difícil imaginar cómo, dos mil años atrás, los esclavos podían trabajar en aquel medio. Con seguridad, usarían lámparas de aceite que emponzoñarían el aire, hasta hacerlo irrespirable. Supuse que esos hombres forzados a trabajar en aquellas minas no sobrevivirían mucho tiempo.

Cada poco atravesábamos cámaras espaciales, de las que se habrían extraído toneladas de roca.

Llegamos a los primeros pasos complicados. Allí, la galería se bifurcaba, y un ramal descendía de forma abrupta, por lo que los especialistas habían instalado anclajes y cabos. El subinspector me amarró bien y me explicó cómo bajar. No se veía el fondo y, cuando dejaba de alumbrar, la oscuridad se hacía absoluta. Me asusté al no ver el final, me puse nerviosa y me pincé la mano entre la cuerda y el mosquetón, soltándola de forma instintiva. La cuerda empezó a deslizarse y yo caí sin control, gritando, hasta que el agua heladora de una poza me recibió en la cara y se me metió en los oídos. El buzo de goma era estanco, pero pude notar la baja temperatura también en el cuerpo. Al sacar la cabeza, una luz de linterna me recibió desde unos metros más allá.

—¿Qué hago? —contesté apurada y resoplando, mientras notaba pinchazos de dolor en la cara.

—¡Tú nada hacia aquí! No te pasará nada —me gritó un policía—. Apenas son cinco metros, pero no tocarás suelo hasta llegar, no te asustes.

La angostura por la que había bajado se abría al llegar al agua. La sala

estaba más iluminada y podía ver al compañero que me esperaba a pocos metros. Nadé con el cuello bien estirado, hasta tocar el final de la poza. Él me tendió la mano.

—Venga inspectora, que estamos muy cerca. Nos esperan los buzos.

—¿Falta mucho? ¿Cómo es posible obligar a una persona a bajar hasta aquí? —lancé en voz alta las preguntas que me hacía a mí misma, mientras me agitaba de medio lado para sacar el agua helada de los oídos.

—Desde luego, es un trabajo complicado. Debí descender bajo amenaza, si no, no se entiende.

Aún tuvimos que avanzar algo más tras unírse nos el subinspector. Las cavidades se comían los sonidos, que se percibían amortiguados. Sólo nuestras respiraciones, los pasos y los goteos de cientos de estalactitas rompían el silencio. Era un ambiente que potenciaba el abatimiento que sentí al recibir la noticia.

Al salir de otra galería llegamos a una sala mayor que las anteriores, repleta de colores, brillos y reflejos calcáreos, visibles y potenciados gracias a los potentes focos de led. A los pocos metros, dos policías con buzos estancos velaban un cuerpo. Se habían quitado las botellas de oxígeno de la espalda. El minúsculo dron submarino que habían usado estaba también a un lado, junto a la pantalla donde se veían las imágenes que transmitía al ponerlo en marcha.

—Chicos, la inspectora Schäfer. Clara, de *Delitos Civiles y Políticos*.

Nadie me tendió la mano. Parecían muy serios, y supuse que les pesaría el hallazgo del cadáver.

Encendieron una linterna y alumbraron el cuerpo. Todavía llevaba su ropa. El rostro aparecía edematoso, pero se podía apreciar un fuerte golpe en el lado izquierdo de la frente. Lo que me espantó fue su cabeza, que tenía clavado una especie de hierro oxidado al estilo de las piquetas que se usan en las obras. Le había atravesado el cráneo y parecía ser largo, ya que no se movía de donde estaba alojado.

—¿Habéis tomado fotos? —pregunté.

—Sí, inspectora.

—¿Sangre? —pregunté.

—Limpia como una patena. Ni rastro. Son pozas vivas, y hay corrientes subterráneas en las que se renueva el agua de forma continua. La ventaja es

que es un agua tan fría que el cuerpo está bien conservado —explicó uno de los buzos.

—Hemos rastreado el fondo con el dron—apuntó el otro—. Acabábamos de terminar cuando habéis llegado. Sin resultado.

—¿Nada que concuerde con el golpe en la frente? —pregunté, todavía afectada.

—Lo que ves es lo que hay. No había restos de sangre en el camino, ni aquí. Lo que quiera que usara para darle ese golpe, no está aquí.

Quise recorrer la parte de la cámara subterránea no inundada por si veía algo más, pero no tenía sentido cuestionar el trabajo de los compañeros, y decidí regresar con el subinspector mientras el resto se encargaban de preparar el cadáver para subirlo a la superficie. Mi empeño por bajar había sido en balde.

El regreso fue peor aún, y en la poza en donde me caí me las vi y me las deseé para ascender. El subinspector tuvo que emplearse a fondo con los aparatos de escalada hasta que pude salvar la altura y proseguir hacia afuera.

Al salir, me sentí liberada. Había sido angustioso, y notaba una congoja que nunca había sentido.

Claudia se me acercó hasta casi rozar su cara con la mía, y me tomó de los hombros.

—¿Todo bien?

—No, Claudia. Estoy espantada de lo que he visto. ¡Joder, que hijo de la gran puta! Quiero detenerlo con mis propias manos. No vamos a parar hasta lograrlo.

Me tengo por una mujer fría, ya lo sabes. Pero esto último me afectó al ánimo más que los otros asesinatos. ¡Qué duro ha sido todo, mamá!

Claudia no dejó que nos quedásemos, y yo tampoco quería quedarme allí ni un instante más. Al llegar a los coches, me montó y me llevó a mi casa, forzándome a descansar y comer algo antes de regresar a la comisaría. Después de mi disgusto por la actitud de Sergio, me sentía más vinculada a ella, a pesar de llevar trabajando juntas muy poco tiempo.

De nuevo la noticia había trascendido, aunque sin detalles, pues desde la Policía Foral nada se había dicho. No sirvió de mucho, y las ediciones digitales de los medios estaban ya informando del hallazgo del cadáver en Lanz. Los hilos de comentario que las acompañaban y en las que suelen

participar algunos ciudadanos nos ponían a caldo. Las críticas arreciaban por todos lados, y aunque intenté no hacer caso, Aznárez nos voceó un breve resumen durante la comida que tuvimos en la sala de descanso. Él iba leyendo en su tableta y se reía de los comentarios, muy ofensivos, mientras opté por dejarle hablar, y traté de desconectar del tema.

—Javier, creo que ya es suficiente. ¿No ves que estás molestando a nuestra jefa? —Sergio medió.

—Si Clara tiene algo que decir al respecto, ya tiene boca para hacerlo —respondió Claudia.

—¿Podemos dejar las noticias de lado y seguir trabajando? —intervine, levantándome de la mesa para volver a la oficina.

XIV

El magistrado que instruía el caso *Homicidium* había entrado en el despacho de nuestra Jefa a primera hora de la tarde para una reunión junto con el Delegado del Gobierno. Ella nos había pedido toda la documentación del caso *Homicidium*. Ni siquiera los investigadores pudimos entrar, tan sólo nuestro comisario.

La cita no había pasado inadvertida y había decenas de periodistas, con sus cámaras de vídeo y fotográficas en la puerta de la comisaría general. La entrada estaba casi atascada con sus coches mal aparcados, y los del control de entrada tuvieron que poner orden para dejar el lugar expedito. Casi seguro que esperaban alguna declaración y no iban a marcharse, así como así.

Estábamos nerviosos y sabíamos que nuestro futuro en el caso dependía de lo tratado en aquella reunión. Aunque habíamos progresado de forma notable en la investigación, no teníamos al asesino detenido, ni siquiera cercado, y él había sumado una cuarta víctima. ¿A qué podía deberse la presencia del representante del Gobierno de España en Navarra si no fuera porque querían plantearse una investigación conjunta con la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil? Yo misma temía que incluso nos retirasen el caso, pues la UCO era la unidad especializada en delitos complejos de los guardias, y tenía la fama bien merecida. Así lo habían demostrado en varios crímenes recientes, que en apariencia eran perfectos, pero que al final habían aclarado. Quedarse con este caso, e incluso resolverlo, sería visto como una lección de un cuerpo central a uno autonómico, en un debate todavía tan abierto en esta tierra como lo está en Baviera, mamá.

De nuevo, el único que no parecía afectado por la situación era Aznárez. Me tenía con la mosca detrás de la oreja.

—El caso es nuestro, tranquilos. Van a repasar todo. Sólo quieren meternos presión. Eso es todo.

Yo no entendía nada. ¡Pero si había venido el magistrado en persona! La situación me olía a retirada del caso sí o sí, y mi inquietud iba en aumento. Todo el trabajo realizado ¿para qué? Salí del edificio para tomar el aire fresco. Como es habitual en estos días en Pamplona, el cielo estaba gris y amenazaba lluvia. No quise arrimarme a la puerta central por no salir en las

noticias, retratada gracias a alguna foto tomada con zum.

Vi salir a cuatro agentes de la zona de descanso, pudiera ser que movilizados para algún asunto, ya que subieron a los coches y arrancaron a toda velocidad, con las luces azules de emergencia en marcha.

Al poco rato salió nuestro comisario y me ordenó que le siguiera hasta nuestra oficina. Quería hablar con todos nosotros. Al entrar lo percibí pálido y comprendí el motivo cuando me informó de que su señoría nos había exigido la detención del asesino de inmediato. Si había un solo cadáver más, nos apartaría del caso. La presión era ya enorme.

Aznárez sonrió, seguro de sí mismo a pesar de todo.

—¿Cuántos agentes están vigilando a Pedraficha? —preguntó el comisario.

—Dos, día y noche —contesté—. Y patrullas uniformadas en sus zonas habituales: casa, universidad... Hay que espantar a Domenech de esos lugares.

—Bien. Que sigan así. Sacad el expediente y revisadlo. Quiero protección para todos aquellos que hayan tenido algo que ver con el asunto de la universidad: secretarios, administrativos, etc. —ordenó—. Que no esté en riesgo nadie más. Clara, cuando tengas la lista me la pasas, que se encargarán los del Grupo de Protección de Personas. Sabed que vamos a mover también a los de Información y Vigilancia y a Protección Ciudadana. La jefa no va a escatimar en recursos ni en horas extra. Hay mucho en juego: vidas, pero también la alarma social y nuestro buen nombre. En una hora quiero revisado el plan de trabajo, con todas las hipótesis abiertas: ha matado a todo el tribunal salvo a uno, y no sabemos hasta dónde llegará su locura.

Sin terminar de hablar, sonó su teléfono. Atendió la llamada y apenas pudimos ver su lividez renovada. Se sentó, y por un momento me pareció que iba a desmayarse. Terminó de hablar.

—¡Hay un incendio en la UPNA! ¡Bajad de inmediato a ver de qué se trata! —ordenó tras colgar el teléfono—. Los policías que están con Pedraficha no responden a las llamadas.

Todos nos pusimos alerta. Noté mis sentidos aguzarse.

—¿Dónde? —preguntó Sergio.

— No sabemos aún, pero el jefe de sala nos quería avisar, por si pudiera estar relacionado con lo nuestro.

—¡Vamos! —ordené.

Nos montamos en un coche Sergio, Claudia, Aznárez y yo. Sacamos el rotor

azul al techo y pusimos en marcha las sirenas.

Algunos periodistas de la puerta, que ya comenzaban a montarse en sus coches tras la salida de las autoridades de la reunión momentos antes, empezaron a seguirnos.

—Que no sea en Geografía e Historia. ¡Que no lo sea! —exclamó Sergio. Nadie dijo nada, pero al menos yo tenía la misma inquietud.

No estábamos muy lejos y llegamos al campus en apenas cinco minutos. Era el edificio que nos temíamos, y ya estaba rodeado de cientos de personas mirando, aunque un amplio cordón policial no dejaba pasar más que a los servicios de emergencia. Ya no había fuego y sólo un humo blanco se extendía por las inmediaciones. Cruzamos el perímetro una vez nos reconoció el compañero.

Una persona era trasladada en camilla hacia una ambulancia medicalizada. Nos acercamos en el momento en el que lo subían y nos identificamos frente a los sanitarios. Ellos no habían hecho más que aplicarle apósitos humedecidos con suero y yodo. Tenía todo el cuerpo cubierto de ellos. Según nos explicó la doctora de la ambulancia, intentaban crearle la asepsia que su piel quemada ya no podría proporcionarle. Sergio y Aznárez se quedaron allí para intentar reconocer quién era antes de que se lo llevaran.

Los escoltas de Pedraficha estaban siendo atendidos por las dotaciones de las ambulancias. Ambos portaban mascarillas de oxígeno. Nos dirigimos a ellos.

—¿Qué ha pasado? —les pregunté, sin importarme la presencia de oídos ajenos a la policía.

—Hemos acompañado al profesor. Ha entrado en el despacho y, al ver que todo estaba bien, le hemos dejado sólo. Nos hemos quedado afuera, como de costumbre. Al poco rato ha salido a la sala de cartografía, donde tampoco hemos visto nada raro. Luego se ha oído una explosión. Al abrir la puerta el lugar estaba ya envuelto en llamas blancas. ¡Ha sido horrible, inspectora! Le hemos oído gritar, pero ha sido imposible llegar hasta él. ¡La luz nos cegaba y el calor nos echaba para atrás! Los extintores no han servido para nada y las llamas volvían a brotar. Por fin hemos podido sacarlo, pero nos ha costado unas cuantas quemaduras —se lamentó mientras me mostraba varios apósitos en los brazos.

Empezó a toser y la sanitaria nos apartó para ajustarle la mascarilla. Trató de calmarlo, y nos pidió que nos apartásemos. Aunque ya no era necesario,

mis subordinados confirmaron con el gesto que se trataba del catedrático de Geografía Física. Aquello era de una crueldad extrema.

Los bomberos habían extinguido las llamas, pero no nos permitieron la entrada hasta pasado un buen rato, tras renovar el aire de dentro mediante varios ventiladores de gran potencia.

Entramos cuando nos dejaron. El inspector de bomberos nos acompañó. El fuego se había iniciado en la sala, como nos había dicho el compañero. Por fortuna, los sistemas antincendios habían funcionado bien y el incendio había sido muy localizado.

—Me alegro de que estén aquí. Esto es obra de un perturbado, o parecido, porque la deflagración se ha iniciado con fósforo blanco, algo nada fortuito, se lo aseguro. No parece que fuera mucha cantidad, pero había tanto material combustible dentro, que el fuego ha progresado con rapidez.

Llamamos a Científica para que bajasen. Mientras, entrevistamos a todo el personal desalojado.

De nuevo parecía que el asesino nos llevaba la delantera. Habíamos vigilado el despacho de Pedraficha, sí, pero Domenech había dado un paso más allá, y había preparado un artefacto explosivo en la sala de cartografía, cuyo encargado era el profesor. Ya había matado a cuatro miembros del tribunal, y había forzado la situación de modo ingenioso al lograr evitar nuestra vigilancia para cumplir su venganza.

Revisamos cámaras, hablamos con el personal de seguridad de la UPNA, y logramos, por fin, verlo en las imágenes grabadas. Había entrado al edificio esa misma mañana, vestido de operario con un buzo azul y gorra de béisbol. No alcanzaba a verse qué había hecho en el interior, pero sí recuperamos su imagen a la salida, y comprobamos que había utilizado una furgoneta Renault Kangoo blanca. Esta vez contábamos con una herramienta clave: el sistema de vigilancia del tráfico de la Policía Municipal de Pamplona. Fuimos a su comisaría y, tras informar a los mandos, accedimos a la sala de cámaras. Pudimos obtener la matrícula, que correspondía a una Kangoo del año 2015 pero que constaba como dada de baja, por lo que los datos del antiguo titular no nos sirvieron de mucho. Sin embargo, el círculo se había estrechado. Al seguir sus movimientos por las calles, conseguimos acotar el área de localización a un barrio concreto de la capital, apenas un kilómetro cuadrado. En esa área tenía que estar el asesino, y allí centramos la búsqueda.

El barrio estaba muy bien comunicado con todo el cinturón industrial del

suroeste de Pamplona, así como con la autopista que unía la ciudad con el sur de Navarra y con el País Vasco. También tenía fácil comunicación con el norte de la comarca. No estaba mal elegido. Además, estaba muy poblado de gente joven, mezcla de muchos tipos de personas de distintos orígenes, y era un sitio idóneo para pasar inadvertido.

—¿Qué pasará con su señoría? Hay que informarle, aunque es ya tarde— pregunté por teléfono y sin tapujos al comisario, de regreso a la oficina.

—Ese es mi miedo, Clara. No creo que nos deje proseguir. ¿Cuánto nos puede llevar localizarlo?

—Son tantos los factores de que dependemos, que no sabría decir. Tenemos que recorrer el barrio en busca de cámaras, y ahora está todo cerrado o a punto de cerrar. Hasta mañana por la mañana no podemos más que poner vigilancia, pero es un tiro incierto, con pocas probabilidades de que dé en la diana.

—Dejad que me encargue —me dijo Aznárez interrumpiéndome la conversación—. Tengo confianza. Si me permitís que le llame, puede que el caso siga en nuestras manos un poco más. A fin de cuentas, Pedraficha no está muerto.

—Pero bueno, ¿tú qué negocio te traes con el magistrado? —pregunté, ya sin tapujos.

—Confianza, sin más —respondió él, mientras el comisario seguía escuchando al otro lado de la línea. Claudia hizo una mueca de desprecio que no me pasó inadvertida.

No me convencía su secretismo, pero era mejor que nada. Ya llevaba varias así, y lo que decía o prometía siempre acababa por ser cierto. El comisario me dio carta blanca, no se mojó personalmente. Era algo raro, confuso para mí, pero al ser la investigadora principal, tenía margen de movimiento respecto a los pasos a dar en las pesquisas, y supuse que autorizar a mi subordinado entraba dentro de ello.

A pesar de la situación de extrema urgencia, no podía permitirme tener a mi equipo agotado, así que los mandé a descansar, mientras ultimaba algunos detalles con mi comisario y con los mandos de otras áreas, de cara al operativo que tendríamos que establecer en pocas horas.

Confiaba en que el magistrado nos lo permitiese.

XV

Al día siguiente empezamos temprano, pero cuando ya había movimiento de gente, para no levantar sospechas. Para mitad del día habíamos revisado las imágenes de todos los locales que tenían cámaras, hasta que por fin tuvimos un resultado positivo. Se trataba de una tienda junto a un garaje, y el ángulo de la cámara de entrada mostraba de forma parcial los coches que entraban y salían. Al haber pasado muy poco tiempo, las imágenes no habían sido borradas, y veíamos entrar una furgoneta como la que buscábamos, en horarios coincidentes con la salida de la UPNA sumado el tiempo del desplazamiento hasta ese garaje. A partir de ese descubrimiento, la cautela fue mayor aún, y entramos en el garaje en cuanto se abrió la puerta para dar paso a un vecino.

Después de tantas horas de investigación, de revisar tantas cámaras de tantos sitios, de especular con los posibles movimientos de nuestro asesino, por fin teníamos la oportunidad de adelantarnos a sus movimientos, y no estábamos dispuestos a desaprovecharla. Sus ansias de venganza le habían hecho tomar una decisión arriesgada.

La noche anterior temíamos que el catedrático fuera a morir antes, y que el magistrado tomara una decisión fatídica para nosotros y la investigación, como te he contado, mamá. Pero de nuevo Aznárez había dicho que mientras el profesor viviera no teníamos de qué preocuparnos.

El desdichado profesor había sido trasladado a la unidad de quemados de Zaragoza y la Policía Nacional se hacía cargo de su protección. Tenía quemaduras de segundo y tercer grado en el sesenta por ciento de su cuerpo, pero por fortuna, tanto para él como para nosotros, el pronóstico reservado no contemplaba su fallecimiento.

Habíamos pedido a los mandos de Protección Ciudadana que sus patrullas desaparecieran del barrio durante toda la mañana y, en su lugar, nos metimos casi todos los miembros de Judicial, lo que incluía a compañeros de otros grupos. Llevábamos los chalecos antibalas bajo de la ropa, y los miembros de la UAU y varias patrullas esperaban en las cercanías una señal para intervenir si era necesario.

El garaje era amplio, y en eso también había sido cauto Justiniano, porque así podía pasar más inadvertido. Al final dimos con la furgoneta, aparcada en

el último piso del subterráneo.

Fue sencillo vincular al titular de la plaza con una vivienda, quien supusimos que tendría alquilado el piso a Domenech. En cualquier caso, y mientras se preparaba el operativo de intervención, uno de los nuestros corría ya al juzgado a por la orden de entrada. No nos interesaba poner en sobre aviso ni siquiera al dueño, por si estaba vinculado al asesino de algún modo. A los treinta minutos estaba todo listo, los accesos cortados a coches y personas, y los de asalto entrando. Y todo ello, a pesar de ser el comienzo de la tarde y estar ya la calle muy concurrida de gente.

Yo estaba demasiado nerviosa como para centrarme en otra cosa que no fuera la entrada inmediata, y quería ver a aquel desgraciado en el suelo y maniatado. Ya lo someteríamos después al más duro de los interrogatorios, presentándole tal aluvión de evidencias al juez, que no dudaría en encerrarlo hasta el juicio oral.

Desde el portal oímos los golpes en la puerta, las explosiones de las granadas aturdidoras, y los gritos de los compañeros. Al cabo de un tiempo que se nos hizo eterno su inspectora nos avisó de que podíamos subir.

—No ha habido suerte, lo siento —nos informó en la puerta.

La decepción debió de reflejarse en todos nosotros.

—Pero ¿es su casa? —pregunté, esperanzada. Si era así le dejaríamos desguarecido.

—Júzgalo por ti misma, inspectora —me sugirió ella—. Lo de adentro asusta. Pero esperad a que acaben de pasar al perro de explosivos.

Por suerte para nosotros, los de Operaciones Especiales no dejaban ni un cabo suelto, en especial después del episodio del fósforo blanco.

Una vez nos autorizaron, entramos en tropel con los de Científica, con todo el equipo de protección necesario. El tufo a vivienda cerrada, sin ventilar y con mezclas de olores, era bastante desagradable.

Cada cuarto era un capítulo de su vida. Debía de dormir en el primero, en el que había somier y colchón. Sobre una mesa llena de polvo encontramos manuales y revistas de mundo clásico, entre los que se hallaban sus propias publicaciones. Había también pequeñas piezas romanas de colección, muchas de ellas sin sacar de cajas, como quien no ha terminado de hacer la mudanza.

En el salón se acumulaba todo un gimnasio de entrenamiento personal: cinta de correr, algunas máquinas de musculatura, pesas y otro material deportivo.

La cocina era una pequeña pocilga, con envoltorios de comida en la encimera y parte de la vajilla sin ni siquiera fregar. Los de Científica estaban pasando el sensor de densidades por las paredes y habían localizado, tras el frigorífico, un hueco con dinero y con su documentación personal.

—Parece que ha salido con prisa. ¿Nos habrá localizado por el barrio o ya se habría ido antes? —pregunté, fastidiada por la posible fuga—. No hay rastro de la moto y ha quedado claro que tiene una.

—No lo sé. En ninguna de las imágenes hemos visto una moto —replicó Sergio.

Aunque pudimos tomar huellas por toda la casa, fue en el último cuarto donde encontramos un ordenador portátil y evidencias incriminatorias: un cuaderno con anotaciones de la vida personal, profesional y los movimientos de todas sus víctimas; papeles con planos a mano de pistas y accesos a Santa Criz, y sogas que a seguro coincidirían con las que fue atada la profesora Etxetxipia; material cartográfico parecido del campamento de Aranguren, incluso se había guardado la estaca llena de sangre con la que, con toda probabilidad, habría torturado al profesor Belarre; manuales de plantas, instrumentos y productos para elaborar el veneno con el que había envenenado a la profesora Zapateiro; planos de las cuevas-minas de Lantz, el equipo técnico que había usado en el interior y una piedra ensangrentada con la que debió de haber noqueado a la vicerrectora antes de matarla. Y por último algo también temible: productos químicos, manuales para crear bombas y para elaborar drogas de sedación. Resultaba evidente que aquel último año había resultado productivo para Domenech.

—Lo había preparado a conciencia —observó Sergio.

—Ya puedes decirlo —contesté—. Este malnacido por ahí suelto es un peligro. A ver si los del Grupo de Tecnología sacan del ordenador información que nos sirva de algo.

—Pero ahora no tiene a dónde ir. Le hemos dejado sin medios y sin vehículo —replicó—.

Claudia y Aznárez no decían nada.

—Bueno, ¿vais a seguir callados? ¿no tenéis nada que aportar? —les recriminé, tomándola con ellos.

Ambos cruzaron las miradas.

—Su padre —intervino Aznárez mientras Claudia asentía.

No lo había tenido en cuenta, y aquel aspecto no se había tratado en ninguna de las reuniones. ¡Ni siquiera habíamos contemplado la posibilidad de ponerle vigilancia!

—¿Desde cuándo lo sospecháis? —les pregunté.

—¿Va a cambiar en algo la situación el saberlo, Clara? ¿Cuántos días han pasado desde el primer asesinato? ¡Dos semanas! Y en realidad, sabemos hace nada la posible motivación del sospechoso —cuestionó Aznárez.

—¿Todavía dudas que sea por venganza? Es un demente y quería la sangre de los culpables. ¡Y ya la tiene! Falta uno, el profesor, y puede que también muera —le respondí.

—El origen de su locura no es el tribunal, jefa —apuntó Aznárez, tratándome por primera vez con un respeto que no había apreciado hasta ese momento—: es su padre. Ellos cinco, con su actuación injusta, es probable que despertaran a la bestia, pero ¿y si su venganza no terminaba en ellos?

—¡A su casa! ¡Ahora! —ordené, al ver que ambos veteranos podían tenían razón.

Faltaban pocos días para el cambio de hora y que así la tarde alargara un poco más, por lo que llegamos al domicilio del padre ya de noche.

La intuición de los dos veteranos policías no había fallado. Cuando llegaron las primeras patrullas la puerta se encontraba forzada, había señales de pelea adentro, y el coche del padre no estaba en el garaje.

XVI

Eran casi las doce de la noche, y todos los que habían participado en el operativo anterior estaban en la sala de coordinación de operaciones. Apenas se cabía, pero necesitábamos a todos los mandos para el operativo que se estaba preparando: Judicial, Protección Ciudadana, Medio Ambiente, Científica, Operaciones Especiales, la sala de coordinación... Los comisarios y la Jefa estaban también allí.

—Todos sabéis que el asesino está suelto. Ha matado a cuatro personas y herido grave a otro hombre. Además, dos compañeros resultaron también heridos al intentar ayudar a este último. No sabemos si va armado, pero ha demostrado de sobra que es un sanguinario —les recordé—. En este momento está en paradero desconocido, creemos que retiene a su padre y que su intención puede ser acabar también con él. Es posible que elija un lugar tan simbólico como los anteriores, aunque hemos pedido también una orden internacional de búsqueda y captura por si ya lo hubiera matado y quisiese fugarse. Fijaos en la lista de lugares posibles que hemos elaborado.

A mi espalda apareció proyectado el mapa de Navarra y en él, señalados con marcas rojas, todos los puntos relacionados con la Roma antigua.

—Son muchos y llevamos días vigilándolos casi todos, pero hay que redoblar los esfuerzos. Queremos las luces de los prioritarios de los coches en marcha toda la noche para que se nos vea y que no encuentre amparo en la oscuridad. Que no pueda matarlo, si es que no lo ha hecho ya. Y, si se arriesga a moverse, que lo trinquemos.

—Según ese mapa, cualquier sitio podría ser bueno, ¿no? Pensar en que podremos cubrir todas las zonas es de ingenuos —comentó uno de ellos, escéptico.

—Los sitios en casco urbano y bien iluminados han sido hasta ahora terreno vedado para él —apunté para quitarle dramatismo.

—¿Y quién nos asegura que no va a intentarlo ahora, ya de noche, en cualquier sitio cercano a las poblaciones? —siguió aquel.

—Nadie. No nos lo asegura nadie. ¡Por eso vamos a ir a todos y cada uno

de ellos! Hasta nuevo aviso se abandonan otros servicios rutinarios, y nos centraremos en esos lugares, así como las carreteras, caminos y pistas que conducen a ellos. No quiero ni un solo vehículo parado esta noche —ordenó nuestra jefa con rotundidad, imponiéndose—. Quiero que cada unidad se prepare para repartir su personal por los puestos asignados con anterioridad. En el siguiente dossier tenéis una relación de vuestros cometidos, datos, foto del padre, así como matrícula y modelo de su coche: buscamos un Seat Tarraco de color verde oscuro. Ante cualquier novedad, a la más mínima sospecha, se da aviso a la sala. Nada de ir por libre, y menos sin activar la señal de los GPS.

Repartimos los documentos y todo el mundo salió hacia sus despachos para preparar el operativo.

Yo desplegué a mi equipo por distintas zonas de Pamplona, siempre a mano para llamarles de vuelta en caso necesario. Me quedé con Claudia de retén en la oficina. Iba a ser una noche larga y empezamos con el primer café mientras repasábamos toda la información obtenida en el piso del asesino.

Habían pasado dos horas cuando Claudia se levantó con brusquedad y se dirigió al otro extremo de la sala, donde se almacenaba el grueso de la información del caso. Empezó a rebuscar entre los montones.

—¿Te puedo ayudar, Claudia? ¿Qué has visto?

—Nada. Y eso es lo que me preocupa.

No entendía lo que me quería decir, pero insistí.

—¿Te puedo ayudar?

—Espera, Clara, por favor —respondió mientras manoseaba nerviosa unas revistas.

Parecía no encontrar lo que buscaba, y regresó a su ordenador. Vi que buscaba en portales de revistas de las universidades españolas. Me tenía en ascuas, y ya no podía centrarme en lo mío.

—¿Me dejas que te ayude, busques lo que busques?

—¡Lo imaginaba! Suponía que este hijo de la grandísima puta había escrito sobre Urkulu.

—¿La torre trofeo romana?

—Sí. Fue su primer artículo publicado en una revista especializada, hace varios años.

—¿Crees que es el sitio que buscamos?

—No lo sé, pero si miras todo el material de la casa, incluido lo de la habitación del pánico, verás que no hay nada de Urkulu. Nada en ningún sitio, salvo esta reseña que acabo de ver.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Ya te digo que no lo sé. Ha podido tirarlo, o esconderlo para que no lo descubriera nadie, y por eso me mosquea que sea del único lugar del que no tenía nada en la casa. Es una conjetura, pero ¿entiendes el significado que dicho lugar tiene?

Me quedé mirándola sin saber qué responder. Había hecho un repaso de los posibles lugares, pero no había tenido tiempo de estudiar cada uno de ellos en detalle. Además, nos faltaba la información del ordenador intervenido.

—Es una torre-trofeo, Clara. Erigida por algún general romano para dar gracias a los dioses al final de una campaña militar. Es un monumento conmemorativo al tiempo que un altar de sacrificios, como parece por los restos estudiados.

Yo me encontraba cansada, y no le seguía bien.

—Clara, matar a su padre es el colofón de su venganza. ¡Qué mejor sitio que ese!

De pronto sus palabras calaron. Podía matar en Andelos, en Liédena, en una docena de puentes romanos, incluso en cualquiera de los sitios donde ya lo había hecho. ¡Pero sí, la idea del altar de sacrificios era factible!

—Vamos a ver cómo es ese lugar —propuse, mientras me dirigía a mi ordenador.

—Es escarpado, por un lado, pero está rodeado de pistas y lomas, por el resto. Puede que se pueda llegar bien hasta allí —respondió Claudia mostrándome fotos de *Google Imágenes*.

—¿Y en coche también? —pregunté mientras escribía el nombre en el navegador del ordenador.

—No lo sé seguro. Sólo digo que, en apariencia, hay accesos.

Al comprobar el mapa del Servicio de Información Territorial de Navarra, confirmamos que era un lugar bastante accesible, aunque en pleno monte y rodeado de bosques. Se hallaba en el límite con Francia, y una carretera secundaria llegaba a las proximidades, aunque observamos con disgusto que lo hacía por el lado francés y por lo tanto no podíamos.

—¿A quién tenemos allí? —pregunté mientras buscaba la lista de los

lugares asignados a cada unidad.

—A los de Medio Ambiente, creo.

—Hay que avisarles como sea. Habrán llegado hace rato. Toma tus cosas, Claudia. ¡Nos vamos!

Subimos a nuestro coche y arranqué, pero, al pasar la barrera de la entrada, giré de golpe hacia los aparcamientos auxiliares, en donde dejábamos nuestros vehículos particulares.

—¿Qué te has dejado? —preguntó Claudia.

—Nada, pero vamos a ir con el coche y con mi moto.

—Ni se te ocurra. Es de noche, Clara.

—Sí, pero no podemos pasar al lado francés con el coche oficial. En cambio, con la moto...

—¡No es seguro y no es razón suficiente! —gritó mientras me alejaba del vehículo.

—¡Conduce tú! —le ordené mientras me ponía el buzo que llevaba en la maleta y me colocaba el casco—.

Conecté el *Bluetooth* del móvil y lo sincronisé con el sistema de navegación y transmisión de la moto y del casco. Llamé a la sala y les comuniqué nuestro hallazgo y la importancia de dar aviso a los compañeros. Tenían asignada la vigilancia en aquella zona, tanto en la torre de Urkulu como en el poblado romano de *Iturissa*, en las cercanías de Burguete, el pueblo más cercano al monasterio de Roncesvalles en la zona cercana a la frontera.

Al estar entre montañas, aquella era una zona de continuas sombras en la cobertura de telefonía, así que tendrían suerte si los localizaban pronto. La orden era esperar en Burguete, un poco antes de llegar, en el cruce entre las carreteras de Pamplona y la del valle de la Aezkoa. No podíamos estirar mucho más de los recursos a causa de una simple corazonada, pero pedí a la sala que nos consiguiera, al menos, otro par de agentes.

La inquietud por no estar haciendo caso al consejo de Claudia se apoderó de mí, mamá, pero aun así partimos hacia el norte.

XVII

La sala de mando había podido contactar por fin con los policías de la patrulla, que ya nos esperaban. Habían pasado largo rato en las ruinas romanas de *Iturissa*, un asentamiento mitad romano, mitad vascón, ocupado por soldados que vigilaban la calzada entre Burdeos y Astorga.

Hacía frío y caía una llovizna bastante molesta, llegaba helada y necesitaba la calefacción de un coche para recuperarme. Aparcamos y nos metimos en su todoterreno. Tras las presentaciones, les pusimos al corriente de nuestra sospecha.

—¿Conocéis el lugar? ¿Se puede llegar bien? —les pregunté.

—Con el todoterreno sí. Aunque al final hay que andar un poco. En moto se puede llegar hasta arriba por un camino que bordea la zona escarpada. Es mejor que dejéis el coche aquí.

Noté cómo Claudia maldecía para sus adentros por la mención a la moto, algo que a mí me alegraba saber.

—Iré detrás de vosotros. Claudia os acompañará.

—¿Podría llegar un Seat Tarraco hasta allá? —preguntó mi compañero.

—¿Con esta lluvia? Dependería del taco que llevara en las ruedas, pero en aquellas pistas hay pasos complicados, con zonas muy embarradas. No lo creo —opinó uno de ellos.

—No descartemos que haya podido subir. No hay que perder tiempo. Viene otra patrulla desde Pamplona, pero ahora mismo estamos solos, así que mucha atención. Chalecos antibalas puestos, armas listas. ¿Lleváis escopeta? —pregunté.

—Una pajillera, ahí detrás —respondió mientras señalaba al maletero y se refería a la escopeta de corredera que llevaban de dotación.

—Llevala a mano y cargada, por si hace falta. ¿Cómo está la cobertura de radio en aquella zona?

—Nada, inspectora. Es una zona de sombra. Una vez pasado Orbaiceta, metidos en el camino, es como si no existiésemos. Sólo arriba del todo, al subir de cota, hay señal.

—Doble peligro —señaló Claudia, mucho más prudente—. Yo esperaré a

los otros dos compañeros.

Entre Claudia y los otros dos policías noté cierta cautela, demasiada para mi gusto, ya que quería ir hasta allá sin dudarlo. Me quedé pensativa.

—¿Cuál es el acceso más cercano por carretera a aquel monte? —pregunté.

—Desde Orbaiceta hay una carretera que parte hacia la antigua fábrica de armas. Antes de llegar hasta ella hay un desvío hacia el embalse de Irabia y el hayedo de Quinto Real —respondió uno de los de Medio Ambiente.

—¿Y hay más accesos?

—Desde la Colegiata de Roncesvalles, desde luego. Hay una pista que cruza el monte hasta la fábrica de armas. Pero está cerrada con cadena.

Recordé que, aunque faltaba el coche del padre, nuestro asesino tenía una moto.

—¿Se podría pasar esa cadena en moto? ¿Bordeándola, por ejemplo?

—Claro. En moto, si eres habilidoso, puedes pasar por cualquier lado, sí.

—¿Qué proponéis? Hay que ir, sí o sí.

—Podemos pasar los cuatro hasta la torre, y la patrulla que viene puede quedarse en la fábrica de Orbaiceta, en el cruce. Si resulta que el sospechoso está allí, somos cuatro contra uno. Y si se escapa, al menos la vía natural estará taponada —propuso el compañero que llevaba la voz cantante—. Otra cosa sería que pasara a Francia. En ese caso lo habríamos perdido.

—A mí no me parece bien, Clara —respondió Claudia—. De todas formas, esperemos que no esté. El sitio tiene mala pinta para ir de noche. Pero tú mandas, por supuesto.

—De acuerdo —respondí al ver que ya se acercaba el coche patrulla de Pamplona, con cuyos ocupantes hablé de inmediato para explicarles el plan.

Nos incorporamos a la carretera, que en ocasiones bordeaba un joven pero ya caudaloso río Irati al que la lluvia y el deshielo llevaban semanas alimentando. La noche era desapacible y al atravesar los pueblos de montaña, el olor a las chimeneas encendidas me hacía reparar en lo incómodo de mi situación, mamá, bajo la llovizna y el frío. Desde el día de la cueva tenía una molestia en el oído, y en ese momento noté cómo incrementaba.

Llegamos a Orbaiceta y giramos hacia el norte varios kilómetros, hasta llegar a la fábrica de armas, en donde la patrulla de Pamplona se quedó mientras nosotros seguíamos hacia arriba.

El estado de la pista empeoró con rapidez, y tanto los compañeros como yo

hacíamos esfuerzos por no patinar hacia los terraplenes que nos bordeaban.

Apagamos las luces mucho antes de salir del bosque a los terrenos abiertos de alta montaña, tan sólo aprovechados por caballos semisalvajes. Nadie que estuviera en el monte Urkulu podría vernos llegar. Los del coche se guiaban con un aparato de infrarrojos y yo llevaba puesto el segundo equipo de la dotación de la patrulla. Si el asesino estaba allí y nos oía, con la noche tan mala de viento y lluvia que hacía, sería porque ya estábamos encima de él.

La pista recorría el monte por el sur, bordeándolo hacia el este hasta llegar a la frontera. La torre estaba en el lado más escarpado. Si salíamos de la pista, podíamos atravesar una zona boscosa a pie para llegar allí sin tener que escalar. Tras detener el coche junto a la espesura, los compañeros de uniforme se bajaron sin un solo ruido.

Por las fotos y la información de Internet, sabíamos que en lo alto de la colina quedaba un muro de unos tres metros y medio de altura, además de la base de lo que debió de ser el altar de sacrificios, y restos de un fortín francés de la Guerra de la Convención.

Los compañeros empezaron a ascender, escopeta en mano, hacia allí. Harían un primer acercamiento, mientras nosotros estábamos atentos a la pista, por si había que salir en persecución de alguien.

Me metí en el vehículo y me abrigué con una manta que me tendió Claudia. Aunque dejé la puerta abierta, al menos ya no me mojaba y podría entrar en calor. Ella en cambio se quedó afuera, pendiente.

La comunicación por radio allí arriba, ya fuera de los barrancos y del bosque, era bastante mejor. De hecho, pudimos informar a la sala de nuestra posición. El silencio se rompió cuando nuestros compañeros hablaron por la emisora, casi cuchicheando.

—Aquí hay alguien. Se ve luz tras las piedras —comunicó uno de ellos en voz baja por la emisora.

—Esperadnos, no hagáis nada. Vamos para allá.

Salí del todoterreno y empezamos a ascender lo más rápido posible, pero, sin siquiera haber salido del bosque, oímos varios disparos.

Llamamos por el *walkie-talkie*, pero no hubo respuesta. La sala sí que intervino al preguntar qué pasaba. Les comunicamos lo poco que sabíamos. Imagino que estarían angustiados por la suerte de los compañeros.

Salíamos hacia la cumbre. Bajo la lluvia incesante, avanzaba guiada por el

aparato de visión nocturna, con el arma dispuesta entre las manos. Sentía el corazón a mil por la tensión y el esfuerzo. Casi seguro que Claudia apenas veía nada, porque me agarraba del hombro con su mano y me seguía insegura.

Oía a través del auricular la frenética actividad de muchas de las patrullas de servicio, que iban siendo movilizados hacia el norte. En ese momento sólo pensaba en la patrulla de la fábrica de armas, y suponía que ya estaba subiendo hacia nuestra posición. Me quité el auricular para centrarme en los ruidos de alrededor.

—¿Ves algo? —preguntó Claudia en voz baja al salir a la zona de pasto y rocas.

—No, pero sigamos. Claudia, ¡estoy acojonada! —le confesé casi sin voz.

—Y yo, pero no sabemos qué ha pasado ahí arriba.

No hizo falta aguzar mucho el oído, porque el ruido de una moto al arrancar me resultó familiar. Vimos una luz, apenas a cien metros, alejándose de nosotros. Claudia alumbró con su linterna, pero apenas alcanzó a iluminarla. Me tuve que quitar las gafas nocturnas, para no quedar cegada.

—¡Alto, policía! ¡Alto! —gritó sin resultado, ya que el fugitivo era probable que no la estuviera oyendo.

Efectuamos varios disparos al aire, pero el hombre no paró y se alejó hacia el lado norte del monte, el más complicado.

—¡Claudia, los compañeros! ¡Sube a ver qué ha pasado! —le ordené mientras me volvía.

—Clara, ¡no hagas locuras! No te acerques a él. Tan solo síguele y manténos informados. ¡No corras riesgos! —me gritó mientras me alejaba.

Encendí mi linterna mientras galopaba ladera abajo en busca de la moto. Llegué hasta ella, me monté y arranqué. La tensión y el esfuerzo empezaron a sacudir el frío que tenía de antes. Regresé a la pista y aceleré en dirección al este, mientras bordeaba la montaña. No llevaba puesto el casco para tener más capacidad de atención a lo que se pudiera oír.

Me detuve antes de iniciar el ascenso hacia la muga. Apagué el motor y las luces y me puse las gafas de visión nocturna. Oía la moto ahí arriba, e intuía la luz por el bosquecillo. Tenía ventaja respecto del sospechoso, pues iba por terreno despejado y él en cambio por una zona escarpada y luego llena de vegetación. Si salía de ahí, lo iba a cazar.

Veía que la pantalla de mi *walkie-talkie* no paraba de encenderse, y entendí

que la sala de coordinación nos buscaba. Activé la alarma para que desde ese momento me tuvieran localizada, fuera a donde fuese.

Mi objetivo surgió de la espesura y entró en la pista con un bote que casi lo tira al suelo. Giró hacia el norte, supuse que para cruzar la frontera. No pareció haberme visto. Conocía de sobra el protocolo, como miembro de la Policía Foral, autonómica, no podía cruzar al país vecino ni siquiera en una persecución en caliente, así que decidí dar el todo por el todo.

Arranqué en pos de él. Ir de noche en moto por una pista, deprisa y mientras llovía tanto era una temeridad, pero confiaba en las gafas de visión nocturno y en mi habilidad como conductora.

Le recortaba distancia, aunque en dos ocasiones la grava de la pista húmeda me hizo derrapar y casi perdí el equilibrio. Estaba a pocos metros de él, pero ya nos acercábamos al collado fronterizo. Si cruzaba a Francia lo iba a perder. Saqué mi arma con la mano izquierda.

—¡Alto, policía! —cumplía una obligación, pero lo hice sin esperanza de que me oyera. Casi perdí el arma y el equilibrio al quitarme las gafas, que quedaron colgadas de mi cuello. Tuve que frenar para encender la luz de mi moto con la misma mano izquierda. La moto que perseguía era una Yamaha azul y blanca, ¡como la de Domenech! Reinicié la marcha hacia él.

Era un hombre quien la conducía y él, sin parar, giró su cabeza para mirarme. Frenó y derrapó hasta que su moto quedó de lado. Vi cómo se palpaba el bolsillo del chaquetón que vestía y cómo metía la mano en el bolsillo. Ocurrió todo muy rápido, porque antes de que él sacara nada arranqué otra vez. A los pocos metros aceleré de tal forma que mi moto se encabritó. Perdí el control al patinar con las piedras y caí al suelo, mientras veía cómo mi niña querida se ladeaba y empezaba a dar vueltas en tonel. Sus ciento cincuenta kilos impactaron de lleno contra la otra moto y el hombre salió despedido. Se hizo la oscuridad más absoluta.

Me levanté con dolor en la cadera y un poco aturdida. Mi linterna no estaba en mi bolsillo, así que me puse las gafas de visión nocturna.

Entre jadeos recuperé mi arma, que no había caído lejos, y fui hacia las motos. Con el cuerpo encogido para reducir mi silueta, y sin dejar de apuntar hacia delante, tenía la firme intención de reaccionar de forma agresiva ante la más mínima amenaza.

Ambos vehículos estaban tirados a pocos metros el uno del otro. Mi corazón no bajaba las palpitaciones. Casi jadeaba al respirar, del esfuerzo que

me pedía el cuerpo, y mi dolor iba en aumento.

Paré. Me agaché aún más, tomé aire, contuve apenas dos segundos las ganas de espiar y moví la cabeza en derredor, a la espera de ver u oír algo.

A pocos metros de mí, entre los distintos tonos verdes que veía gracias a las gafas, distinguí la silueta del hombre. Se movía a cuatro patas, tropezaba y trataba de incorporarse, tal vez en busca de su arma. Parecía conmocionado, tanto que antes de llegar a su lado cayó desplomado.

Me tiré sobre él para bloquearlo. Al ver su cara, el estupor casi me corta la respiración. Por suerte para mí, no se movía, y tuve tiempo de guardar mi arma, sacar las esposas y engrilletarlo con rapidez. Si hubiera estado consciente, seguro que hubiera tenido que emplearme a fondo para reducirlo.

Saqué mi teléfono y comprobé que tenía quince llamadas perdidas en menos de siete minutos. Cada vez más temblorosa, llamé a la sala de control.

—¡Clara! ¡Intentamos contactar contigo desde hace rato! ¿Estás bien? —respondió el subinspector de guardia—. ¡Estábamos muy preocupados por ti! ¿Estás donde nos indica tu *walkie-talkie*?

—Estoy bien, tranquilos. Tengo al sospechoso, pero no sé dónde he perdido el *talkie*. ¿Y los nuestros? —pregunté, acordándome de que los compañeros podrían estar muertos.

El silencio se adueñó de la llamada.

—¡Dime algo! —reclamé, nerviosa.

—Ya hablarás con los compañeros que están allá. Es lo mejor. Estamos guiando a la patrulla hacia tu señal del *walkie-talkie* —me dijeron. Supuse que el aparato estaría cerca, y ni me preocupé de buscarlo. Bastaba con seguir por la pista para encontrarse conmigo.

—¡Joder! ¡No me dejes así! Aquí tengo detenido al sospechoso que se iba, ¡pero no es nuestro asesino, sino su padre! ¡Dime qué les ha hecho!

Empezaba a notarme una agitación que sólo podía deberse a la tensión del momento.

De pronto empecé a ver las luces azules destellantes del coche patrulla que me andaba buscando. Me quité las gafas.

—¡Ya están aquí! —seguí gritando.

—Te dejo con ellos, Clara. Será lo mejor —respondió el de la sala, y cortó la comunicación.

El coche paró y se bajaron dos compañeros pistola en mano.

—¿Estás bien? —preguntaron, mientras alumbraban con sus linternas en derredor.

—Sí, sí. Ahí tenéis al sospechoso. ¿Qué ha pasado? —yo ya no podía esperar más—. ¿Ha matado a alguno de los nuestros?

Ambos callaron un instante, hasta que uno de ellos asintió.

—Uno está muerto. El otro herido en un hombro. Parece que leve —respondió—. Lo siento. Es una putada.

Me quedé sin palabras. No podía decir nada. ¡Otro muerto y esta vez compañero!

—Pero hay más, inspectora. El sospechoso al que buscabas ha aparecido también muerto —apuntó el otro.

—¿Qué has dicho? —reaccioné al instante.

—El sospechoso: Javier Justiniano. Está en la torre, muerto y con las entrañas fuera.

—¡Joder! —quedé sorprendida. Mi cabeza no podía procesar tanta información de golpe. Lo peor de todo era la muerte del policía, pero esto otro no dejaba de causarme estupor: ¡un padre que acababa de asesinar a su hijo!

Empezaba a parar de llover y comenzaba a clarear en el este.

XVIII

Yo misma dirigía el interrogatorio. Domenech y su abogado ya habían mantenido la entrevista reservada y tal vez le había recomendado guardar silencio. Llevábamos una hora con él y no había dicho ni una palabra.

Era algo que ya habíamos previsto, y aunque seguía pesando el secreto de sumario sobre todos los crímenes, incluido el asesinato de Javier Justiniano, habíamos decidido sacar toda la artillería pesada sin titubear. Las pruebas en este último caso eran concluyentes, y creíamos que serían suficientes para incriminar al padre de la víctima. Pero, con la excusa de obtener una confesión, todos en el equipo estábamos expectantes por conocer las verdaderas razones de uno y otro para actuar como lo habían hecho.

Habíamos inundado la mesa de la sala con la información del caso *Homicidium*. Empezamos por el asesinato en Santa Criz, del que le mostramos fotos y pruebas. Continuamos por los hechos en Aranguren, y tampoco dudé en enseñarle las truculentas imágenes del cadáver, con la idea de quebrar su voluntad y su ánimo. Procuré dramatizar los aspectos más emotivos y personales de cada una de las víctimas. Era seguro que los conocía a todos ellos. Repasamos los detalles de los crímenes de la Villa de Las Musas y de las Cuevas Romanas de Lantz. Incluso le mostramos fotos del quinto miembro del tribunal quien permanecía en la unidad de quemados.

—Ya ve, señor Domenech, su hijo Javier Justiniano, fue capaz de todo esto. Para sentirse orgulloso... —le atacé en donde sabíamos que más le podía doler.

El catedrático resopló, como si despreciara el comentario.

—Crucifixión, castigo militar, envenenamiento, muerte en una cueva con una piqueta romana, y un herido grave por fuego. ¿Quién haría algo así si su vida no hubiera estado unida de forma enfermiza a la cultura y disciplina romana? Su hijo era un desequilibrado. Estuvimos en su casa, y en el cuarto de sus hijos. Lo que hay allí es obsesivo. ¡Ni que la civilización romana hubiera sido la panacea!

Seguía mirándome con cara de desprecio, aunque noté que mi última frase le había sentado mal. Pero eso era en realidad lo que buscábamos.

—Se lo diré. Todo esto lo hizo una persona inmadura, tan influenciada por su padre, que sólo vivía para lo que usted quería. Pero no era suficiente, ¿verdad? Javier Justiniano nunca hacía lo suficiente para contentarle —guardé silencio para incomodarlo—. ¡La historia no es nueva! No es usted el primer padre que proyecta sobre su hijo sus expectativas frustradas, para que haga lo que usted desea. ¡Y por lo que sea, él le falló! Pero ¿sabe una cosa? Creo que fue usted quien le falló a él. Nunca estuvo a la altura.

—¿Quién es usted para decirme algo así, inspectora Schäfer? Es usted una cría. ¡No sabe nada de la vida! —espetó, para nuestra satisfacción.

—Reconózcalo, profesor. Justiniano, no era su preferido. Lo odiaba. La muerte de su esposa y de su otro hijo no hizo sino incrementar ese sentimiento. Qué paso, ¿su hijo muerto era su favorito?

El silencio volvió a inundar la sala. El hombre cerró los ojos, como reprimiéndose. El abogado miraba el reloj cada poco. Era evidente que quería terminar cuanto antes.

—Todo lo que hizo su hijo, ese brillante palmarés académico, era sin duda para contentarlo a usted. ¿Llegó a reconocérselo alguna vez?

—Justiniano hizo todo lo que pudo por ganarse su reconocimiento, pero las circunstancias no le ayudaron. Cuando estaba a punto de lograrlo, y ser nombrado nada menos que titular de universidad con veintisiete años, lo que por lo visto se ve pocas veces, el tribunal falló en favor de otra persona —remarcó Claudia, tras lo que puso sobre la mesa el expediente del proceso de oposición para la plaza de titular de universidad.

—El impacto psicológico tuvo que ser tremendo para él —especuló Sergio.

—Y ahí estaba usted, para recordárselo y machacarlo —aseveré.

El catedrático no cedía.

—¿Sólo su ojito derecho era digno de su reconocimiento? A seguro que Justiniano era mucho mejor que su primogénito —prosiguió Aznárez.

—¡No hable así de Marco Antonio! ¡No tiene derecho! —replicó el interrogado, de pronto fuera de sí—. ¡Javier Justiniano era débil, no tenía la fuerza de su hermano! ¡Ni siquiera siguió la tradición jurista de la familia! Un historiador, ¡qué poca dignidad! Ese niño fue siempre el consentido de su madre.

Aunque acto seguido calló y volvió a recuperar su compostura, se confirmaban nuestras sospechas de cuál era el problema, y teníamos claro que

había que apretarle. La historia del hijo menor, a la postre un asesino, era una historia de soledad y falta de autoestima.

—Fue usted quien creó el monstruo, señor Domenech. Reconózcalo. Su hijo no podía ser como usted, y lo machacó durante toda su vida. Si Justiniano mató, fue por desesperación, tras no conseguir lo que más le importaba, el reconocimiento de su padre —respondí, sin darle tiempo a pensar.

—Y por eso lo mató en el monte Urkulu. Porque no podía ver en su hijo el reflejo de su propio fracaso. ¡La debilidad de Justiniano era la suya propia! —intervino Aznárez.

Al oírlo, la cara del catedrático se encendió, y estalló.

—¡Lo maté porque era un ser patético! ¿Me han oído? ¡Patético! Ni siquiera al tratar de vengarse y asesinar a esa gente supo hacer nada digno —pasó de gritar a bajar la voz y adoptar un tono de desprecio, acompañado de una mueca que pareció casi cómica—. No iba a permitir que mancillara el apellido al que nunca había podido ni podría honrar.

—¡No sólo lo mató, sino que lo destripó como a un ternero y quemó sus vísceras! No es usted mejor que él. ¡Es un animal! —respondí de forma casi instintiva.

—Pensó que podía matarme, pero fui yo quien lo hizo. Sacarle las vísceras y quemarlas era un sacrificio debido a los dioses —respondió con una tranquilidad pasmosa.

—¿Dioses? ¡Valiente puta mierda! —saltó Aznárez—. Es un sádico de mierda. No hay más. Un enfermo y un psicópata. Normal que su hijo fuera igual que usted.

—¡No me insulte! ¡No lo era, no podía permitirlo!

—¡Asesinó a su propio hijo! ¡Asesinó a uno de nuestros compañeros y a otro lo hirió junto al altar de consagración! Qué delito cometieron, ¿interrumpir su ridículo ritual pagano de augur de tres al cuarto? ¡Se parapetó para salir ileso del tiroteo! —gritó Aznárez antes de bajar la voz—. Los mató consciente de lo que hacía, y pagará por ello.

—De los agentes sólo me defendí cuando me encontraron. No había nada premeditado contra esos policías. ¡Estaban en el sitio erróneo, en el momento equivocado! —gritó mientras se echaba las manos a la cabeza y la agachaba—. Ese policía no tenía que morir.

Tanto grito me había acentuado el dolor de oído que ya tenía. Me levanté de

la mesa para marcharme, y conmigo lo hizo Claudia. Lo de los dioses no era sino el colofón a una sarta de imbecilidades que escondían un perfil homicida y obsesivo. Domenech no era más que un asesino, y lo había confesado con su abogado delante. No nos hacía falta mucho más.

Aznárez y Sergio siguieron con el interrogatorio para obtener cuantos más detalles mejor. Luego supimos que, cuando Justiniano se presentó en casa de su padre, éste acabó con él tras una pelea en la que la rabia del hijo no tuvo nada que hacer ante la violencia de un padre cuyo odio por aquel fue determinante.

Claudia entró en mi despacho y cerró la puerta.

—Ahora que todo está resuelto, Claudia, quiero que sepas algo al respecto de Aznárez. No debía decírtelo antes, pero tendrás que saberlo y contar con ello si va a seguir bajo tus órdenes.

Yo me quedé expectante y ella pareció tomar aire durante un largo rato antes de empezar a hablar.

FINE

Cuando acabo de hablar es ya de noche.

—Esto es lo que me ha pasado en las últimas dos semanas, y por eso no te he llamado. No he tenido tiempo para nada.

Me abraza y casi no puedo contener dos lágrimas que resbalan por mis mejillas. Mi oído vuelve a darme punzadas y me revuelvo un instante, pero no me suelto de su cariño.

—Ha sido muy duro, mamá. Estoy un poco decepcionada.

—¿Lo dices por tus compañeros?

Su intuición es increíble. No hay secreto posible para ella.

—Mira, si lo que me has dicho es cierto, el Aznárez ese es un machista que no soporta tu éxito, porque es verdad que eres demasiado joven, lista y trabajadora, y eso irrita a los hombres, en especial a los mayores. Pero ándate con más ojo con el otro.

—¿Sergio?

Me desapego y me quedo mirándola a los ojos.

—¡Ese! Por lo que parecía al comienzo, aparentaba cuidarte, pero según me has contado luego, te dejó en entredicho.

—Sí, pero ahora estoy decepcionado por Aznárez. Me he enterado de por qué tiene tan buen trato con el juez, ¡porque son compañeros de prostíbulo! ¿Puedes creerlo? Es... ¡asqueroso! Se van de putas juntos, un policía y un juez, mamá. Se supone que velan por la sociedad, ¡y es todo lo contrario! ¡De qué me sirve luchar por la justicia, y por resolver un caso grave de asesinato, si luego ellos dos tampoco tienen moral! ¡No puede ser!

—Es triste oírlo, sí, muchos hombres son así de desalmados, y tendrás que soportar este mundo tan miserable. Pero a Aznárez lo ves venir, aunque no te caiga bien. Mejor cuídate del otro, de Sergio, que es del tipo de hombres que van de amigos. Esa sobreprotección que dan es también machismo, puro y duro. Y de paso, si te dejas, hombres así se te arriman más de la cuenta, a ver si caes y te ligan.

—¡Qué va! Si sabe que no me gustan los hombres.

—Tú hazme caso con este. Ya te lo ha demostrado frente a tu jefe, dejándote en evidencia. Eres la más fuerte, más que tu hermana y más que yo, pero muy buena. Además, nadie con veintiséis años supera sin más lo que tú has vivido, y el Sergio ese puede estar al acecho para aprovechar la oportunidad. Mejor ir al psicólogo. ¿Tenéis en vuestro trabajo?

—Hay una psicóloga, sí. La conocí cuando me hicieron las pruebas de acceso, hará unos meses. Pero no creo que sirva de mucho visitarla. Sólo hablamos de hípica en la entrevista.

—Pues vete a verla, hija, que seguro que te analizó al detalle. Y si hay médico, de paso, que te miren ese oído tuyo.

—¿Cómo lo sabes?

—No paras de hacer gestos de dolor. Tómate algo.

—Mamá, ¿podemos dejarlo? Estoy exhausta.

—Sí, mi niña. Come algo y vete a dormir. Esta noche hay cambio de hora y a las dos serán las tres ¿recuerdas? Quién sabe, quizás sea la última vez que suframos cambio. Te despertaré para ir a comer a casa de las tías.

—Mamá... gracias.

Le doy un beso antes de levantarme.